
Grupo Editorial
Portal
En las manos
DEL JEFE
de la
MAFIA
ÁGATHA SANTOS

ÁGATHA SANTOS

En las manos DEL JEFE de la MAFIA

Grupo Editorial Portal

Copyright © 2026 Grupo Editorial Portal

Portada
Dennis Romualdo

Maquetación
Mylene Ferreira

Revisión
Equipo de Portal

Editora
Rosimeire Gouveia

Libro digital
1.ª edición
Ágatha Santos

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, sea cual sea la forma utilizada —tangible o intangible, incluida la fotocopia— sin la autorización por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que han existido realmente en algún momento de la historia para ambientar la trama. Cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Acerca de la autora
Lea también:
Redes sociales (de la editorial)

Sinopsis

Mia Caruso solo quería sobrevivir en silencio en la Maison Noire y mantener oculto el único secreto que podía destruirla: un bebé prohibido. Hasta que, una noche fatídica, hace algo que la lleva directamente a las manos del diablo: salva a Don Luca D'Amato de una emboscada.

Luca no cree en las «buenas acciones». Él cree en las deudas. En la posesión. En el control. Envuelta en una red de conspiraciones que podrían poner precio a su cabeza, Mia se convierte en el tipo de riesgo que él prefiere tener cerca, ya que ella sabía demasiado.

Ella salvó al diablo.

Ahora el diablo quiere protegerla a toda costa.

Y nadie sale ileso cuando el jefe decide que eres suyo.

Tropes:

Diferencia de edad

Romance mafioso

Antihéroe / Protagonista de moral dudosa

Protagonista posesivo

Tócala y muere

Convivencia forzada (bajo el mismo techo)

Embarazo secreto / Bebé secreto

Ella en peligro / él como protección

Familia encontrada (famiglia)

Slow burn

Dedicatoria

Para quienes disfrutan cuando el villano no se redime.
Simplemente aprende a matar por ti.

Mia Caruso



Capítulo 1

El maldito baño se había atascado de nuevo. Era la quinta vez solo en esta semana que sucedía, y por más que le advertía a la gerencia sobre la necesidad de arreglarlo, poco les importaba.

El local estaba lleno, sus chicas ocupadas brindando la atención debida y prestando el mejor servicio que el establecimiento ofrecía.

¿Qué era un inodoro atascado en comparación con todo lo que ganaba con las bebidas a precios desorbitados?

Me sequé la frente con un pañuelo que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón.

Hacía bastante calor esa noche, algo que pasaba desapercibido para los clientes y las mujeres del salón principal, ya que estaba climatizado.

La historia era distinta entre bastidores, en la retaguardia, para quienes trabajábamos moviendo los pequeños engranajes, cocina, limpieza y mantenimiento.

Personas invisibles a los ojos de los visitantes, pero esenciales para mantener todo en orden y en funcionamiento.

El Maison Noire era el prostíbulo más refinado de Nova Orleans.

Atendía exclusivamente a una clientela muy selecta, uniendo dos mundos opuestos que tenían muchos tratos por cerrar.

Los grandes peces gordos de Nova Orleans necesitaban ser discretos respecto al tipo de conexiones que tenían.

Cualquier exposición representaba un golpe fatal en su carrera o en su imagen de buen ciudadano americano.

La mafia ítalo-americana lo sabía y, pensando en la comodidad y el confort de sus socios anónimos, lugares como el Maison Noire existían y generaban mucho dinero para la *famiglia*.

—Oye, bambina. —Miré por encima del hombro y vislumbré el perfil corpulento del guardia de seguridad que vigilaba la entrada restringida.

—Date prisa con eso.

—Hago lo que puedo —refunfuñé de mala gana.

—Entonces hazlo mejor. O te vas a la calle.

—No sabía que eras el jefe.

—Más te vale controlar esa boca, o puedo convencer a la gerencia de que no sirves para nada.

Tuve muchas ganas de contestar. De decirle que me importaba un bledo lo que hiciera y que no había diferencia alguna.

Pero la había. No podía permitirme el lujo de perder el único techo que me había dado cobijo después de la tragedia que asoló mi vida.

Las palabras de mi madre en su lecho de muerte eran lo único que me daba fuerzas para seguir adelante:

«Haz todo por tu sangre, cariño. No olvides lo que es importante».

Me tragué el orgullo, acepté la humillación y volví a aprender a vivir sin los privilegios que me concedían en el pasado.

Todo para que mi bien más preciado siguiera protegido, para mantener mi sangre a salvo.

Volví a centrar mi atención en el desatascador encajado dentro del inodoro.

Necesitaba concentrarme en las pequeñas tareas, incluso en las más asquerosas; enfocarme en mantener cada paso bajo control era la única forma de garantizar un día más viva y segura.

Terminé el trabajo, que me llevó más tiempo del que me hubiera gustado, y regresé a la sala de mantenimiento, donde descansaba en los intervalos entre una tarea y otra.

—Pensé que te habías desmayado de nuevo —oí la voz fastidiada de Camila, su mirada barriendo mi rostro como si me estudiara.

—Fue solo un mareo, una sola vez. Estoy bien —respondí, seca.

—Ya... debe ser el calor. ¿O tal vez el peso del secreto que estás cargando? —Mi corazón se aceleró.

—¿Estás queriendo decir algo?

—Solo me parece curioso cómo andas huyendo de todo lo que exige más esfuerzo.

Y la forma en la que te llevas la mano al vientre cuando crees que nadie te mira.

Se me revolvió el estómago. Se había dado cuenta.

—Te estás imaginando cosas.

—Hazme caso, Mia. Mareos repentinos, náuseas, ese brillo en los ojos... —se acercó, susurrando demasiado cerca.

—Ya he visto esta película antes. Mujeres metiéndose con quienes no deben, creyendo que un bebé lo soluciona todo.

—Estás delirando.

—¿Lo estoy? —Inclinó la cabeza, sonriendo con superioridad.

—Porque si tengo razón, esto no es solo un problema para ti. También lo es para el dueño de este lugar.

Y si él descubre que llegaste aquí embarazada, sin avisar de dónde vienes ni de quién es...

—¡Basta! Me iré en poco tiempo. Fue lo acordado y no voy a estropear los planes.

Pronto serás libre de mí.

—¿De verdad crees que va a volver? —La pregunta de Camila venía cargada de veneno, como si se burlara de mi ingenuidad.

Giré el rostro despacio, intentando contener la irritación que siempre me invadía cuando ella decidía hurgar donde más me dolía.

Antes, veía a Camila como alguien que me había tendido la mano cuando llegué al Maison, pero pronto su sonrisa se reveló más como una trampa que como un alivio.

La verdad era que, aunque me había acogido al principio, ahora todo sonaba forzado.

Su bondad venía con bordes afilados, siempre listos para cortar.

Y, en el fondo, yo sabía que el mundo al que pertenecíamos era así: traicionero, volátil, hecho de alianzas frágiles y enemigos disfrazados de amigos.

—Él dio su palabra —repliqué con firmeza—. En la *famiglia*, la palabra vale más que cualquier contrato firmado.

—Ajá... —ella puso los ojos en blanco—. Igual que las promesas que hacen antes de mandar a una mujer a la calle como si

fuera una bolsa de basura.

—¿Qué intentas decir, Camila? —Mi tono subió, y ella sonrió. Le gustaba desestabilizarme.

—Que decir que va a volver no significa que te vaya a reconocer cuando te encuentre, y mucho menos que vaya a cuidar de ustedes.

—Señaló mi vientre con la barbilla—. Conoces bien tu lugar, Mia. Ambas lo sabemos.

Las mujeres como nosotras somos desechables en este mundo.

—Él tiene importancia en la *famiglia* y logrará resolverlo todo.

—Si de verdad quisiera, nunca te habría escondido aquí como un secreto vergonzoso.

—La burla en su voz hizo que apretara la mandíbula—. Y para colmo, embarazada.

—¿Ese fue el trato? ¿Te acuestas con él y a cambio ganas una estadía en el sótano del Maison?

Solo el dueño del Maison y la cúpula de la Mafia de Nova Orleans sabían de mi llegada y del motivo por el que estaba allí bajo protección.

Y lo último que necesitaba era a una mujer resentida y venenosa intentando sembrar dudas en mi cabeza, o peor aún, esparciendo sus sospechas a oídos equivocados.

Camila me miró fijamente un segundo más, con esa sonrisa cínica que decía: sé más de lo que imaginas.

Luego, me dio la espalda y se marchó, como si hubiera ganado.

Y tal vez lo había hecho. Porque la inseguridad se instaló una vez más en mi pecho, revolviéndome el estómago con la duda: ¿cuánto tiempo más duraría esta tortura?

Un tiempo que nunca se discutió entre Matteo y yo. Nada fue planeado.

Le conté sobre el embarazo en una noche convulsa, y, a la mañana siguiente, estaba aterrorizado.

Dijo que Don Silvano exigía su presencia inmediata en la mansión de la *famiglia*.

Intenté argumentar. Al fin y al cabo, un hijo en camino nos ponía al mismo nivel.

No habría represalias si la relación entre nosotros se oficializaba, pero Matteo se alteró afirmando que yo no entendía las cosas, que todo podía salir mal.

Su tío, según él, lo observaba de cerca, considerando su nombre para un puesto importante en la organización.

Abracé mi barriga, aunque aún imperceptible, en un gesto automático.

—*Va bene*... no te exaltes. El bebé... —murmuré para mí misma, intentando contener el torbellino.

Camila regresó al momento siguiente, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

Traía una bolsa de basura negra en las manos y una mirada impaciente.

—Espero que no te pongas con remilgos ahora —dijo con acidez, ignorando mi semblante cansado.

No respondí. Solo me mantuve firme.

—La gerencia ya nos ha reclamado por esta área dos veces. Así que, si aún quieres conservar tu colchón aquí en el sótano, más te vale ayudar con algo.

Se acercó, empujando uno de los bidones de productos de limpieza en mi dirección.

—Vamos a limpiar el área exterior, en la parte de atrás.

Agarró también un estropajo de acero y lideró el camino sin mirar atrás. Yo la seguí en silencio.

El área exterior del Maison estaba mal iluminada y llena de basura reciclada apilada.

Un olor ácido flotaba en el aire, y el frío de la madrugada empezaba a filtrarse bajo el fino uniforme.

Camila refunfuñaba por lo bajo, quejándose de las cajas, de los turnos y de la «injusticia» de que siempre le tocara a ella.

No me incluía en sus quejas; al contrario, se aseguraba de lanzarme miradas como si yo fuera la culpable de su carga.

Con el salón tranquilo, la limpieza anticipada nos ayudaría a no sobrecargarnos al día siguiente, cuando la presencia de Don Luca D'Amato atraería el doble de invitados y de tensión.

Los rumores decían que estaría allí personalmente, lo que significaba que todos los rincones del lugar pasarían por inspecciones incesantes.

Llegué a escuchar a dos guardias de seguridad discutiendo sobre el operativo de protección.

Dos manzanas enteras estarían bajo el control de los hombres de D'Amato. Sería una noche de poder y máscaras.

—Olvidé las bolsas negras. Espera aquí —dijo Camila, dándose la vuelta sin esperar mi respuesta.

—Vale. Iré separando los cartones —murmuré, agachándome para desmontar las cajas apiladas.

Fue entonces cuando lo escuché.

—¿Estás bromeando? Te dije que me encargaría de esto. Mañana es la única oportunidad.

La voz masculina era baja e incisiva. El tono peligroso me hizo encoger el cuerpo detrás de las cajas, acelerando mi corazón, lo que me dificultaba la respiración.

—Sé todo lo que está en riesgo. No te preocupes. Mañana D'Amato recibirá tus saludos. Quédate tranquilo.

Me tapé la boca con la mano, apretando los ojos, como si eso bastara para mantenerme invisible.

Unos pasos se acercaron y mi cuerpo entero se tensó. La puerta se abrió con un crujido, y reconocí las maldiciones de Camila.

—Ha sido una porquería encontrar estas bol... Ah, hola. —Su tono cambió, volviéndose súbitamente dulce.

—¿Qué haces aquí? —La voz del hombre se alzó, áspera y desconfiada.

—Eso te pregunto yo. Estoy limpiando lo que me pidieron. ¿Y tú?

—Solo estoy verificando el perímetro.

—Vale, entonces.

Escuché sus pasos alejándose y luego el silencio.

—Te encontré. —Alcé la vista, con el cuerpo aún en alerta. Camila me miraba seria, con los ojos entrecerrados.

—¿Ya se fue? —pregunté.

—¿Quién? ¿El guardia? —Señaló con el pulgar hacia la puerta —. Sí. ¿Por qué?

—Por nada. —Me levanté y me arreglé la ropa—. No me había visto aquí.

—Estás un poco paranoica, *bella*. —Rio sin una pizca de gracia—. Relájate.

No eres tan valiosa para nadie.

Me tragué la respuesta mordaz y me callé. De todas formas, no era asunto mío lo que pasara allí.

Solo tenía que mantenerme invisible y todo saldría bien.



Capítulo 2

Me ajusté el nudo de la corbata una vez más. Era una costumbre que indicaba cuándo me sentía incómodo o impaciente, las dos emociones que me inundaban mientras escuchaba el discurso vacío de un socio que cometió el error de subestimar mi inteligencia.

—Yo pagué todo lo acordado. —El tono de voz del hombre era irritante.

—No de acuerdo a la nueva tasa. —habló Alessio por tercera vez.

Mi mano derecha era un hombre frío y leal, su único defecto era tener una paciencia que contrastaba con la mía.

La disciplina lo era todo para Alessio y jamás actuaba por impulso o sin repensar, al menos, tres veces en más de una

alternativa frente a un problema.

—Pero ya no tengo más...

—¿Y qué tienes para ofrecer en lugar del dinero? —Hablé con suficiente aburrimiento y de forma directa.

Estaba a un paso de meterle una bala en el cráneo a ese infeliz.

Era curioso cómo el comportamiento cambiaba dependiendo de la necesidad.

Recuerdo que unos meses atrás, el desgraciado acudió a mí con una idea maravillosa para ganar mucho dinero con la venta de bebidas en algunos puntos de la ciudad.

Las mercancías llegaban de contrabando desde México, exentas del impuesto americano, lo que facilitaría ofrecer un precio bastante competitivo.

Y eso significaba necesitar protección de la organización.

Ninguna actividad ilícita tenía futuro sin la ayuda de la *famiglia* D'Amato en Nova Orleans.

Los negocios se dirigían con mano de hierro; funcionábamos como una red de seguridad, como intermediarios y como banco entre el mundo legal y el submundo.

—No tengo nada.

—¿Tu hermana menor ya volvió de su viaje de intercambio? —preguntó Alessio con cierta sorna.

La expresión del hombre se ensombreció de inmediato. Sabía que había tocado su punto débil.

Cualquiera que se precie, italiano o no, jamás aceptaría que su bien más preciado fuera puesto sobre la mesa de negociaciones.

Yo era un hombre honorable. Jamás permitiría que una *famiglia* bajo mi protección fuera atacada, pero él no era un socio de sangre.

No formaba parte de la organización, no era pariente de nadie y no existía ningún vínculo, más allá del comercial, que me obligara a ser decente.

—Tráela con nosotros y consideraremos eximirte de las tasas durante un año.

—informó con precisión Leonardo, el *Consigliere*.

No hacía falta ningún tipo de comunicación entre nosotros tres.

Funcionábamos muy bien; nuestras cualidades y defectos se entrelazaban rellenando los huecos, convirtiéndonos en un solo cerebro en la cúpula de la organización.

—¿Qué? Es mi hermanita. No puedo hacer eso.

El hombre alzó la voz, indignado. ¿Acaso el pobre infeliz creyó que sería fácil debernos algo?

—Precisamente porque es tu familia debes entender la necesidad de cuidar a los tuyos —intervino Alessio.

—Un año no es mucho tiempo. Después podrá hacer lo que quiera.

No convertiremos a tu hermana en propiedad de la *famiglia* —añadí.

—Eso... no. No puedo pedirle eso. Apenas ha empezado a estudiar, tiene un futuro por delante.

—Pero, por desgracia, la vida tiene formas curiosas de reorganizar los planes. Es una pausa. Un año.

La organización no te está pidiendo mucho. Llevas meses en deuda, *amico*.

No podemos mostrar tal debilidad ante todos. —Leonardo unió los dedos frente a su cuerpo, como si le estuviera explicando algo obvio a un niño.

—Debe haber otra manera. Siempre la hay. —El hombre se puso de rodillas, con las manos entrelazadas en ruego y lanzándome

una mirada suplicante.

—Por favor, Don D'Amato. —Resoplé ante la escena.

Después de años haciendo esto, estaba demasiado cansado y aburrido para mostrar el menor respeto por la humillación que ofrecía aquel hombre.

—Puedes pagar con tu vida y nos quedaremos con tu negocio.

Tu familia no tendrá nada más, tu madre viuda tendrá que mendigar comida y tu preciosa hermanita venderá su cuerpo en la calle.

Sin mi protección ni mi ayuda. Tú eliges. —Decreté, levantándome y abrochando el botón de mi chaqueta.

—Espero tu respuesta antes de mañana, en el Maison. Habrá una reunión importante y tu hermana será una buena distracción para mis invitados.

La mirada que el hombre me dirigió hizo asomar una sonrisa en mis labios.

Estaba tan acostumbrado a recibir ese tipo de advertencias veladas que me resultaba gracioso que nadie hubiera logrado tal hazaña hasta entonces.

Minha morte.

Salí de la oficina con prisa y decisión. El D'Amato Royale Casino era el emprendimiento más importante bajo mi control; legalmente hablando, por supuesto, estábamos en la cima de las empresas más rentables de Luisiana, y necesitábamos mantener esa imagen, ya que el lugar servía para lavar la mitad del dinero de la organización.

El resto se diluía en otros negocios y miembros del consejo.

No centralizar todo nuestro flujo de caja en un solo lugar era una estrategia para mantener todo funcionando, incluso si caíamos en alguna trampa.

—¿Todo listo para mañana? —pregunté en cuanto Alessio apareció a mi lado.

—Sí, jefe. Hemos hecho dos barridos en el perímetro y haremos otro justo antes de que llegue.

—¡Perfecto! No quiero sorpresas, Alessio. Necesito mostrar poder y control en esta reunión.

—Lo sé. Nada saldrá mal.

—*Va bene.*

—¿A dónde va ahora?

—A distraer la cabeza antes de cenar con mi *mamma*.

—¿Necesita que yo...?

—Aún sé cómo conseguir a una mujer por mis propios medios, *amico*.

—Corté su intento de allanarme el camino.

A veces estaba muy bien ser el jefe y tener a todo el mundo queriendo resolver cualquier dificultad que surgiera, pero, otras veces, me sentía como un maldito perro castrado.

—Lo siento, no era mi intención.

—Lo sé. Nunca lo es.

Llegamos a la sala principal del casino; las luces brillantes bailaban en el techo como si hipnotizaran a quien entraba.

Las máquinas tintineaban sin parar, escupiendo promesas que nunca se cumplirían.

El ambiente era una explosión de color, ruido y humo caro.

La gente deambulaba de un lado a otro, ilusa por su propio vicio, riendo a carcajadas o maldiciendo en voz baja, dependiendo de su saldo.

Los camareros pasaban ágiles, haciendo malabares con bandejas de coloridos tragos y generosos billetes.

Aquel lugar era un espectáculo... y como todo buen espectáculo, ocultaba la verdadera operación detrás del escenario.

Yo era el rey de mi mundo. Allí, en el casino donde crecí corriendo por los pasillos, me sentía como en casa, caminando con confianza y determinación, sin una pizca de remordimiento ni miedo a ser quien era y actuar según las reglas del juego.

Me dirigí al restaurante, un ambiente más refinado y acertado para lo que pretendía: encontrar una distracción para un par de horas libres en mi agenda.

Dos cosas eran capaces de distraerme y hacerme volver a ser yo mismo.

Una de ellas era matar, pero no lo hacía con tanta frecuencia, ya que contener el dedo en el gatillo solía ser más inteligente y causaba menos revuelo con las autoridades.

La otra era follar.

Esa la aprovechaba con todo mi vigor en cada oportunidad que se presentaba.

No me importaba el "después", simplemente elegía entre el mar de mujeres que querían pasar un rato conmigo, ya fuera por quién era o por la apariencia que decían que tenía.

Sinceramente, nunca le presté mucha atención a mi reflejo en el espejo.

Según mi madre, era difícil no encantar a alguien con mi rostro sombrío, mi cabello oscuro y mis ojos azules como el hielo.

Medía cerca del metro ochenta, lo que ya marcaba la diferencia desde que iba a la escuela.

Divisé a una rubia deslumbrante, sentada de espaldas, con el cuello esbelto y libre gracias a que llevaba el pelo recogido en un moño.

Llevaba un vestido ajustado, negro, discreto y a la vez seductor.

Calzaba unos tacones altísimos y balanceaba la pierna cruzada sobre la rodilla, analizando el salón, sin duda en busca de su próxima víctima.

Esa mujer no era inocente; sabía exactamente lo que buscaba y se trataba de dinero y poder.

—Buonasera.

Se giró en el taburete y sus ojos se abrieron de par en par al verme.

—Buenas noches, señor D'Amato.

—¿Nos conocemos? —Me imaginaba que no, pero no era inusual que me reconocieran.

—Aún no hemos tenido la oportunidad. —Alzó la mano ofreciéndomela—. Soy...

—*Per favore*, no se moleste en decirlo. No me importa un nombre, sino lo que es capaz de permitirme hacer.

Acepté el contacto y le besé el dorso de la mano con la elegancia que mi *mamma* me enseñó, en repetidas ocasiones, cuando de joven me obligaba a acompañarla a los distintos tés de la *famiglia*.

Había una regla y tradición en nuestro entorno: primero aprendías a ser un caballero, después un soldado.

Y en mi caso, además aprendí a ser el jefe.

—Directo.

—Mi tiempo es demasiado valioso, *bella*.

—Al igual que el mío. No estoy aquí buscando una aventura de un par de horas, señor.

—Lamentablemente, eso es lo que todos aquí quieren.

—Puedo arriesgarme con alguien menos... directo. —Tomó su bebida de la barra y le dio un sorbo.

—Puedes. Pero no te vas a sentir tan poderosa e inalcanzable como conmigo.

Elige a cualquier hombre de este salón y no tendrá ni una tercera parte de lo que yo tengo.

—Tiene razón. Pero aún puedo tener esperanza con ellos.

—Si eso es lo que crees. —Me encogí de hombros y me di la vuelta, listo para marcharme.

—Eso no significa que no pueda divertirme un poco antes.

Sonreí de medio lado y miré por encima del hombro; ella bajaba del taburete con elegancia. Le tendí la mano, ofreciéndole la palma, que ella aceptó de inmediato.

Enlacé su cintura y la guié hacia el ascensor privado, ingresé mi código y subimos al ático particular.

Follar hasta olvidar mi nombre y volver a mi mundo.

Cuando terminara con esa rubia, ni sabría qué la había atropellado.

Mia Caruso



Capítulo 3

Oí el golpe seco en la puerta; no uno, sino tres, rápidos y firmes.

Mi cuerpo entero se estremeció antes de ponerse rígido, como si el instinto ya lo supiera: aquello no era normal.

Nadie venía hasta aquí. Nadie sabía siquiera dónde me escondía cuando no estaba fregando suelos o lavando sábanas en el Maison Noire.

Mi cuarto, si es que se le podía llamar así, era un hueco en la parte trasera, de paredes húmedas y un colchón delgado tirado sobre el suelo de madera podrida.

Una sábana rasgada cubría la única ventana, que no se abría.

Compartía el espacio con una cómoda sin tiradores y una bombilla colgando de un cable mal forrado.

Pero era lo más cercano a la seguridad que tenía.

—¿Quién es? —Pregunté, con la voz ronca por el susto.

—Te necesitan en el salón —respondió una voz apagada al otro lado de la puerta.

—¿Quién me necesita?

—¡Sal de ahí de una vez, ragazza! —El tono impaciente me hizo temer lo peor—. No tenemos tiempo que perder.

El jefe está en camino.

El corazón que bombeaba veloz e intenso, duplicó sus latidos ante la mención del hombre a quien todos temían ver y con el que yo no debía cruzarme.

Estar cerca de los peces gordos de la organización nunca era bueno para los que formaban parte del círculo, imagínese para mí, que estaba allí temporalmente y de favor.

—Ya voy.

—Date prisa. O te lo descontaremos de tu sueldo.

Le hice una mueca indignada a la puerta y sentí que me picaba la lengua por contestar que, con lo que ya me pagaban, apenas lograba comer.

Si me quitaban un poco más, tendría que pedir dinero en las calles de Nova Orleans.

Me cambié de ropa rápidamente y me puse el uniforme negro y discreto de limpieza, para pasar desapercibida en los lugares donde posiblemente encontraríamos a algún socio o cliente importante.

Habíamos pasado todo el día en función de aquel evento. Camila y yo limpiamos cada rincón del Maison Noire como si nos fuera la vida en ello y, en cierto modo, así era.

Las instrucciones eran claras: el lugar debía estar impecable para recibir a los invitados de Don D’Amato, con toda la pompa y reverencia que él exigía.

Y cuando un hombre como el Jefe anunciaba su presencia, no se trataba de una simple visita. Era un acto de poder.

Situaciones como aquella siempre tenían el mismo propósito: mostrar quién mandaba.

El lujo exagerado, el tenso silencio de los guardias de seguridad, las copas de cristal, las miradas sumisas... todo era parte de una obra de teatro bien ensayada.

Refinamiento, control, jerarquía.

Ya había visto esto suceder en Nueva York, y fue precisamente en uno de esos eventos privados, años atrás, donde mi vida empezó a cambiar de la mano de un hombre: Matteo Giordani.

Yo tenía dieciséis años. Acompañaba a mis padres, que habían heredado un título de socio por parte de mi tío abuelo.

Atendíamos una pequeña tienda de comestibles en una esquina estratégica de Brooklyn.

El lugar parecía banal, pero era un punto de vigilancia clave para los negocios de la *famiglia* Giordani.

Cada caja de frutas y cada entrega tenía ojos y oídos.

A pesar de la ubicación privilegiada, nuestros ingresos eran casi simbólicos. No éramos más que piezas útiles; cumplíamos órdenes, manteníamos silencio y acatábamos sin rechistar.

Estábamos muy abajo en la escala jerárquica.

Don Silvano Giordani era un hombre serio. Imponente. Con una mirada que no necesitaba lanzar amenazas.

Nunca falló en sus obligaciones, y precisamente por eso se convirtió en el cobrador más temido.

Con él, todo tenía un precio. Especialmente los errores.

Comprendía el recelo de Matteo a la hora de anunciar nuestra relación. Su tío valoraba mucho las tradiciones, los lazos y los acuerdos matrimoniales.

Seguramente ya había trazado un futuro muy ventajoso para los Giordani contando con su sobrino, dado que su única hija había muerto por una enfermedad letal unos años antes.

Pero un bebé cambiaba todo el panorama. El Jefe de Nueva York jamás dejaría a su sangre desamparada y se encargaría de silenciar pronto el asunto, organizando una boda rápida y discreta, liquidando cualquier comentario inapropiado sobre la índole y el carácter de uno de sus protegidos.

Si había algo más importante que los acuerdos matrimoniales en la *famiglia*, era la palabra y el honor de un mafioso.

Especialmente cuando recaía en él la responsabilidad de dirigir una organización importante y llena de tradiciones.

Me puse una redecilla en el pelo; albergaba la esperanza de poder ayudar en la cocina, evitando el salón principal a toda costa.

Por suerte, el embarazo todavía era reciente y no sufría náuseas como solían contar las mujeres.

Encontré a Camila en el pasillo que daba acceso al salón común. Parecía visiblemente irritada, más de lo habitual.

—¿Te puedes creer que han arruinado mi único momento de descanso? —refunfuñó, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Qué pena. Yo perdí mi sueño de belleza —respondí con ligera ironía, intentando desviar su mal humor.

—Ah, pero en tu caso, dormir no debe servir de mucho, ¿verdad? —rebatió con una sonrisa venenosa.

—Incluso con ese aire de damisela en apuros, dudo mucho que alguien te reclame desde Nova Orleans.

—Puedes estar segura de que eso no me preocupa.

—dije seca, pasando a su lado sin intención de seguirle el juego.

—¿Por qué será que nos llamaron? —cuestionó, yendo justo detrás de mí, con desdén.

—No habrás hecho ninguna estupidez, ¿verdad?

—No tengo ni idea, Camila. Por qué no le preguntas a tu prometido de la *famiglia*, ya que siempre estás tan bien informada.

—Ah, querida. Si fuera tú, usaría menos la lengua y más la escoba.

Tendrás que demostrar que eres útil si quieres seguir bajo protección.

Fui a responderle, pero el gerente apareció como un huracán.

—¡Menos mal que llegaron! Suban y preparen las habitaciones. Tres ambientes VIP. Todo debe estar impecable.

—Su frente brillaba de sudor.

—¡Pero nos pasamos toda la tarde limpiando las habitaciones del segundo piso! —replicó Camila, irritada.

—¡No me importa! —la cortó con un gesto brusco—. No tengo camareras de piso, todas están ocupadas en el salón.

Hagan lo que les ordeno.

—Sí, señor —respondí con firmeza, tirando del brazo de Camila antes de que soltara lo que de verdad pensaba.

—¡Un día de estos le voy a restregar un cubo en la cara a ese viejo!

—Y terminarás limpiando la calle al día siguiente. Sigue así —murmuré, subiendo los escalones sin mirar atrás.

Ella me siguió resoplando, arrastrando los pies y murmurando insultos.

El tiempo corría en nuestra contra. Camila a duras penas escondía su prisa por volver con su prometido, en su rara noche libre como soldado de la *famiglia*.

Y yo solo podía rezar para que nadie me reconociera allí.

Por lo que me había explicado Matteo, el favor que le cobró a un conocido de Nova Orleans garantizaba mi estancia en el Maison bajo el más absoluto secreto.

O sea, nadie debía verme; así evitaría preguntas y cuestionamientos.

Estaba incomunicada con el mundo. Matteo se llevó mi teléfono diciendo que era mejor que me mantuviera alejada de las redes o de cualquier forma de ser localizada.

Por más que estuviera bajo la protección de la *famiglia* D'Amato, con toda seguridad yo no era una prioridad para el Don, ni para ningún hombre de confianza de alto rango.

Entré en la suite más grande cargando una bandeja con los últimos recambios.

Ya habían subido la comida principal, y la mesa ancha, iluminada por luces indirectas, estaba impecablemente puesta.

Una cascada de chocolate escurría en ondas constantes junto al cubo de hielo con champanes importados, listos para impresionar, o corromper, según el punto de vista.

Lo que realmente llamaba la atención, no obstante, era la habitación en sí.

La cama con dosel, amplia e imponente, dominaba el centro de la suite.

Las telas ligeras y translúcidas caían de las varillas doradas en suaves tonos crema y perla, creando un contraste casi violento con la iluminación rojiza que teñía todo el resto del ambiente con un brillo lascivo.

La habitación rezumaba lujo y pecado; obviamente había sido diseñada para una fantasía específica.

Fue entonces cuando me fijé en el estante de la esquina.

Baldas largas y oscuras, en las que objetos que yo solo conocía por su nombre estaban colgados y organizados con una precisión casi clínica.

Esposas, vendas, látigos, tapones, cuerdas... algunos de cuero, otros de metal pulido.

La sangre me subió al rostro.

Desvié los ojos de inmediato, pero la curiosidad pesaba más que la prudencia.

Me acerqué con pasos lentos; sabía que no debía, pero de igual modo quería hacerlo.

Estaba sola, técnicamente autorizada a estar allí, y nadie se enteraría si solo miraba.

¿La verdad?

Yo nunca participé en nada de eso. Ni de lejos. Matteo fue mi primero, y aun así, el sexo entre nosotros era tímido, apresurado y lleno de restricciones.

Quedé embarazada poco tiempo después, y nuestra relación se convirtió en un campo minado.

Decía que me amaba, pero se apartaba siempre que intentaba acercarme.

Resultaba difícil explicarle que hacer el amor no le hacía daño al bebé. Que yo seguía allí, sintiendo, deseando... queriendo.

Deslicé el dedo por un látigo de cuero marrón. Las trenzas apretadas de la correa, el material duro y firme, me hicieron imaginar rápidamente dónde estallaría en algún momento de la noche.

El calor subió por mi cuello e incendió mi cara, haciendo de la vergüenza el siguiente sentimiento que me apartó de aquel mundo pecaminoso del que no formaba parte.

Giré sobre mis talones y di un salto hacia atrás, soltando la bandeja, ya vacía, que aún llevaba en las manos.

Mis ojos escrutaron la enorme sombra que caminaba en mi dirección, la oscuridad rojiza tomando forma y moldeando un rostro duro e implacable.

Su boca era una línea fina, lista para disparar cualquier amenaza, pues sus puños estaban cerrados a los lados de su enorme cuerpo, bien vestido con el traje que llevaba.

—¿Quién eres tú? —Su voz era un susurro amenazador.

Puro hielo dirigido hacia mí, haciendo que el vello de mis brazos se erizara sin el menor esfuerzo.

Sentía el peligro rondándome, sabía que estaba en el punto de mira de alguien muy poderoso, y la única reacción que tuve fue protegerme el vientre.

—*Per... favore*... —Sollocé al sentir que las lágrimas asomaban a la línea de agua de mis ojos, empañando la imagen amenazadora de aquel hombre.

—Solo te lo voy a preguntar una vez más: ¿quién eres tú?

—Mia

—Muy bien, Mia. Ahora eres parte de mi juego. Reza para salir viva de aquí.



Capítulo 4

¿Quién diablos era esa maldita cosita *bella* que me sorprendió justo en la habitación donde nadie debía estar, y a punto de enfrentar a alguien que, en dos minutos, cruzaría esa puerta con intenciones mucho menos diplomáticas que un apretón de manos?

Toda aquella farsa orquestada por Alessio y Leonardo no era más que una jugada precisa para neutralizar, de forma «diplomática», el patético intento de acabar con mi vida sin comprometer los lazos con los aliados de la *famiglia*.

Sabíamos desde hacía meses de los movimientos sigilosos. Creían que se escondían bien, pero las ratas siempre dejan migajas esparcidas.

Varios ancianos del consejo no estaban de acuerdo con mi forma de liderar.

El problema era simple: yo desafiaba la tradición, y eso hería no solo su ego, sino el legado al que tanto se aferraban.

No me ofendía. Al contrario, me alimentaba. Hacía que mis pasos fueran aún más calculados, mis elecciones más afiladas.

Y me daba libertad para hacer lo necesario: limpiar el terreno, cortar el mal de raíz y purgar a los que olvidaban quién mandaba realmente.

Di un paso al frente. La *ragazza* retrocedió de inmediato, cruzando los brazos sobre su cuerpo como una armadura frágil. Claramente asustada.

No sé qué creía que yo le haría, pero si hubiera querido matarla, ya estaría muerta.

No habría tenido tiempo ni siquiera de despedirse del mundo.

—Harás exactamente lo que yo te ordene. ¿Entendido? —pregunté, manteniendo un tono firme.

Me miró con los ojos muy abiertos, con el miedo estampado en el rostro—. ¿Logras comprenderme?

—Sí... —Un leve susurro.

—*Va bene*. Métete detrás de esa mesa y agáchate.

—Ella miró por encima del hombro y volvió a mirarme—. No hagas preguntas, solo hazlo.

Esa tal Mia me obedeció. Aún reacia, caminó hasta el punto que le indiqué y se agachó, ocultándose detrás de la pesada mesa.

Pude visualizar parte de su silueta por debajo del tablero de madera, pero para quien no supiera que estaba allí, pasaría desapercibida.

Estaba segura. Invisible. Y, por ahora, bajo mi protección.

—Pase lo que pase, no digas nada, ni respires muy fuerte.

—Advertí y, aunque no veía su rostro, sabía que acataría.

Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta, revisé el mensaje de Leonardo, avisando que mi acompañante estaba en camino.

El fracasado del día anterior había enviado, de hecho, a su hermanita para que sirviera como pago de su deuda.

Y ella, al ser ajena a los negocios y a la sangre, podría ser una pieza ajustable para mi plan de esa noche.

Cuanto menos involucradas estuvieran personas vinculadas a la Cosa Nostra, más lograría eximirme de culpa de lo que estaba a punto de suceder.

Un suave golpe en la puerta me hizo caminar hacia ella con rapidez y abrir, tirando de la fina muñeca hacia el interior de la habitación.

—No tenemos mucho tiempo. Quítate la ropa y ponte de rodillas sobre la cama.

La chica era preciosa, no podía ignorarlo, aunque el momento fuera completamente inapropiado.

Levanté la mano y le acaricié la mejilla con el dorso, intentando tranquilizar su mirada cautelosa.

—Sé lo que crees que va a pasar, pero no sucederá.

Solo necesito que hagas lo que te pedí e intentes parecer interesada en algo más.

—Yo nunca he hecho...

—*Per favore*. Sabemos que no eres virgen. Puedes engañar a tu hermano, pero somos muy conscientes de lo que sucedía en las fiestecitas que frecuentabas durante tu intercambio.

—Don D'Amato, yo...

—No te estoy juzgando, *ragazza*. Le dejo ese papel a las señoras llenas de pudor. Solo haz lo que te ordené.

Me alegró que captara el mensaje enseguida y que hiciera lo que le mandé sin hacer más preguntas.

Aventuré una mirada hacia la mesa, no podía ver los ojos de la tal Mia, pero sabía que estaba mirando.

Podía sentir mi piel arder bajo su escrutinio.

¿Qué le estaría pasando por la cabeza?

Dirigí la mirada a la cama, donde la *ragazza* subía con movimientos torpes, vistiendo una lencería roja y sensual.

El encaje moldeaba su cuerpo como una trampa provocativa y lujosa.

El cabello ondulado caía en cascada sobre sus hombros, ocultando parte de lo que la habían llamado a mostrar.

—Aparta el cabello... —pedí, con calma—. Y abre más las piernas.

Necesito que seas una distracción convincente, *bella*.

Obedeció sin dudar. No porque me deseara, sino porque conocía el precio de la desobediencia, ya que estaba allí por la falta de palabra de su propio hermano.

Me giré despacio, quitándome la chaqueta con precisión.

Aflojé la corbata y desabroché el primer botón de la camisa, creando el aspecto relajado que esperaban de mí.

El gesto estaba estudiado. Cada pliegue, cada detalle formaba parte del personaje que yo necesitaba ser en ese momento: el Don en pleno dominio de su propio territorio.

Me serví una medida de whisky del carrito de al lado, dejé que el hielo crujiera en el vaso de cristal antes de acomodarme en el sillón frente a la cama.

Di un sorbo y me tomé mi tiempo antes de volver el rostro hacia el rincón más oscuro de la suite.

Inmóvil. Silenciosa.

Daría lo que fuera por saber qué se le pasaba por la cabeza en ese instante, aunque no tuviera sentido, puesto que nunca me había importado lo que pensara nadie más.

Y por más que intentara ignorarlo, mi atención se sentía más atraída por ella que por la mujer seminuda sobre la cama.

El golpe seco en la puerta desvió mi atención hacia la entrada y me devolvió al plan que había ensayado hasta el agotamiento, dándome, por un instante, la arrogante certeza de que nada podía salir mal.

—Está abierto. —Hablé más alto.

El clic del pomo y el haz de luz del exterior iluminaron el cuerpo de la distracción creada; escuché su risa antes siquiera de ver al hombre que tenía la vida contada y cuya fecha de caducidad ya había expirado.

—Nunca bromeas con la manera de complacer a alguien, D'Amato. —El tono de voz soberbio, engreído.

Recordaba nítidamente las conversaciones que él y mi padre mantenían hasta altas horas de la madrugada, discutiendo planes y tramando formas de conservar el poder en manos de quienes debían tenerlo.

Era una verdadera lástima verme obligado a matar a alguien que había significado tanto durante mi preparación para el liderazgo, pero no podía seguir tolerando su falta de respeto y la manera tan sibilina y hábil con la que actuaba en mi contra, dentro de mi patio y en mi propia casa.

—Soy bueno en todo lo que hago, ya te lo he dicho, Morello.

El viejo se llevó la mano a la barbilla y se frotó; un gesto ansioso siempre que estaba frente a lo que deseaba.

Al pervertido le encantaba estar con las chicas nuevas del Maison, cuanto más jóvenes, mejor, o al menos eso decía.

—Nunca la había visto por aquí.

—Carne fresca.

—Excelente.

Dio otros dos pasos hacia la *ragazza*, su instinto de conservación se iba extinguiendo a medida que la cabeza de abajo latía con más sangre y se entusiasmaba con la posibilidad de poner sus sucias manos en el premio.

—Sírvete una copa, *amico*. —Ofrecí.

—Estoy más interesado en beber de otra cosa, D'Amato.

—El muy desgraciado ni siquiera me miró, tal era la lujuria que sentía por la *ragazza*.

—Ponte cómodo. Ella es tu regalo.

La frase salió de mi boca con la frialdad ensayada de quien sabe jugar el juego.

Morello lo tomó como una señal de salida. Se movió deprisa, como un viejo adicto a un placer sucio que llevaba demasiado tiempo esperando.

Se acercó a la cama, y sus manos fueron directo a los hombros de la *ragazza*, quien retrocedió instintivamente. Un error.

Eso solo lo excitó más. Tiró de ella hacia sí con fuerza, como si agarrara una muñeca que intentaba escapar.

—No huyas, *cara mia* —murmuró, con ese tono viscoso que me revolvía el estómago.

—Por favor... yo...

—Chitón. Cuidaré muy bien de ti. —Le sujetó el rostro con una mano y usó la otra para bajar el fino encaje del sostén, dejando al descubierto los pechos de la chica.

—Te ves tan sabrosa...

Torcí los labios, tragándome la irritación con un trago seco de whisky. Detestaba ese teatro, pero era parte de la puesta en escena.

La chica intentó zafarse de nuevo. Ingenua. El movimiento despertó el lado perverso e impulsivo de Morello.

La agarró del cabello y, con un chasquido sordo, le asestó una bofetada violenta en la cara.

—Dije que te quedaras quieta.

El sonido resonó más fuerte de lo que debía.

—Morello... —mi voz cortó el aire como una navaja.

Se quedó helado por un instante. Sabía muy bien que había cruzado la línea.

Conmigo, había líneas que no se cruzaban, incluso cuando todos los demás estaban dispuestos a ignorarlas.

No me gustaba ver a las mujeres recibir golpes en contra de su voluntad, si la única culpa que cargaban era el asco por el hombre que intentaba meterse dentro de ellas.

—*Va bene*. —Miró por encima del hombro—. Seré más... cuidadoso.

Dejé que continuara con su diversión el tiempo necesario, hasta que sus pantalones estuvieran a la altura de sus rodillas, en una posición muy poco digna para morir.

—Sabes, Morello. Siempre pensé que serías un buen aliado.

—No creo que sea el momento de darnos palmaditas en la espalda, *ragazzo*.

—Pues yo creo que es el momento perfecto para que muera una rata como tú.

La puerta se abrió y el disparo dio de lleno en medio de la cabeza del infeliz.

Mia Caruso



Capítulo 5

El estallido cortó el aire como una sentencia.

Sentí el corazón latir en mi garganta con tanta fuerza que temí que se me escapara por ahí.

Me tapé la boca con ambas manos, instintivamente, sofocando el grito que amenazaba con escapar.

Un sonido agudo, desesperado, que me habría delatado en cuestión de segundos.

En la cama, la chica gritaba. Una retahíla de súplicas y sollozos ahogados, mientras se debatía debajo del cuerpo flácido y pesado del viejo, que ahora estaba muerto.

Sus ojos estaban abiertos, pero vacíos. La vida se había desvanecido en silencio, al contrario que el estruendo seco que aún resonaba en mi cabeza.

Pero de alguna manera, no lograba apartar la mirada del hombre en el sillón.

Dueño de su propio mundo, su nombre cargaba con la amenaza de muerte que acababa de presenciar.

Luca D'Amato.

Frío. Inmóvil. Con el rostro inalterable, sin sombra de sorpresa o remordimiento.

Como si simplemente hubiera apagado una vela molesta en una habitación mal iluminada.

Y entonces la puerta se abrió de par en par.

Hombres armados irrumpieron en la habitación como una ola organizada. El caos estalló por completo.

Gritos, órdenes, barridos en busca de señales del tirador. Pero Don D'Amato permaneció allí, impasible, como si todo transcurriera exactamente según lo previsto.

Y tal vez así fuera.

Me quedé agachada detrás de la mesa, encogida en la oscuridad, con las rodillas presionadas contra el pecho y el corazón latiendo a un ritmo frenético.

—Tenemos que sacarlo de aquí, jefe. —Un hombre alto y corpulento se le acercó.

—Es peligroso quedarse aquí. Han matado a un anciano, probablemente iban a por usted.

Fruncí el ceño. Había escuchado nítidamente las palabras de Don D'Amato antes de que la puerta se abriera, y la sentencia salió de la boca del jefe de la mafia antes del disparo, lo que significaba que tenía conocimiento de lo que iba a pasar.

—Necesito unos minutos. —Su voz ronca e imponente silenció el lugar; hasta la chica desesperada se había callado.

—Jefe... usted...

—Sé lo que tengo que hacer —Su tono era como una hoja afilada y cortante—. Salgan. Todos.

Con la misma rapidez con que la habitación había sido invadida, quedó vacía.

El silencio se volvió opresivo y mi corazón estaba a un latido de colapsar.

—Sal de ahí, *ragazza*.

La orden llegó mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la chaqueta que estaba junto al carrito de bebidas.

Pescó algo en el bolsillo y volvió a dejar la prenda en su sitio.

Me levanté despacio. No sabía qué pretendía hacer conmigo, pero él sabía, que yo sabía, que lo que había ocurrido allí no fue un asesinato anónimo.

El autor intelectual estaba muy tranquilo y relajado frente a mí.

Lo que me convertía en la única testigo de su plan. Algo que debería preocuparme.

Con las manos frente a mi cuerpo, salí de mi escondite improvisado. Miré al viejo sin vida sobre la cama; sus ojos aún abiertos, incluso después de muerto, resultaban muy impresionantes.

Nunca antes había visto morir a nadie ante mis ojos, creí que me afectaría más de lo que lo hizo.

El problema no era el cadáver a mi lado, sino la posibilidad de unirme a él en unos minutos.

—Hiciste lo que te ordené. Eso te da algunos puntos a tu favor. Pero nuestro juego aún no ha terminado.

—Retomó la palabra y se volvió hacia mí, la imagen inalterada de un hombre poderoso.

—Tú vienes conmigo.

—¿A dónde? —Mi tono se elevó considerablemente.

—A donde yo quiera, *ragazza*. No tienes elección. —Dio un paso adelante, metiéndose las manos en los bolsillos.

—De hecho, sí la hay: puedes venir conmigo, o unirte al cadáver que tienes a tu lado.

Miré rápidamente al cadáver y luego volví a fijar la vista en Don D'Amato.

—¿A dónde vamos?

—Llévanos a la salida de servicio. Sé que hay alguna puerta oculta por aquí.

Tenía razón. El personal de mantenimiento tenía un acceso diferente al de los clientes, lo que nos facilitaba los desplazamientos y evitaba el contacto o las situaciones incómodas para ambas partes.

—Sí. Es por allí. —Señalé el cuadro vertical en la esquina opuesta.

—Ve tú delante. —Hizo un gesto con la barbilla—. Estoy justo detrás de ti. Y armado.

Tragué saliva y me puse en movimiento con rapidez.

En ese momento, solo tenía dos certezas: que Don D'Amato necesitaba salir de allí cuanto antes y que no tenía intención de matarme, o ya lo habría hecho.

Entré por el pasaje oculto sin mirar atrás, mis pasos apresurados resonaban a lo largo del estrecho pasillo.

Las bombillas sujetas al techo proyectaban una luz amarillenta y cálida, que era más sombra que iluminación.

Servían únicamente para evitar que alguien tropezara con los escalones rotos o se golpeara la cabeza con las bajas vigas de hormigón.

El olor a moho lo impregnaba todo. El aire era pesado, sofocante, y el silencio que nos envolvía solo lograba aumentar la prisa en mis pies.

Yo solo quería que aquello terminara.

Aún abrigaba una esperanza retorcida: que me amenazara, pero que me mantuviera con vida.

—¿A dónde vamos a salir? —preguntó a mis espaldas, con su voz igual de firme que siempre, incluso con el hedor a muerte aún impregnado en su ropa.

—Cerca de la salida trasera.

—¿Hay vigilancia?

—Aquí todo está vigilado.

El silencio cayó entre nosotros como una niebla cargada de tensión.

Continuamos nuestro camino, la salida oculta estaba desierta; no circulaba ni una sola alma por allí, lo cual era extraño, pero, considerando el alboroto que se había desatado en el segundo piso, podría tener justificación.

No necesité mirar hacia atrás, sabía que aquel hombre enorme era una sombra opresiva a mis espaldas.

Alcancé la puerta de salida, me arriesgué a echar un vistazo por la rendija entreabierta: no había nadie, la oscuridad era la única presencia que se imponía al otro lado.

—Está despejado. —Le avisé y salí.

Seguimos caminando hasta que el crujido de algo al romperse bajo una pisada nos paralizó a los dos.

Sentí una mano caliente agarrarme del brazo y tirar de mi cuerpo hacia atrás del suyo.

—Quédate quieta. —Su voz fue apenas un susurro.

No tuve tiempo para pensar.

Me di la vuelta, tiré de la mano del jefe de la mafia —algo que, probablemente, me habría costado un tiro en cualquier otro escenario— y cambié de ruta sin darle explicaciones.

Abrí la precaria puerta del muro lateral y lo arrastré conmigo, cerrándola a nuestras espaldas con un ruido sordo.

Estábamos en mi habitación.

—¿Qué mierda es esta? —gruñó.

—Cállate. Había alguien en el pasillo. Si seguíamos, ahora mismo estaríamos muertos.

—Pegué la oreja a la puerta, intentando escuchar algo más, con el corazón a mil por hora.

El olor a humedad se hizo presente de nuevo. Él miró a su alrededor, y vi la reacción contenida en su rostro.

Paredes agrietadas, el colchón viejo tirado en el suelo, la bombilla colgando de un cable suelto, y una gotera en la esquina goteando sobre un balde improvisado.

La vergüenza subió ardiente, pero me obligué a mantener la barbilla en alto. No tenía por qué gustarle.

Solo necesitaba sobrevivir allí el tiempo suficiente hasta que yo lograra comprender qué era lo que quería de mí.

—¿Esta es tu habitación? —preguntó en voz baja. Sin burla. Sin lástima.

Asentí.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Unas semanas. No lo sé. —Me encogí de hombros, incómoda por su interés.

—¿Tu familia te entregó?

Le sostuve la mirada curiosa y me crucé de brazos; por un instante, olvidé quién estaba frente a mí, levanté la barbilla y casi sonreí con ironía.

—No todo el mundo viene aquí por culpa de una deuda, señor.

—Pero tampoco nadie está aquí por su propia voluntad.

—Lo que convierte al lugar en algo peligroso, sobre todo para las mujeres.

—Están más seguras aquí que en las calles, vendiendo su cuerpo y asumiendo riesgos innecesarios.

—Creo que la chica de esa habitación no piensa lo mismo.

—No puedo culpar al Maison o a la organización por la falta de compromiso de su hermano.

—Pero para empezar, fue uno de ustedes quien la aceptó aquí.

—Yo no soy responsable de que su familia no pague sus deudas ni proteja a los suyos.

—¿Y hay alguna otra opción?

—Sí. Varias. —Él se cruzó de brazos, igual que yo, mostrando bastante interés en convencerme de su punto de vista.

—Para empezar, podrían no habernos buscado.

Nadie es tan tonto como para no saber en lo que se está metiendo.

También podría haber saldado su deuda, en lugar de alardear con lujos que no podía costear.

Y, por último, podría haber entregado su propia vida, en lugar del cuerpo de su hermana.

Tragué saliva. Aunque su discurso fuera el de un criminal, había cierta coherencia en su razonamiento.

De hecho, en estas situaciones siempre había dos salidas, la fácil y la difícil.

Y raramente alguien se sacrificaría para elegir el camino más difícil.

Eso me hizo pensar en Matteo y en su repentina decisión de esconderme en lugar de asumir nuestro compromiso.

Venía un hijo en camino y él prefirió ocultarlo, buscando la alternativa más fácil.

—¿No tienes nada más que decir? —La voz interrogante de Don D'Amato me hizo despertar de mis pensamientos.

Abrí la boca para responder, pero un golpe en la puerta nos interrumpió y rápidamente me volví hacia el sonido.

—¿Quién es?

—Abre la puerta.

Sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo. Reconocí la voz. Era el hombre que contestó la llamada la noche anterior y le prometió a alguien que Don D'Amato tendría lo que se merecía.

Volví a actuar por impulso, me giré hacia el mafioso que estaba en el centro de mi habitación, ocupando casi todo el espacio con su tamaño, y lo empujé hacia un pequeño armario de una sola puerta que había en la esquina.

—¡*Andiamo*! O la echo abajo.

Miré por encima del hombro y volví a fijarme en el gigante que tenía delante, el cual no se movía ni un milímetro, por mucho que yo me esforzara.

—Tienes que esconderte. —Susurré, desesperada.

—Yo no tengo que hacer nada.

—No tengo tiempo para explicártelo, pero tu vida corre peligro.

Per favore, Don D'Amato, métete en el armario y quédate quieto.

Algo en mi mirada, o en la desesperación que me invadió al pensar que él iba a ser emboscado, le hizo obedecer y, con cierta dificultad, entró y logró ocultarse en el único cubículo que tenía disponible.



Capítulo 6

Seguro que había perdido la cabeza por completo.

Los segundos se convertían en horas mientras esperaba a la misteriosa *ragazza* que había logrado convencerme de ponerme en una posición de absoluta vulnerabilidad.

—¿Qué pasa? —Su tono era de hastío.

—Tengo que registrar el lugar.

—¿Por qué?

—No importa. Apártate.

Escuché un golpe sordo y el gemido de la chica, probablemente la había empujado contra la puerta con violencia.

El imbécil ya tenía los días contados y ni siquiera se daba cuenta.

—Por si no te has dado cuenta, aquí no hay nadie más que yo.

—¿Por qué estás aquí?

—Es mi casa.

—Esto no es una casa. Hasta donde yo sé, a las chicas del Maison se las trata muy bien.

—Soy la de la limpieza.

—Yo podría conseguirte algo mejor. —El tono brusco del infeliz se volvió interesado.

Iba a destripar a ese desgraciado si se atrevía a ponerle un dedo encima.

—Y yo podría hablar con la gerencia y decirles que estás molestando a las empleadas.

—Tranquila, preciosa.

—Di de una vez qué es lo que quieres.

—Don D'Amato ha desaparecido de la suite en la que estaba. Le estamos buscando.

—¿Y te crees que el jefe de Nueva Orleans va a estar aquí metido?

—Por lo visto no.

—Entonces lárgate y déjame descansar.

En cuanto oí cerrarse la puerta salí del cubículo, más que encantado de poder estirar el cuerpo y respirar un aire un poco mejor que aquel olor a moho concentrado en la madera vieja.

Ese lugar no era digno ni para un perro sarnoso.

El olor a podredumbre era nauseabundo, y la humedad se escurría por las paredes agrietadas.

Mis ojos recorrieron el espacio con una irritación cada vez mayor.

¿Por qué diablos esa *ragazza* estaba escondida en medio de la basura del Maison?

Todo aquello me olía a deuda mal saldada, a un favor encubierto o a algo peor.

Si ella tuviera algún vínculo con la *famiglia*, alguien habría autorizado su permanencia allí, y yo estaría al tanto.

Pero a mí nadie me había informado de nada.

Y eso me incomodaba profundamente.

—Necesito un móvil. El mío se quedó en la habitación.

—Dije, revisando ya la mesa improvisada que ella usaba como soporte.

—No tengo —respondió con firmeza.

Levanté la vista hacia ella, algo sorprendido.

—¿No tienes?

—Evidentemente, esa no es mi prioridad. —Señaló a su alrededor con un gesto, como diciendo: «mira dónde vivo».

Pasé la punta de la lengua por mi última muela, irritado.

—Claro. —Eché un último vistazo a la estancia, sofocado por esa sensación de dejadez generalizada.

—Entonces, tendremos que seguir a pie.

—¿Tendremos? —Ella arqueó una ceja—. Yo no tengo que ir a ningún lado. Trabajo aquí, señor.

Y acabo de salvarle la vida.

Giré el cuerpo lentamente hacia ella, me crucé de brazos y la miré fijamente, como si fuera una ecuación mal resuelta.

—¿De verdad? —dije en voz baja—. ¿Estás segura de eso?

El silencio se hizo presente durante un segundo.

—El hombre... el que acaba de salir de la habitación... ayer recibió una llamada. Lo escuché sin querer.

Dejé de caminar. Sus ojos rehuyeron los míos una vez más.

—Dijo que hoy le entregaría a usted sus saludos. —Tragó saliva.

—Creo que es fácil adivinar de qué tipo de saludos se trataba, ya que hablaba a escondidas, susurrando... en una llamada que nadie debía oír.

Apreté la mandíbula. Mis pensamientos volaron rápidamente hacia Morello; ese maldito bastardo no actuaba solo.

Había alguien más detrás de todo, y esa chica, salida de la nada, había escuchado más de lo que debía.

—¿Es un asesino infiltrado? —pregunté, con la voz seca y cargada de burla.

—¿Y te pareció que la mejor idea era enfrentarte a él tú sola?

No respondió de inmediato.

—Mira… —comenzó, con cautela—. Usted puede irse. Yo me quedo. Le prometo que no diré nada.

De lo que pasó allá adentro. Del viejo en la habitación...

—No sé de qué me estás hablando. —La corté, directo, con un tono firme como el acero.

—Pero... mató a uno de sus aliados. No querrá... tener más problemas.

—Yo no he apretado ningún gatillo. Y tú no te vas a quedar aquí sola. —Me crucé de brazos.

—Esto no es una negociación.

—Pero no puedo desaparecer —replicó—. Nadie tiene por qué saber que le ayudé, que le escondí, que yo...

—Precisamente por eso. —La interrumpí—. Eres un cabo suelto.

Y cuando descubran que despistaste a alguien que tal vez estuviera a un paso de rebanarme el cuello, serás un blanco fácil.

—¿Un blanco? —repitió, indignada.

—Si lo prefieres, puedes considerarte una «testigo ocular». —Incliné la cabeza.

—Pero la verdad es que ahora estás en el juego. Y, te guste o no, eso lo cambia todo.

Respiró hondo, mirando a ambos lados como si buscase una ruta de escape dentro de su propia habitación.

—¿Me está secuestrando?

—Te estoy manteniendo con vida. Solo que aún no has entendido la diferencia.

—Saqué el arma que llevaba sujeta a la espalda, en la cintura.

—Ahora muéstrame la forma más rápida y sencilla de salir de esta pocilga.

—¡Oye! Más respeto con mi casa. —Su indignación casi me hizo sonreír.

—*Va bene*. Tenemos que irnos. Cuanto antes. —Anuncié mientras caminaba hacia la puerta y la abría apenas una rendija.

—Parece que el camino está libre. —Volví a cerrar la puerta—. Cámbiate, nos vamos.

—¿Cambiarme? —Ella miró su propia ropa frunciendo el ceño —. ¿Qué tiene de malo esta?

—Es el uniforme del Maison. Nadie necesita saber de dónde vienes.

—La cuestión es: ¿A dónde voy a ir?

—Eso no es algo de lo que debas preocuparte. Siempre y cuando sigas bajo mi protección.

—¿Hasta cuándo...?

—No tengo esa respuesta, Mia... —Esperé a que dijera su apellido.

—Solo Mia.

—Muy bien, solo Mia. Date prisa. No tenemos tiempo.

Fue hasta el armario en el que yo había estado escondido, sacó de allí un par de prendas y las metió en una bolsa de tela de colores.

Separó unos pantalones y una blusa blanca y volvió a mirarme.

—¿Puede darse la vuelta?

Arqueé las cejas y apreté los labios para ocultar mi intento de soltar una carcajada.

Me di la vuelta despacio, sin decir una sola palabra, y me quedé mirando la pared de enfrente; el cristal del pequeño armario de la cocina reflejaba la imagen de la chica, que, de espaldas, se quitaba la blusa y los pantalones del uniforme.

Entorné los ojos, ansioso por obtener una última y nítida imagen de su cuerpo desnudo.

Sentí cómo mi polla despertaba, incómoda e impaciente, como el buen pervertido que era.

Observé su culo redondo rellenando las braguitas blancas, sencillas y sin la menor intención de resultar seductoras, pero que consiguieron hacerme salivar como un muerto de hambre ante un banquete prohibido.

Su espalda curvilínea, pálida y delicada, suplicaba ser tocada. Preferiblemente, por mí.

Se puso la camiseta holgada con rapidez, se subió los pantalones a toda prisa, y luego se quitó la redecilla del pelo.

Los mechones castaños, gruesos y ondulados, cayeron como una cascada por su espalda.

—Estoy lista.

Sacudí los pensamientos inapropiados de mi cabeza, volví a centrarme en lo que de verdad importaba y me acerqué a la puerta, con el arma en la mano.

Abrí una rendija y escuché. Silencio.

—Larguémonos de aquí.

Extendí la mano hacia atrás, y su palma, cálida y delicada, se encontró con la mía.

Sus dedos se entrelazaron con los míos con firmeza. Eso me gustó. No era una florecilla frágil. Tenía instinto.

Prácticamente corrimos hasta la parte de atrás, escapando por una vieja portezuela medio escondida tras una valla de madera.

El terreno estaba cubierto de hojas secas y maleza alta; esa clase de abandono que, por el momento, jugaba a nuestro favor.

—Por aquí. —Tiró de mí con urgencia—. Hay un callejón justo enfrente.

Asentí y la seguí. Conocía aquellos alrededores, por supuesto, pero hacía años que no me escabullía por los callejones que rodeaban al Maison.

Las calles cambian cuando dejas de arrastrarte por ellas. Y los peligros, también.

Tras dejar atrás un par de esquinas oscuras, llegamos a un sedán negro, discreto, aparcado de forma estratégica en una calle lateral sin salida.

Comprobé los retrovisores, miré hacia arriba; ningún movimiento, ninguna amenaza.

—Es seguro. Entra.

Se deslizó hasta el asiento del copiloto, sin hacer preguntas. Yo ocupé mi puesto al volante, ajusté el asiento y giré la llave.

En cuanto nos alejamos, dejé libre mi mano derecha y coloqué el arma en el hueco entre mis piernas, como un recordatorio: todavía estábamos en el juego.

El trayecto hasta la mansión D'Amato transcurrió en silencio. La *ragazza* miraba por la ventanilla, inmersa en sus propios pensamientos, al igual que yo.

Cuando cruzamos las altas puertas de hierro forjado, uno de mis guardias de seguridad ya nos esperaba, con el móvil pegado a la oreja y expresión rígida.

Alessio Conti se acercó tan pronto como aparqué el coche en la entrada lateral, la cual estaba reservada para quienes accedían sin anunciarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, yendo directo al grano—. ¿Y quién es ella?

—Luego. —Lo corté, sin mirarle—. Necesito un baño y un poco de silencio.

Alessio frunció el ceño, pero me conocía lo suficiente como para entender que no valía la pena insistir.

—He mandado reforzar la seguridad. El consejo quiere respuestas sobre lo de Morello.

—Las tendrán. A su debido tiempo.

Él miró por encima de mi hombro hacia Mia, que se bajaba del coche con el cuerpo en tensión y ojos de animal acorralado.

—Llévala al ala de los empleados. —ordenó Alessio a uno de los hombres que estaban a su lado.

—Y no le quites el ojo de encima.

Antes de que yo pudiera decir algo, Mia me miró.

No dijo nada, pero había una pregunta no formulada en sus ojos.

Aparté la mirada.

—Ve con ellos. Nadie te hará daño. Todavía no.

Ella respiró hondo, se enderezó y caminó con la dignidad que le quedaba.

Y yo me quedé allí, inmóvil, viendo cómo su silueta desaparecía por los pasillos de la casa en la que nadie entraba sin pagar un precio.

Mia Caruso



Capítulo 7

El clic del pestillo fue discreto, pero no impidió que el ruido retumbara en mi mente como una sentencia desesperada ante la situación que estaba cambiando el curso de los acontecimientos.

Yo no tenía ningún vínculo con D'Amato, pero presencié un golpe que, obviamente, cambiaría el destino del jefe de la mafia de Nova Orleans si alguien descubría lo que realmente pasó en aquella habitación.

Aún no sabía cuál era la versión oficial, pero dudaba mucho de que las palabras del jefe hacia el anciano en el momento del disparo se divulgaran en los informes para la *famiglia*.

Morello. ¿Quién era él? ¿Qué había hecho para merecer la emboscada que sufrió?

¿Por qué Don D'Amato necesitaba ocultar la ejecución de un hombre, si realmente se lo merecía?

Eran demasiadas preguntas, en las que ni siquiera debería estar pensando. Mi condición en el Maison era simple: mantener la discreción y el silencio.

Trabajar para mantener las apariencias de mi estancia temporal allí y marcharme cuando Matteo viniera a buscarme, sin mirar atrás.

—¿Qué voy a hacer? —murmuré para mí misma, y el sonido se me escapó como un soplo trémulo.

No logré explicar quién era. Fui engullida por este juego, como lo llamaba Don D'Amato, sin conocer las reglas, a los jugadores o lo que les pasaba a los peones que daban un paso en falso.

Y ahora, estaba en sus manos.

Bajé la mirada hacia mi vientre aún plano, pero que guardaba lo más preciado que tenía.

Un secreto que crecía en silencio y lo cambiaba todo.

Matteo nunca sabría lo que me había pasado. Y tal vez eso fuera lo mejor.

Necesitaba encontrar la manera de convencer al jefe de Nova Orleans de que me dejara marchar, llevándome conmigo algo que, algún día, podría destruir su paz.

Alcé la vista y observé el nuevo entorno. Mi celda improvisada.

Aun así, era más digna que el cubículo húmedo y fétido donde dormía antes.

La cama era individual, sencilla, con sábanas blancas, limpias y perfumadas.

Había un pequeño armario apoyado en la pared, también blanco, con puertas desgastadas por el tiempo, pero sin rastro de polvo o descuido.

Una butaca tapizada completaba la habitación; sin lujos, pero lo bastante cómoda para acoger a un cuerpo cansado y una mente hecha pedazos.

Me senté en el borde del colchón y balanceé el cuerpo, comprobando su suavidad. Me sorprendió.

Era firme, acogedor, casi reconfortante.

Sin duda, mucho mejor que el anterior, que parecía más bien un trozo de espuma empapada, eternamente impregnada de humedad y olor a desesperación.

No sé en qué momento ocurrió, pero cuando me quise dar cuenta, sentí que mi piel ardía, incomodándome hasta el punto de despertarme del sueño reparador en el que había caído.

Me froté los ojos, sintiendo el cuerpo aún pesado por el sueño.

La cama era tan cómoda que, por un instante, olvidé por completo dónde estaba.

Me desperecé despacio y me giré hacia el otro lado, dispuesta a acurrucarme un poco más hasta que me di de bruces con él.

—Roncas —dijo, con voz ronca y cargada de ironía.

Me llevé un susto tan grande que di un salto hacia atrás, aferrándome a la sábana como si pudiera protegerme de aquella mirada fría que me atravesaba.

—¿Qué? —parpadeé, intentando comprender si era real o si estaba teniendo una pesadilla.

—Y muy alto —añadió, indiferente, como si estuviéramos comentando el tiempo y no mi supuesta falla respiratoria nocturna.

—Yo no ronco —protesté, todavía aturdida—. Nunca me han dicho eso.

—Bueno, pues ahora alguien ha sido sincero contigo. —Se levantó del sillón con la tranquilidad de quien tiene todo el tiempo, y el control, del mundo entero.

Su tono de voz helado me devolvió a la realidad de forma brutal.

El hombre al que había salvado, el mismo que había mandado matar a otro a sangre fría delante de mí, era también el que ahora me retenía como... ¿qué?

¿Una prisionera? ¿Una protegida? ¿Un estorbo?

—¿Cuándo podré irme? —pregunté en voz baja, intentando sonar firme, pero el miedo pesaba en mis palabras.

Se detuvo frente a mí, con los brazos cruzados y la mirada tan oscura como la noche al otro lado de la ventana.

—Cuando sepa quién eres. De verdad. Y de dónde vienes.

—Ya se lo he dicho. Me llamo Mia. Trabajo en la limpieza del Maison, allí fue donde...

—Has dicho lo que has querido —me interrumpió—. Pero tengo otros medios para conseguir lo que me interesa.

—No soy nadie importante y no tengo ningún valor. Ya le he dicho que no abriré la boca.

Solo usted sabe que estuve en esa habitación.

—Y ahora, quien te dio cobijo allí sabe que estás fugada.

Después del asesinato de alguien importante de la *famiglia*, eso puede indicar culpabilidad.

Mis ojos se alarmaron. No había pensado en la posibilidad de que me acusaran de cómplice, o incluso de ser la autora material de tal acto.

Eso me dejaba en una situación mucho peor de lo que imaginaba.

—Vengo de lejos. Puedo irme si me ayuda. Nadie volverá a saber de mí nunca más.

—¿Ni siquiera quien hizo el trato para aceptarte?

—¿Trato?

—Vamos, solo Mia. ¿Crees que no sé que viniste a través de alguno de los aliados?

El Maison es un territorio dominado por mi gente, restringido y seguro para quienes forman parte de la organización.

Para que tú estuvieras allí, escondida en un cuartucho improvisado, alguien tuvo que cobrar, o deber, un favor.

—Dio un paso al frente, deteniéndose al borde de la cama.

Mi cuerpo reaccionó por instinto y retrocedió. Sentí la pared fría en la espalda; ya no tenía adónde ir, alejarme ya no era una opción, y tal vez por eso una discreta sonrisa asomó a los labios de aquel hombre.

Inclinó el cuerpo hasta que sus ojos quedaron a la misma altura que los míos.

Hundió las manos en el colchón, firmes, cerca de mis pies, y contuve la respiración en el instante en que aquel rostro, esculpido por criaturas nefastas y sostenido por una presencia que me asfixiaba, se acercó tanto al mío que pude sentir el calor de su aliento.

—Es la última vez que te lo pregunto, solo Mia... —dijo con un tono de amenaza velada.

—Te estoy dando la oportunidad de mantener tu vida a salvo. Valoro a quienes me son leales.

Tragué saliva.

Me ardía la garganta.

—Caruso... —dije tan bajo que llegué a dudar de que me hubiera escuchado.

Pero lo hizo.

—Tu familia no es de aquí —afirmó, sin pestañear.

—Nueva York.

Arqueó una ceja, y la presión del ambiente se volvió aún más intensa.

—Giordani. Es un aliado. ¿Quién te envió aquí? No fue él mismo, o me habría buscado.

—No lo fue. Solo estuve en presencia de Don Silvano una única vez.

Cuando mi padre fue presentado como asociado de la *famiglia*.

—¿Alguien importante?

—No. Solo un vigía estratégico.

Por muy difícil que fuera, mantuve mi mirada clavada en la suya. No podía entregar el secreto que cargaba.

Matteo jamás habría aprobado que alguien de fuera tomara las riendas de nuestro problema con su tío. Yo ya estaba demasiado metida en un lío.

El silencio entre nosotros se prolongó, pesado. Por fin, se apartó despacio, como si analizara cada una de mis reacciones.

Aproveché la oportunidad para insistir, con la voz casi quebrada:

—Podría dejarme ir. Comprarme un billete a Nueva York... y listo. No volvería a verme nunca más.

Desaparecería.

Su respuesta fue una risa corta, seca, burlona.

—Claro. Un billete solo de ida. Qué conveniente.

Puse los ojos en blanco, furiosa.

—¿Por qué es tan difícil de entender? ¡No soy una amenaza para usted!

Se dio la vuelta, dirigiéndose ya hacia la puerta.

—Por ahora... —dijo, sin mirarme—. Descansa.

En cuanto salió y cerró la puerta, me hirvió la sangre.

—¡Idiota arrogante! —mascullé entre dientes antes de levantarme a toda prisa, alzar el puño y golpear la madera.

El dolor palpitó, pero no más que la indignación que me consumía.

Estaba atrapada en una jaula de oro y, lo que es peor, rodeada de hombres que decidían mi destino como si yo fuera solo una pieza desechable en su juego.

Tenía que escapar. No tenía alternativa.

Con mi apellido, no tardaría en llegar hasta mis padres; un par de preguntas y todos en Nueva York sabrían dónde estaba.

Necesitaba ponerme en contacto con Matteo. Juntos encontraríamos una solución, o él mismo podría negociar mi regreso a casa.

Oí el clic de la manilla y retrocedí de inmediato. Alcé la barbilla, dispuesta a enfrentarme al hombre que tenía mi vida en sus manos, pero me sorprendió ver a un muchacho joven, larguirucho, con una bandeja de comida.

—Esto es para ti. —Su voz era chillona, evidenciando claramente la transición de la pubertad.

—Tengo órdenes de verte comer todo. Hasta la última cucharada.

—Qué considerado —desprecié—. ¿Qué es eso?

—Sopa de tomate.

Se me hizo la boca agua automáticamente y, tal vez, me relamí los labios, ya que el *ragazzo* esbozó una sonrisa al acercar la bandeja a la cama.

—Que aproveche. La *nonna* es la mejor cocinera de toda Nova Orleans.

—¿*Nonna*?

—Sí. La señora Maria. Trabaja en la mansión D'Amato desde que tiene uso de razón.

Conoce a todo el mundo y se sabe todas las historias. —El *ragazzo* parloteaba mientras se situaba cerca de la puerta.

Me senté en la cama y me puse la bandeja en el regazo.

Él tenía una misión en la que, por lo visto, no pretendía fracasar, y yo aprovecharía la oportunidad para conocer lo máximo posible del lugar en el que estaba prisionera.

—Me llamo Mia.

—Ah, lo sé. No se habla de otra cosa en los pasillos.

—¿De verdad? ¿Quién lo ha comentado?

—Todo el mundo. Los empleados. Los guardias.

—¿Tantos son?

—Claro, *bella mia*. Estás en la fortaleza de la mafia. El corazón de los D'Amato. —Sus ojos brillaron de orgullo al hablar.

—¿Y qué han dicho de mí?

—Ah... que eres el nuevo juguete del jefe.

Miré a los ojos al muchacho y sentí que la sangre abandonaba mi rostro, dando paso al miedo de lo que aquello podría significar.



Capítulo 8

Me di un baño largo.

El agua caliente escurría por mi espalda, pero no era capaz de lavar el peso que se acumulaba en mis hombros.

Necesitaba algo más que limpiarme el cuerpo, necesitaba barrer de mi mente el caos de la noche y preparar los siguientes pasos.

Morello estaba muerto.

Y, por mucho que una parte de mí quisiera creer que el viejo había actuado por su cuenta, yo sabía que el juego no funcionaba así.

Tenía demasiada experiencia como para moverse sin una red de seguridad.

Alguien le había ayudado y su muerte era una advertencia velada a la otra parte.

Faltaba saber a quién.

Incliné la cabeza hacia atrás, dejando que el agua me golpeara el rostro, intentando frenar el impulso de salir del baño con el arma desenfundada y empezar a exigir respuestas por la fuerza.

No podía precipitarme. En eso se equivocaban ellos, demasiada emoción y muy poca estrategia.

La muerte del anciano era solo la punta del iceberg.

¿Y el guardia de seguridad del Maison, el que la chica había mencionado?

Ese hombre era un cabo suelto; si estaba involucrado, había que encontrarlo antes de que desapareciera o fuera eliminado por quien movía los hilos.

Por eso le había pasado la información a Alessio, quien de inmediato organizó un pequeño equipo y fue en busca del espía.

Y en cuanto a Mia Caruso...

Ahora que tenía su nombre completo y el dato de que venía de Nueva York, sería fácil conseguir lo que necesitaba.

Contactos no me faltaban. Bastaría una llamada telefónica y su pasado llegaría íntegro hasta mí, en una carpeta negra, con sello rojo y todo lo que estuviera enterrado detrás de esa carita asustada que intentó enfrentarse a mí en la madrugada.

Por frágil que fuera su apariencia, había algo en aquella *ragazza* que no encajaba.

Me había salvado, sí. También había mentido. El tipo de omisión que nace de la desesperación, o del instinto de supervivencia.

Cerré el grifo y miré la mampara empañada.

Sabía que retenerla sería un problema del que no quería ocuparme, pero no podía huir.

Morello y la red de conspiración eran la prioridad; Mia Caruso, un mero error de cálculo que resolvería con el tiempo.

No era un buen momento para contactar a Giordano. Especialmente con todo lo que estaba ocurriendo.

La muerte de Morello sería encubierta y justificada de una forma completamente distinta a como ocurrió.

Principalmente para mantener las apariencias con su familia, que ignoraba su presencia en un prostíbulo de lujo, acompañado de una chica nueva.

Me envolví la cintura con una toalla y me eché otra sobre los hombros.

Caminé hacia el vestidor secándome el pelo por el camino, con la mente centrada por completo en la *ragazza* y en lo que haría con ella mientras se calmaban las aguas.

—¿Por fin has empezado a sacar a las ratas? —La voz aterciopelada e imponente cortó el aire con la precisión de un bisturí.

No era una pregunta. Su timbre, firme, seco y aristocrático, era un buenos días, por lo visto.

Mi madre.

La señora D'Amato.

—¿De qué hablas? —tanteé el terreno.

—De uno de los conspiradores de la muerte de tu padre. —Suspiré.

—Morello era un *amico* de papá, madre.

Me quité la toalla del cuello y enrollé las dos puntas entre los dedos, como si el acto pudiera disipar la tensión que ella traía siempre que aparecía sin avisar.

—Eso no significa nada.

—Solo estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado —añadí.

—Entonces... ¿el objetivo eras tú? —Sus ojos se alarmaron, invadida por el pánico—. Tienes que protegerte, Luca.

No puedes caer en la misma emboscada que tu *papà*.

—Madre, no te preocupes. —Acorté nuestra distancia y la sostuve por los brazos—. Estoy bien.

—Ese hombre murió en tu lugar.

—Una triste realidad para él —disfracé la verdad.

Esa era la intención, aunque el autor intelectual hubiera sido yo.

Todo tenía que parecer una clara conspiración contra el líder de Nova Orleans.

—¿Y qué le van a decir a la familia de Morello?

—Lo que sea más honroso para la memoria del viejo —respondí, apartándome.

—Dejé que Leonardo se encargara de la narrativa. Yo solo quiero unas horas de paz.

Me observó en silencio durante un segundo.

—¿Y la *ragazza*?

—¿Quién? —Fingí confusión.

—La que has traído y encerrado en el ala de servicio como si fuera tu posesión más preciada.

No me la escondas, Marcello.

Se estaba perdiendo una vez más entre los recuerdos dolorosos de un pasado vergonzoso y lo que ocurría en el ahora.

Los episodios eran cada vez más frecuentes, por mucho que buscara los mejores tratamientos.

—Me ayudó a escapar del ataque en el Maison. Eso es todo. Y yo soy Luca, *mamma*. ¿Recuerdas?

Tu hijo.

—Devuélvela. Tal vez la reciban como a una heroína. Hasta podría ganarse un bono en el burdel por haberte salvado.

—*Mamma* —advertí, con un tono entre exasperado y protector.

Abracé su cuerpo con delicadeza y le besé la frente—. Estás pensando en el pasado. ¿Recuerdas lo que dijo el médico?

Vamos a centrarnos en el presente.

—Yo... —parpadeó un par de veces, como si volviera a la realidad—. ¿Luca?

—Sí, *mamma*. —Cerré los ojos manteniendo mi agarre en torno a su abrazo.

—A tu padre lo mataron —continuó—. Y quiero al culpable a tres metros bajo tierra. Pudriéndose.

Nada menos que eso.

Ahí estaba.

La única razón por la que se había perdido dentro de su propia mente.

Su amor ciego y absoluto por el hombre que la condenó a una vida de promesas rotas.

El viejo Marcello Barone era cruel, astuto, y forjaba alianzas con el mismo esmero con el que traicionaba sus votos.

Cultivaba enemigos como si coleccionara monedas raras. Por muy poco, no perdió Nova Orleans a manos de otra *famiglia* a causa de deudas de juego y amantes peligrosas.

Ella lo sabía todo.

Y, aun así, se quedó.

Eso era lo que más me dolía.

Y el motivo por el que, años atrás, me juré a mí mismo que jamás cometería el mismo error. Nunca me casaría.

Nunca tendría una amante fija. Nunca dejaría que el amor me transformara en algo que no supiera controlar.

El amor era debilidad.

—Papá no dejó amigos ni un legado sólido cuando perdió la vida.

—Culpa de las influencias que lo rodeaban.

—O de los demonios que habitaban en su alma.

—Luca... No manches la memoria de tu padre.

—No necesito hacerlo, *mamma*. —Retrocedí un paso y fui hasta la puerta, abriéndola.

—Ahora, si me disculpas, necesito dormir un poco. Y tú también.

—Mandaré que te traigan un plato de sopa.

—No te molestes. Solo quiero dormir.

—*Va bene*. —Soltó una bocanada de aire y finalmente salió.

Fui a la cama y reviví todos los últimos acontecimientos, como si mi mente fuera un proyector maldito, incapaz de concederme un descanso.

Hacía tiempo que las pastillas habían dejado de hacer efecto, así que aprendí a aceptar que cerrar los ojos y dejar que el cuerpo reposara ya era más que suficiente.

La paz completa no era un lujo para hombres como yo.

Pero, esa noche, no fue el rostro de Morello lo que me persiguió. Ni los enemigos que aún permanecían ocultos.

Fue ella.

Su forma de caminar apresurada, intentando ocultar el miedo, pero fracasando al enmascarar su valentía.

El cabello despeinado cayendo por su espalda desnuda. La curva de su cintura, el contorno de su cadera, su piel blanca

expuesta bajo la lencería, demasiado sencilla para el efecto que causaba.

No debería haber mirado, pero lo hice.

Y ahora ella aparecía en el umbral de mi imaginación.

Me vi allí, tumbado, con los ojos entrecerrados, cuando la puerta de la habitación se abría con un crujido lento y ella entraba.

Sin palabras, sin avisar. Mia se acercaba a mí con la respiración entrecortada, y los ojos echando chispas, en una mezcla de desafío y rendición.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, ronco, con la voz resonando en la fantasía.

—He venido porque soy tuya. —Se detenía al borde de la cama—. Porque quiero ser tuya.

Mis músculos se tensaron al oír esas palabras. En el devaneo, se subía al colchón con la misma delicadeza con la que se pisa un secreto.

Sus manos tocaban mi pecho, sus labios se quedaban a un soplo de distancia de los míos.

—Déjame demostrarte... —susurró—. Que no soy solo un problema que resolver.

Y antes de que mi mente decidiera si se resistiría o no, mi respiración ya se aceleraba como la de un hombre a punto de perderse en el fuego que él mismo ha encendido.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato, rígido, hambriento, implorando atención. Y yo cedí.

Cedí a esa escena absurda y poderosa que mi mente insistía en proyectar: la imagen de una chica poco común, con ojos que me desafiaban y un cuerpo que despertaba los instintos más primitivos, entregándose a mí como si perteneciera a mis brazos.

Fue rápido, intenso y completamente fuera de mi control. El placer llegó como un rayo —bruto, caliente, abrumador—

arrastrándome en una descarga que demostraba hasta qué punto ya me había dominado, incluso sin saberlo.

Tal vez, Mia Caruso fuera un problema mucho mayor de lo que yo imaginaba.

Mia Caruso



Capítulo 9

Conversar con Francesco fue sorprendentemente informativo y, para mi asombro, hasta un poco ligero.

Su forma inocente y entusiasta de hablar sobre la rutina en la mansión, de cómo todos actuaban como si estuvieran en un eterno baile de máscaras, casi me hizo olvidar el verdadero motivo de querer sacarle información.

En poco tiempo, me enteré de todo sobre las entregas en la propiedad: horarios, proveedores, cambios de turno y, sobre todo, por dónde pasaban las mercancías.

La parte difícil sería escapar, por supuesto, pero no imposible si encontraba el momento adecuado.

La visita de Don D'Amato la noche anterior dejó claro que no pensaba liberarme a corto plazo.

Quizá aún intentara ponerse en contacto con Don Silvano, lo que podría serme útil, pero en la práctica crearía un problema aún mayor: que se descubriera mi relación con Matteo.

Y eso perjudicaría los planes que me había dejado claros cuando nos despedimos, semanas atrás, en la estación de autobuses:

—*Amore mio*, no digas nada. Quédate en las sombras. Sigue el plan.

En cuanto lo solucione con mi tío, iré a buscarte.

Fue un beso rápido, sellando un acuerdo silencioso. Un pacto en el que solo él tenía voz.

Aún creía que la verdad lo resolvería todo más rápido, pero confiar en Matteo era lo único que me quedaba.

Él conocía a Don Silvano mejor que yo.

Ahora, casi un mes después, mi cuerpo aún ocultaba bien lo que crecía en mi vientre, aunque sería por poco tiempo.

Y, en aquella situación, volver a Nueva York y buscar a Matteo parecía mi única salida.

Un golpe suave me sacó de mis devaneos.

—¿Qué tenemos hoy? —pregunté cuando Francesco entró con otra bandeja.

—Un desayuno completo —anunció con una sonrisa amable.

—*Va bene*, pero podría comer en el ala de servicio. No hace falta que me sirvas.

Francesco se detuvo en medio de la habitación, dubitativo. Sabía muy bien que yo no estaba allí de paseo, pero era bueno comprobar hasta dónde llegaba su buena voluntad.

—Lo hago con gusto. No se preocupe.

Dejó la bandeja sobre la cama. El olor a café recién hecho me dio hambre, pero mi cabeza seguía ocupada con una idea.

—Aprovechando tu amabilidad, necesito un cepillo para el pelo y unas pinzas. Se me olvidaron los míos.

—¿Ha mirado en el baño? —señaló con la cabeza la puerta de al lado.

—La verdad es que no me he fijado. —Fingí estar distraída, yendo hacia la bandeja para coger el vaso de zumo.

—Seguro que le han dejado algo. —Caminó hacia el baño, y yo aproveché el momento.

En un movimiento rápido, cerré la puerta tras él y le eché la llave.

Oí cómo me llamaba desde el otro lado, pero yo ya corría por el pasillo, con el corazón acelerado y las piernas temblorosas.

Los pasillos eran todos iguales, interminables y silenciosos, salvo por mis pasos apresurados.

No tenía ni idea de adónde iba, solo necesitaba alejarme de la habitación.

Intenté abrir puertas a mi paso, pero todas estaban cerradas con llave, hasta que encontré una entreabierta, casi escondida al final de un pasillo lateral.

Entré.

Cerré la puerta a mis espaldas, respirando con dificultad, con el pecho subiendo y bajando.

Era una sala amplia, con ventanas altas cubiertas por cortinas ligeras, que dejaban entrar suavemente la luz de la mañana.

Un panel de madera cubría parte de una pared, y una mesa larga dominaba el centro de la estancia.

Había papeles y carpetas esparcidos, y unas voces masculinas llegaban desde un lateral, desde un hueco semiabierto entre las estanterías.

Me acerqué, con el corazón en un puño.

—Esa chica es un riesgo —dijo una voz firme e impaciente.

—Y los riesgos son interesantes —respondió Don Luca, en un tono demasiado calmado que me erizó el vello de la nuca.

—No hablo de eso, Luca. Ha aparecido de la nada, se ha visto envuelta en un ataque, sabe la verdad y ahora está dentro de tu casa.

Esto puede salirnos caro.

—O darnos una buena ventaja —replicó él, indiferente—. Aún lo estoy decidiendo.

—Estás jugando con fuego.

—Tal vez. Pero hasta ahora, no me he quemado. —La voz de Don Luca transmitía ironía, pero también una sutil advertencia, del tipo que decía: "no me presiones".

—Estás cometiendo un error. Es mejor matarla ya, antes de que arrastren a Don Silvano a todo esto.

Si tiene algún vínculo con él, esta historia puede estallarnos en las manos.

Mi corazón se desbocó. La frialdad de sus palabras fue como una cuchilla pasándome por el cuello.

Un escalofrío me recorrió la espalda y el aire me pareció enrarecido.

—Estás exagerando —respondió con sequedad—. Ya te he dicho que me estoy ocupando de ello. Y el asunto está zanjado.

Hubo una pausa y luego oí los pasos pesados del hombre que deseaba mi muerte alejándose.

Un denso silencio flotó durante unos segundos, hasta que la voz del jefe de la mafia cortó el aire:

—Ven aquí.

Congelada en el sitio, tardé un segundo en asimilar que me estaba hablando a mí.

—Ahora, *cara mia*. —La firmeza de su tono me sacó de mi trance.

Con pasos cortos y precavidos, me acerqué a la mesa. Se me revolvía el estómago y tenía los dedos helados.

Él no se movió. Se limitó a observar. Sus ojos me escudriñaban de arriba abajo como si yo fuera un espécimen bajo inspección.

—¿Tienes miedo? —preguntó, torciendo una comisura de la boca.

Asentí antes de poder evitarlo.

—Eso es bueno. —Se acercó un poco más, quedándose a escasos centímetros de mí.

—Significa que tienes instinto de supervivencia. Veamos si tienes lo demás.

Se me secó la garganta.

—¿Lo demás?

—Valor. Discernimiento. Lealtad. —Habló en voz baja, y cada palabra pesaba más que la anterior.

—Pero aún no he decidido si eres una amenaza o una posible aliada.

Intenté sostenerle la mirada, pero era como mirar a un depredador a los ojos.

Y por mucho que mi mente me dijera que retrocediera, mis piernas no se movían.

—¿Sabes qué le pasa a quien pisa el territorio de los D'Amato sin permiso?

—¿Se muere? —aventuré.

Una media sonrisa asomó a sus labios. Pero no fue tranquilizadora.

—Por lo general, sí. Pero tú... —Se apartó solo lo justo para apoyarse en el borde de la mesa.

—Estás viva. Y eso, *mia cara*, significa que todavía tienes algo que me interesa.

—¿Y qué sería? —pregunté, intentando mantener un tono neutro, aun sabiendo que estaba jugando con fuego.

—Aún no lo he descubierto del todo. —Rodeó la mesa despacio, como un depredador observando a su presa.

—¿Qué haces aquí? No recuerdo haber autorizado tu salida de la habitación.

—Cautiverio, querrá decir.

—En mejores condiciones de las que te encontré.

—rebatí, arqueando una ceja y con un ligero toque de sarcasmo.

—Yo era muy feliz allí hasta que le salvé la vida y me premió con una celda improvisada.

—*Va bene*. —Se sentó en la silla detrás de la mesa, amplia, de cuero oscuro, que crujió bajo su peso.

Su postura relajada contrastaba con la mirada que no dejaba de evaluarme, como si analizara mi utilidad en distintos grados.

Por un segundo, me distraje con la imagen. La impecable camisa blanca, la corbata gris aflojada en el cuello; imaginé cómo sería desmontar aquella armadura de hombre frío con un simple roce.

—Dejé al *ragazzo* cuidando de ti. Por lo visto, no está a la altura del puesto.

—No le culpe. Le he engañado yo. —Me encogí de hombros, provocativa.

—Tal vez el error haya sido mío, por subestimarte.

—Eso parece.

Cruzó las manos sobre el estómago, recostándose una vez más, como si estudiara la propuesta que estaba a punto de hacerme.

—¿Qué quieres, *mia cara*, para quedarte pacíficamente en la mansión?

—¿Cómo dice?

—Te propongo un trato. Te quedas. Yo te dejo respirar. A cambio, colaboras.

—Pensé que pretendía mantenerme prisionera.

—Solo estás viendo el peor escenario. Ya te lo he dicho: tengo que resolver algunos asuntos pendientes antes de decidir qué hacer contigo.

—¿Y si lo que yo quiero es marcharme?

—Entonces tendrás que ser paciente. Por ahora, tu vida está en mis manos —dijo con calma, pero con la firmeza de quien habla en serio.

—Si es así, quiero poder circular. Puedo ayudar, limpiar, hacer algo. En el Maison lo hacía.

—Alessio se encarga de las contrataciones. Pero teniendo en cuenta que prefiere verte muerta, la plantilla está completa —dijo con una leve sonrisa de lado.

—Eso no es muy reconfortante.

—No, no lo es. Pero entre lo que él quiere y lo que yo permito, hay un abismo.

Y aquí solo manda uno de los dos.

—La cosa no ha mejorado mucho.

—Solo estoy siendo sincero. Suelo ofrecer lo que espero a cambio.

—Ya le he dicho todo lo que era relevante. No sé en qué más puedo serle útil, Don D'Amato.

Se inclinó hacia delante, con los ojos entrecerrados, como si me estuvieran atravesando la carne para alcanzar algo escondido en mi interior.

—Eso es lo que vamos a descubrir —murmuró, y sus ojos se deslizaron por mi cuerpo con una lentitud descarada.

—Puedes volver a tu habitación. Voy a avisar de tu nueva condición.

Puedes circular por las áreas permitidas, pero no intentes escapar.

—No lo haré.

—Y no hables con mi madre.

—*Va bene*. —Respondí con desdén—. ¿Puedo retirarme?

—Por supuesto. —Hizo un gesto displicente con la mano.

Pero, antes de que pudiera dar el primer paso, su voz me detuvo. —Mia.

—Giré el rostro despacio, intentando ocultar la opresión en el pecho que me provocaba escuchar mi nombre en su voz.

—Si intentas escapar de nuevo... —No terminó la frase. Solo sonrió. Una sonrisa fría. Letal.

—Digamos que la próxima celda no tendrá cama ni ventana.

Tragué saliva. Y entonces caminé hacia la puerta, sintiendo que su mirada me seguía como una sombra a la que nunca conseguiría despistar.



Capítulo 10

El mensaje convocando la reunión de la cúpula llegó a la hora prevista, como todo dentro de la *famiglia*, que se movía con precisión casi militar cuando se trataba de una crisis.

Tuve tiempo suficiente para descansar, reflexionar y preparar mi mente para lo que se avecinaba: un festival de hipótesis y acusaciones veladas.

La mayoría de ellas me señalarían directamente con el dedo, estaba claro. Y con razón.

Solo que faltaban pruebas y, sin ellas, yo seguía en la cima.

Me alisé el traje color carbón frente al espejo. Había elegido la combinación más oscura de mi armario por un motivo claro: demostrar que mi humor estaba tan cargado como el color de la tela.

No me presentaría allí con cara de culpable, ni con la postura sumisa de quien tiene algo que temer.

Porque, al fin y al cabo, era yo quien mandaba en toda esta mierda. Y ellos lo sabían.

Deslicé los dedos por la corbata, ajustando el nudo con la misma frialdad con la que ajustaba un gatillo.

En la guerra silenciosa entre clanes y ambiciones, la menor señal de debilidad era una invitación a ser degollado.

Y yo no pretendía ofrecer mi cuello, mucho menos después de enterrar a uno de los miembros más antiguos del consejo.

Morello estaba muerto, y con él, parte de una red que aún necesitaba ser desmantelada.

Un golpe certero, pero el juego estaba lejos de terminar.

Necesitaba mantener la narrativa en pie, sostener la máscara de incredulidad y, al mismo tiempo, golpear con la fuerza suficiente para que todos supieran: si Morello cayó, cualquiera allí podría ser el próximo.

Eso era lo que yo quería. Que sintieran el suelo abrirse bajo sus pies.

Respiré hondo antes de salir. Estaba listo para enfrentarme a la guarida.

Leonardo me esperaba en el pasillo, ya con los brazos cruzados y la mirada atenta.

Alessio llegó poco después, ajustándose la manga de la camisa. No intercambiamos palabras.

Ya sabíamos lo que cada uno pensaba sobre aquel encuentro.

El salón de reuniones estaba en la parte trasera de un club de fachada, exclusivo para miembros antiguos.

Luz tenue, mobiliario tradicional, olor a tabaco caro y madera antigua.

Tres de los seis ancianos ya estaban sentados cuando entramos, y los otros llegaron pocos minutos después.

Sin ceremonias, me senté a la cabecera de la mesa. Era mi derecho, aunque no todos allí estuvieran satisfechos con ello.

—Don D'Amato —dijo Carlo Rinaldi, el mayor de ellos. Su voz era pastosa, pero cargada de autoridad.

—La reunión de hoy es urgente. La muerte de Gaetano Morello no puede pasar como un incidente cualquiera.

—Estoy de acuerdo —respondí—. No puede. Y no lo será.

—Usted estaba en el lugar —cortó Gianni Ferrara, el más impulsivo del grupo—. En el mismo piso.

Usted lo llamó allí. Eso fue lo que dijeron.

—Se dicen muchas cosas —murmuré, manteniendo un tono tranquilo.

—La verdad es que no hay pruebas de que el objetivo haya sido alcanzado.

Morello murió de un tiro limpio, teníamos la misma complexión. Lo que genera un conflicto.

Alessio echó los hombros hacia atrás con un sonoro suspiro, típico de él cuando quería demostrar su cansancio ante la estupidez ajena.

—Morello se ganaba muchos enemigos —añadió otro anciano, entrelazando las manos sobre la mesa con elegancia.

—No a todos aquí les gustaban sus métodos. Puede haber sido un ajuste de cuentas que nada tiene que ver con la cúpula.

—Y, aun así, murió dentro de la habitación reservada al jefe. —La voz de Leonardo se endureció.

—Esa debería ser la pregunta.

Un pesado silencio flotó entre los presentes. La sugerencia implícita era demasiado clara como para ignorarla.

—¿Está insinuando que hubo una filtración interna? —indagó Rinaldi, irguiéndose en su sillón de cuero.

—¿O que Don D'Amato fue víctima de un intento de ejecución fallido?

—Ambas opciones son válidas. —Leonardo se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—Aún estamos investigando los detalles. Lo más prudente sería tratar el caso como un intento de asesinato contra el Don.

Ferrara resopló, impaciente.

—Y, convenientemente, Morello es quien lo paga con su vida. Uno de nuestros aliados más antiguos.

—Que ya no era de fiar. —Intervine, finalmente.

—En los últimos meses, Gaetano se había estado alejando de la mesa y tomando decisiones por su cuenta.

Incluso manteniendo contactos con capos de fuera de nuestro círculo de alianzas. —Lancé una mirada firme al grupo.

—¿De verdad creen que seguía siendo leal?

—La lealtad no muere de la noche a la mañana —murmuró uno de los ancianos, más joven que los demás, con cautela.

—A veces sí que muere —replicó Alessio, seco—. Y más aún cuando está asociada al orgullo y la ambición de un viejo que se creía merecedor de más de lo que ya tenía.

—No tienen pruebas —dijo Ferrara, visiblemente incómodo.

—Aún no —informó Leonardo—. Pero las tendremos.

Nos quedamos en silencio un instante. La tensión era palpable.

—La cuestión es si esta mesa está dispuesta a mantenerse firme en torno a lo que decidamos aquí, o si alguien más está pensando en actuar por su cuenta —retomé.

—¿Nos está amenazando, Don D'Amato? —preguntó Rinaldi, arqueando una ceja fina.

—Les estoy recordando que, mientras esta silla sea mía, no toleraré la deslealtad. Y sí, Morello está muerto.

Pero el verdadero enemigo aún respira. Y eso es un problema para todos nosotros.

Ninguno se atrevió a hablar por un momento.

—La investigación se llevará a cabo bajo mi supervisión. Cuando tengamos algo concreto, el consejo será informado —continué.

—*Va bene*. Que así sea. Por la estabilidad de la familia. —dijo uno de los ancianos.

—Por la familia —repitieron los demás, cumpliendo con la tradición.

Fui el primero en levantarme. Alessio y Leonardo hicieron lo mismo, justo detrás de mí.

Cuando estuvimos lo bastante lejos como para que nadie nos oyera, me volví hacia Alessio con la mandíbula tensa.

—¿Y el guardia de seguridad? —pregunté en voz baja, pero en tono de exigencia—. El infiltrado del Maison.

Alessio soltó un gruñido incómodo antes de responder.

—Aún no lo hemos encontrado. Tenemos hombres vigilando los alrededores y comprobando la lista de empleados, pero nada concreto hasta ahora.

No puedo presionar demasiado sin llamar la atención.

Apreté los puños, deteniéndome en medio del pasillo y mirándolo con furia contenida.

—No es suficiente. Ese hijo de puta intentó matarme. Alguien lo puso allí.

Quiero nombre, apellidos, sangre y hasta el tipo de zapatos que usa. Y lo quiero para ayer.

—Estoy haciendo todo lo posible, Luca. Sin levantar sospechas. No puedo disparar a las sombras y darle a nuestros

aliados.

—Alzó las manos, con falsa calma.

—Entonces dejemos de caminar a oscuras. Hablaré con Mia. Podemos hacer un retrato robot. —espeté.

—¿Estás bromeando? —Alessio resopló—. ¿Esa chica? ¿Confías en ella ahora?

Me acerqué a él, despacio, pero con mirada glacial.

—¿Estás cuestionando mi decisión?

—Te estoy protegiendo. Y el nombre de la *famiglia*. Ella apareció de la nada, metida en el territorio de los Giordani, ¿y ahora nos va a ayudar?

Leonardo, que había permanecido en silencio hasta entonces, intervino antes de que yo perdiera el control.

—Basta, ustedes dos. Esa chica puede sernos útil, sí.

Y si no lo es, sigue siendo más sensato usarla que descartarla a ciegas. —Su voz sonó firme.

Intercambié una mirada con Leonardo y luego con Alessio, que desvió ligeramente el rostro, a regañadientes.

—Ella me ayudará. Y ustedes dos confiarán en mi palabra. Hasta nueva orden. ¿Entendido?

Los dos asintieron. Fríos, contenidos. Pero asintieron.

—Perfecto. Preparen todo para mañana a primera hora. Quiero al dibujante en la mansión antes de que salga el sol.

Y me dirigí hacia mi coche, con la certeza de que el juego había avanzado bastante y de que había llegado el momento de poner a prueba la utilidad y lealtad de la misteriosa *ragazza*.

Alessio había duplicado mi seguridad. A pesar del atentado fingido, sabía que alguien más tenía la intención real de acabar con mi vida, y yo no les daría la oportunidad de atraparme desprevenido.

El coche se deslizó por las húmedas calles de Nova Orleans hasta el Casino D'Amato.

En el exterior, nada más que lujo y prestigio. Hombres bien vestidos, mujeres elegantes, risas sueltas y luces parpadeantes.

Pero yo sabía lo que corría por debajo del revestimiento dorado de aquel lugar y, más que nadie, sabía guardar las apariencias.

Me bajé del coche bajo la atenta mirada de los guardias de seguridad apostados a los lados de la entrada principal.

Asentí con un leve movimiento de barbilla y me dirigí al vestíbulo, donde el gerente salió a mi encuentro con una sonrisa nerviosa.

—Todo bajo control, Don D'Amato —dijo él—. Los clientes VIP ya están en el salón reservado.

El senador Hawkins llegó hace quince minutos, y el embajador argentino ha confirmado su asistencia para mañana.

—Manténgalos entretenidos, pero con discreción. —Me ajusté los puños de la camisa—. Ninguna exposición innecesaria.

Me arreglé la corbata y caminé hacia el salón principal, sintiendo que todas las miradas se volvían hacia mí, unas con admiración, otras con miedo.

Siempre era así. Y yo me aseguraba de que así siguiera.

En las próximas horas, estrecharía manos, sonreiría ante las cámaras, comentaría sobre inversiones, leyes fiscales y oportunidades de expansión.

La cara legal del imperio necesitaba hacerse ver, fortalecerse. Solo así mantenía el dominio absoluto y distraía a los que creían conocerme.

Por dentro, mi mente volvía a Mia Caruso. Pronto, su papel en el juego entraría en acción.

Y yo descubriría de una vez por todas si era una pieza valiosa o una amenaza.

Mia Caruso



Capítulo 11

Me di la vuelta en la cama sobresaltada. El corazón me tamborileaba en el pecho, desacompasado, como si quisiera escaparse de entre mis costillas.

La respiración me salía en jadeos cortos, desesperados por obtener oxígeno, intentando calmar los pulmones que me ardían, oprimidos por un miedo sin nombre.

La piel me hormigueaba, caliente y sensible, como si me hubieran marcado con brasas invisibles.

Alcé la vista despacio, hacia la silla de descanso, y allí estaba él.

Sentado con la calma de quien controla todo a su alrededor.

El traje impecable moldeaba sus anchos hombros. El cabello, milimétricamente alineado. Las manos descansaban en los

reposabrazos, firmes, serenas.

Me observaba como si yo fuera una pieza de su tablero particular.

Impenetrable.

Esa era la palabra. Emanaba autoridad y distancia. Había algo en él que iba más allá de su absurda belleza, casi cruel.

Era un hombre forjado en la oscuridad, con ojos fríos como el acero, rasgos tan perfectos que solo podían ser obra de un capricho del infierno.

Su belleza era una trampa. Y yo estaba atrapada en ella.

—Tenemos que hacer algo con tus ronquidos.

—¿Qué... qué? —Sacudí la cabeza, confundida—. Yo no ronco —afirmé al darme cuenta de lo que había dicho.

—Sí que roncas, pero eso es una conversación para otro momento. Necesito que te cambies. Tenemos una reunión en diez minutos.

La ventana estaba cerrada, pero yo estaba casi segura de que era demasiado temprano para que él estuviera allí despertándome.

Ya había acordado con el personal de la cocina que me avisaran cuando la mansión comenzara sus actividades matutinas.

—Aún ni siquiera ha amanecido.

—No —respondió, aunque no fuera una pregunta.

—Un buen día de trabajo comienza antes de que el mundo se despierte. Tienes cinco minutos. Te espero en la biblioteca.

Don Luca D'Amato se levantó como si fuera el rey del mundo —y de hecho lo era—, se abrochó el botón de la chaqueta y salió de la habitación dejando únicamente la estela de su perfume caro y masculino.

Era una fragancia maravillosa.

A pesar de lo invasivo y absurdo que resultaba, me levanté e hice exactamente lo que me ordenó.

De todos modos, mi situación no era para nada convencional, era mejor obedecer y dejarle creer que él tenía el control.

La realidad era que yo disponía de muy poco tiempo para trazar una ruta de escape lo bastante buena como para salir de su dominio y poder por fin ir en busca de Matteo.

Llegué a la biblioteca después de perderme por dos pasillos y, por suerte, cruzarme con una de las criadas, lo suficientemente amable como para indicarme el camino correcto.

Aún algo sin aliento, llamé a la puerta y, segundos después, escuché su voz grave y cortante ordenándome que entrara.

—Me alegra que se haya unido a nosotros a tiempo, señorita Caruso.

Me quedé mirando a aquella figura pecaminosa que tenía delante. Estaba de pie, frente a una mesa de madera pulida, y a su lado, un señor de baja estatura, con una barriga prominente y un bigote que debería extinguirse.

—*Buongiorno*. —Saludé al anciano.

—*Buongiorno, signorina*. —Me dedicó un leve asentimiento, muy educado.

—Siéntate. Vas a describir, con el más mínimo detalle, cómo es el guardia de seguridad que llamó a tu puerta.

—Ah...

—Haré un retrato robot, *signorina*. Cuantos más detalles me proporcione, más preciso será el resultado.

—*Va bene*.

Ocupé el sofá que me indicó, acomodándome con una inquietud que intenté disimular.

El señor frente a mí se sentó con calma en el sillón opuesto, abriendo una carpeta grande con movimientos precisos.

Se colocó unas gafas de montura fina y abrió un estuche bien ordenado con bolígrafos y lápices de varios tipos, como si estuviera a

punto de componer una obra minuciosa.

—Diga lo que recuerde. Cualquier detalle sirve de ayuda.

—*Va bene*. —Me aclaré la garganta, intentando sonar algo firme, y corregí mi postura.

Estar allí resultaba muy incómodo, y ni siquiera era culpa del hombre sentado frente a mí.

Lo que de verdad me molestaba era el escrutinio silencioso de Luca D'Amato.

El peso de su mirada era como una corriente eléctrica bajo la piel.

Sentía, con inquietante claridad, que él veía mucho más de lo que yo decía.

Me pasé el siguiente par de horas respondiendo a preguntas sobre detalles que ni yo misma sabía que había guardado en mi memoria, pero aquel hombre experimentado supo cómo conducir y recopilar la información necesaria para componer un rostro.

—¿Tenemos un boceto? —preguntó Don D'Amato en cuanto el dibujo estuvo terminado.

—Sí. —El hombre giró la tabla hacia mí y me mostró un dibujo a lápiz, rico en detalles.

—¿Se parece al hombre que vio, *signorina*?

—*Dio*. Es idéntico. —Me llevé la mano a la boca e incliné el cuerpo hacia delante.

—¿Cómo es posible?

—Siendo un profesional que lleva trabajando en este campo más tiempo del que usted lleva viva.

—intervino el Don y le quitó el dibujo de las manos al anciano —. Gracias por su tiempo.

—A su disposición, Don D'Amato.

Rápidamente, el hombre recogió sus pertenencias y abandonó la habitación mientras el jefe hablaba por el móvil con alguien.

Envió una foto del retrato robot nada más colgar y por fin me miró.

—Muy bien. Puedes volver a tu habitación.

—Voy a ayudar en la cocina. Con los preparativos del desayuno.

—Como quieras.

Volvió a clavar la vista en el dibujo como si pudiera desentrañar todos los secretos y artimañas que se ocultaban tras aquel rostro.

Algo dentro de mí se puso en estado de alerta; presentía que el destino del hombre dibujado sería muy complicado, de ser capturado.

—¿Qué va a pasar? —pregunté cuando ya caminaba hacia la salida.

—¿A qué te refieres?

—Exactamente a eso. Vas a dar caza a ese hombre, lo vas a torturar y luego a matar. ¿Y entonces? ¿Qué viene después?

—Creo que eso no es asunto tuyo.

—Sí lo es. Ya que fui yo quien lo entregó.

—¿Te compadeces del hombre que pretendía matarme por la espalda?

—Dejó el retrato sobre la mesa de centro.

Metió las manos en los bolsillos de los pantalones, la chaqueta se abrió ligeramente y dejó ver el chaleco, del mismo tono, ajustado a su abdomen.

Nunca pensé que los hombres mayores me llamarían la atención, pero ese en concreto me estaba haciendo tragar mis palabras, desatando en mí una libido exacerbada.

—Eso no fue lo que yo dije.

—Pero es exactamente lo que parece.

—Olvídalo —murmuré, intentando sonar indiferente, antes de darme la vuelta hacia la puerta.

Mis dedos apenas rozaron el pomo cuando una mano grande y firme se apoyó en la madera, justo a la altura de mi cara.

Con las venas resaltadas, el dorso marcado por el esfuerzo, parcialmente cubierto por la impecable manga del traje.

Di un salto involuntario y, del susto, giré el cuerpo hacia atrás, un error de principiante.

Me coloqué en una posición vulnerable, acorralada entre la puerta y el cuerpo del hombre más peligroso que jamás había conocido.

La otra mano se apoyó en el lado opuesto, completando el capullo. Fuerza. Dominio. Una celda de músculos y mando absoluto.

—Creo que te estás olvidando de quién manda aquí.

—Su voz arrastrada, baja y fría, descendió como una cuchilla sobre mi piel.

—De ninguna manera... señor. —Tragué saliva.

—Soy yo quien despide, Mia Caruso. No vuelvas a darme la espalda, o podrías arrepentirte amargamente.

—No quise faltarle al respeto, señor. Lo... siento. —La voz me falló en la última sílaba, presa de la respiración entrecortada, del corazón a mil por hora y de aquella mirada... Dios mío, aquella mirada.

Dos bloques de hielo. Rígidos, impenetrables, como si lo vieran todo, hasta lo que yo misma aún ignoraba.

Él no parpadeó. Ni movió un músculo. Solo me observó como un depredador fascinado por su propia presa.

Inclinó el rostro acercándose más, y su respiración caliente rozó mi piel, haciéndome estremecer.

Entorné los ojos, por puro reflejo. Me sentía como si me estuvieran ofreciendo en sacrificio.

Y, absurdamente, no parecía un sufrimiento, sino una entrega inevitable.

—Tu olor... —murmuró, y la ronquera de su timbre viajó directamente a mi vientre.

—Tiene algo peculiar.

No había nada de ternura en su acercamiento. Solo dominio. Poder.

Deseo bruto oculto bajo la superficie de un autocontrol impecable. Un hombre como él no pedía. Tomaba.

Y yo... bueno... yo pertenecía a Luca D'Amato mientras él así lo quisiera. Hasta que estuviera satisfecho o se aburriera.

El aire frío volvió a rozar mi rostro en el momento exacto en que él retrocedió.

El movimiento fue tan súbito, tan preciso, que me dejó sin suelo. Por un instante, dudé de la realidad de la escena.

¿Había sucedido realmente? ¿O mi mente me había jugado una pasada cruel?

—Puedes irte. —Dijo, volviendo de nuevo a su tono glacial.

No esperé. Huí. Rápida y muda, como un susurro, antes de que mi cordura decidiera hacer preguntas que no estaba lista para responder.

Tardé bastante tiempo en encontrar el área de servicio, lo cual fue perfecto, ya que logré reequilibrar mi estado de ánimo ante los empleados, a los que la *nonna* Maria se aseguró de presentarme.

—Ahora que ya conoces a todos, *bambina*. Puedes pelar las patatas.

—Sí, *signora*.

—La única *signora* de esta casa es la esposa del difunto Don. Yo soy la *nonna*. Y nada más.

—Sí, sig... —Abrí mucho los ojos al darme cuenta de que iba a cometer el mismo error—. *Nonna*.

—*Va bene*. A trabajar.

Me había gustado mucho la actitud enérgica de aquella mujer y contaba con su ayuda para poder sobrellevar con mayor tranquilidad el tiempo que estuviera allí.

Era una corazonada. Mi vida se había convertido en un mar caótico de incertidumbres y yo necesitaba empezar a hacer las apuestas correctas si quería sobrevivir.



Capítulo 12

Me pasé las manos por los laterales del cabello, alineando lo que ya estaba impecable, pero necesitaba repetir ese gesto hasta que mis pensamientos también se organizaran.

El repentino deseo que me asaltó aún vibraba bajo mi piel como una maldita corriente eléctrica.

Dejar que ella tuviera la última palabra activó el lado dominante que siempre mantengo bajo control, especialmente cuando el asunto concierne a la *famiglia*.

Aquello no tenía sentido. Una chica inexperta, desubicada, con más preguntas que respuestas y que, aun así, tenía algo que encendía unos instintos que yo creía tener controlados.

Desdeñé ese interés con la misma frialdad que solía aplicar a las emociones inútiles.

La puerta de la biblioteca se abrió con un leve crujido, y Leonardo entró, como de costumbre, sin llamar, un privilegio de los que no necesitaban pedir permiso.

—Tenemos un problema en el casino —anunció, sin rodeos.

Alcé la vista, curioso.

—¿Qué tipo de problema?

—Uno de los inspectores del Estado ha aparecido más temprano de lo habitual.

Viene con dos agentes y ha hecho demasiadas preguntas para alguien que solo debería beberse un vaso de whisky e irse.

—Se cruzó de brazos, serio—. Parece que alguien está hablando más de la cuenta.

Mencionaron movimientos irregulares en la caja de la zona VIP.

Apreté los dientes.

—¿Un cliente?

—Aún no lo sabemos. Podría ser un empleado. O alguien de fuera tratando de sembrar sospechas para comprometernos.

La buena noticia es que Alessio ya está allí, controlando la situación.

—¿Y la mala noticia?

—La mala noticia es que el inspector ha pedido acceso a los registros de los últimos meses.

Suspiré, irritado. Aquello no era una simple visita. Era una provocación, tal vez una advertencia.

Y, de todas las semanas del año, ¿se les ocurría hacerlo justo ahora?

—Prepara el coche. Quiero ver con mis propios ojos qué está pasando.

Y dile a Alessio que mantenga entretenido al inspector. Nada sale de esas paredes hasta que yo llegue.

Leonardo asintió, pero vaciló antes de salir.

—¿Y la chica?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Vas a dejarla suelta?

Incliné la cabeza, respirando hondo.

—De momento, sí.

Asintió, comedido. Y se marchó.

Me ajusté la corbata, recuperé el autocontrol y caminé hacia la puerta, dispuesto a ponerme la máscara de empresario y matar al león del día de un solo golpe.

O, quién sabe, con una buena transferencia de fondos a alguna cuenta anónima en las Islas Caimán.

Cada uno tiene sus métodos.

Ya cerca de la salida al garaje, me detuve al ver a mi madre en medio del pasillo.

Llevaba una bata de seda azul, el pelo perfectamente peinado y las manos le temblaban mientras apretaba un pañuelo antiguo.

Como siempre, parecía haber surgido de la nada.

—Luca... —pronunció mi nombre como quien palpa en la oscuridad—. Tú... ¿vas a salir otra vez?

Asentí, sin estar aún seguro de si estaba lo bastante lúcida como para entablar una conversación.

—¿Tardarás mucho? —preguntó, frunciendo el ceño, con los ojos entrecerrados y un atisbo de incertidumbre.

—Es que... me han dicho que hoy iba a haber una cena. ¿Vas a venir a buscarme?

—No, *mamma*. Hoy no hay cena. —Respondí en voz baja, intentando mantener la calma—. Es solo una reunión de trabajo.

Se mordió el labio inferior, confundida, y miró a su alrededor como si esperara encontrar otra versión de la realidad colgada de la pared.

—Ah... cierto. Una reunión. Claro. —murmuró, casi para sí misma—. Han venido, ¿verdad? ¿Los Giordano?

Quieren un acuerdo con mi padre.

El estómago se me contrajo, apretándose contra mi impecable ropa. Se estaba perdiendo de nuevo.

—*Mamma*, ve a acostarte. Aún no ha amanecido.

—Él me lo advirtió. —Susurró de repente, abriendo mucho los ojos—. Él dijo que vendrían.

Que nadie me escucharía. Marcello... Él intentó decírmelo, Luca.

Se me erizó el vello de la nuca.

—*Mamma*, *papà* murió hace años. No viene nadie. Todo está bien.

—No lo está. —Le tembló la voz—. Ellos me prometieron otra cosa.

Yo debería haberme casado con... con... —Cerró los ojos, intentando agarrar el hilo de su memoria.

—¿Con quién era? Ah... tenía los ojos oscuros.

El corazón me dio un vuelco. Dio un paso atrás, apretando el pañuelo con fuerza.

—Fue él quien trajo las flores azules para mi cumpleaños. Dijo que yo sería su reina.

Que nos casaríamos y seríamos felices para siempre.

No logré decir nada. Ni un gesto. Ni una palabra. Estaba allí y no lo estaba.

Atrapada entre recuerdos truncados y fantasmas que yo apenas empezaba a comprender.

—Tienes que volver a la cama, *mamma*. —Murmuré, acercándome para guiarla con cuidado—. Leonardo te acompañará.

Ella asintió, somnolienta, con los ojos húmedos vagando ya por otro tiempo, por otro lugar.

Y cuando giró el rostro antes de salir, dijo en voz baja:

—No dejes que se lleven lo que es tuyo, Luca.

Yo ya lo perdí todo una vez, no puedo volver a perderlo.

Me quedé allí parado, intentando entender si esas palabras tenían algún peso real o si eran solo los ecos de un pasado fragmentado.

En el fondo, no importaba.

Llegué al casino cuando el primer rayo de sol cruzaba los rascacielos de Nova Orleans, tiñendo el hormigón con tonos dorados y cobrizos.

El clima era agradable para ser temprano por la mañana, pero allí dentro, en el corazón de mi imperio, el tiempo era irrelevante.

En la casa de juegos, el mundo exterior no existía.

Cada detalle, desde las luces cálidas hasta las ruletas centelleantes, estaba cuidadosamente planeado para que el apostador se olvidara de la realidad.

Cuanto más tiempo pasaban allí dentro, mayor era la garantía de que la banca saldría ganando.

Y el que mandaba en la banca era yo.

—Te están esperando en el restaurante. —informó Alessio en cuanto me acerqué, acompañado por Leonardo.

—Genial. Ahora coge el retrato que te he enviado y encuentra a ese desgraciado. Quiero interrogar a ese hijo de puta personalmente.

—Ordené, sin aminorar el paso.

—Sí, jefe. —Asintió, alejándose ya.

Como el buen perro guardián que era, Alessio cumplía las órdenes con precisión quirúrgica. Así era como funcionaba nuestra tríada.

Él se ensuciaba las manos, Leonardo borraba el rastro, y yo mantenía el imperio funcionando.

Al llegar al salón reservado del restaurante del casino, me desabroché la chaqueta y me acomodé en la mesa con el mismo encanto afilado de siempre.

El café humeaba en tazas de porcelana fina, y los dos inspectores me observaban con esa mezcla habitual de reverencia y cautela.

—*Buongiorno, signori*. —Lancé, con una sonrisa cortés—. ¿Podemos hablar del verdadero motivo de una visita tan madrugadora?

—Las inspecciones no tienen un horario preestablecido, señor D'Amato.

—Respondió el más joven, sacando pecho y con un brillo de ambición en los ojos.

—Lo sé. —Crucé los dedos sobre la mesa.

—Pero es poco común que me visiten más de una vez en el mismo mes. ¿Hace cuánto fue la última?

¿Diecisiete días?

—Hubo una denuncia. —Intervino el otro, algo mayor, más cauteloso.

—¿De quién?

—Anónima. —Respondió, casi avergonzado al decirlo.

Leonardo, con su tono diplomático, entró en escena antes de que yo perdiera la paciencia.

—Por favor. Sabemos que este tipo de maniobras suelen provenir de la competencia o de algún empleado resentido.

Lo cual no es el caso de este establecimiento. Tratamos a nuestros empleados con respeto, y los recompensamos muy bien.

Tenemos una estricta política de integridad y ninguna denuncia registrada en los últimos cinco años.

—Aun así, estamos aquí solo para cumplir órdenes, señor D'Amato.

—¿Órdenes de quién? —Cuestioné, bajando ligeramente el tono, pero haciendo que cada palabra resultara más cortante.

Los dos se miraron. El más joven se aclaró la garganta.

—Vienen... de arriba. Directamente de la jefatura regional. Al parecer hay alguien ahí muy interesado en sus números.

La tensión se condensó en el aire.

—¿Interesado o molesto? —Indagué.

—No sabríamos decirle. Solo ejecutamos lo que nos mandan.

Incliné el cuerpo hacia delante, clavando la mirada en el mayor.

—Hace veinte años que el Casino D'Amato opera legalmente bajo todas las licencias. Todas las máquinas han sido auditadas, cada centavo ha sido declarado.

Si alguien está intentando debilitarme con inspecciones infundadas, va a necesitar algo más creativo.

—Hice una pausa, con una sonrisa sutil—. Y más valiente.

Leonardo soltó un leve suspiro y se levantó.

—Permitimos la inspección, como siempre. La casa está abierta a revisiones. Pero les ruego que lo hagan con profesionalidad.

Y con rapidez.

El mayor asintió, algo más rígido. El menor se limitó a tragar saliva.

Cuando se alejaron, Leonardo murmuró a mi lado:

—Esto huele a provocación política.

—O a mensaje. —Añadí—. Y a mí no me gustan los mensajes anónimos.

Miré hacia el lujoso bar del centro del casino, donde las luces nunca se apagaban.

El día acababa de empezar y yo ya tenía otra guerra silenciosa que librar.

—Voy a hacer un par de llamadas. —Informó Leonardo mientras se adelantaba hacia la oficina.

Me dirigí a mi suite privada, en el último piso. El ambiente lujoso, silencioso y climatizado ofrecía todo lo que un hombre como yo podía desear: privacidad, comodidad y distracciones al alcance de una llamada telefónica.

Llamé a una compañía conocida. Alguien guapa, discreta, entrenada para entretenerme sin hacer demasiadas preguntas.

Mientras esperaba, me aflojé la corbata y me serví dos dedos de whisky puro.

El amargor me quemó la garganta, pero no lo suficiente como para ahogar el pensamiento que se empeñaba en acompañarme desde el amanecer.

Mia.

El recuerdo de su voz tensa, de su maldito olor dulzón, de sus ojos muy abiertos y de la forma en que su cuerpo reaccionaba a mi presencia, todo volvió como una ola silenciosa y traicionera.

Era un error. Inútil. Innecesario.

Y, aun así, era ella quien dominaba mi mente.

El discreto timbre sonó.

Abrí la puerta y vi a una figura rubia y deslumbrante vistiendo únicamente una capa color crema, que ocultaba su cuerpo desnudo debajo.

Me aparté para dejarla pasar y cerré la puerta, dispuesto a entregarme al placer y olvidarme de toda la mierda de vida que cargaba sobre los hombros.

—¿Qué desea de mí hoy, Don D'Amato?

—Que me hagas olvidar.

Porque eso era lo que se hacía cuando se era el Don: controlar los impulsos o enmascararlos a la perfección.

Mia Caruso



Capítulo 13

Ya había terminado todas las tareas que la Nonna me había encomendado.

La ansiedad me volvía aún más eficaz en mis labores, y por eso me tomé un descanso, afuera, en un pequeño huerto cultivado en un invernadero.

El lugar era hermoso, todo de cristal esmerilado; parecía un capullo donde estaba permitido esconderse del mundo y fingir que nada malo podía suceder.

Por mucho que aún estuviera a salvo y, al parecer, Don D'Amato no tuviera planes de arrebatarme la vida, había algo en mí que pesaba más que el miedo.

Estaba mintiendo.

Sobre mi llegada a Nova Orleans.

Sobre mi conexión con Matteo.

Sobre la esperanza ciega que tenía, incluso después de todo, de que él me buscaría.

Pero no lo hizo. Aún no.

Matteo me dejó en el Maison como quien se libra de un problema inconveniente.

Y, aunque la pasión adolescente me había hecho creer que me protegería, que se enfrentaría a cualquiera por mí, su ausencia dejaba un mensaje claro: yo no importaba.

Tal vez nunca le importé, y eso rompía algo dentro de mí. El corazón, probablemente. O la esperanza.

Mi hijo merecía más. Mucho más que un padre ausente y una madre que se escondía tras verdades a medias.

Pero ¿cómo contarlo todo ahora, cuando mi propia supervivencia dependía de cada palabra que elegía pronunciar?

—¿Disfrutando del sol como si fueras la dueña de la casa? —La voz grave e impaciente me paralizó.

Me giré lentamente y me di de bruces con Alessio. Sus ojos eran ranuras estrechas de juicio, y la mandíbula tensa delataba su aversión.

—Solo estaba descansando. Terminé todo lo que la Nonna me encargó.

—Qué milagro.

Tragué saliva.

—Estoy intentando colaborar.

—Colabora con la verdad, entonces. —Se acercó con pasos firmes—. ¿Quién eres, Mia Caruso?

¿Por qué estabas realmente en ese burdel? ¿Y por qué el Don cree que vale la pena mantenerte con vida?

Sentí cómo la sangre abandonaba mi rostro.

—Ya respondí a esas preguntas.

—No has respondido nada. —Su tono se volvió más agresivo.

—Si de mí dependiera, ya estarías de vuelta en la basura de donde saliste. O peor.

No confío en ti en absoluto.

—Eso ya me ha quedado bastante claro.

—Entonces entiéndelo: si estás ocultando algo, será mejor que lo confieses antes de que sea demasiado tarde.

Dio un paso más, su presencia tan imponente como una muralla.

—Yo...

—Habla —gruñó—. ¿Quién te envió aquí? Fue él, ¿verdad? ¿El Giordani?

Me temblaron las piernas. Abrí la boca, pero no salió ni una sola palabra. Por un segundo, consideré contarlo todo.

Sacarme aquello del pecho.

—¡Alessio! —La voz de mando cortó el aire como una cuchilla.

Él apareció por detrás del invernadero, imponente y furioso. Don Luca D'Amato tenía una mirada amenazadora y dirigida por completo hacia su hombre de confianza.

—Aléjate de ella. Ahora.

Alessio vaciló un segundo antes de retroceder.

—Solo intentaba proteger...

—Ya te he dicho que ella está fuera del alcance de cualquiera. —Los ojos de Don D'Amato echaban chispas.

—Es la última vez que me desobedeces de esta manera. O entenderás lo que significa perder mi confianza.

Alessio bajó la mirada y asintió con un gesto contenido, antes de alejarse por completo.

Don Luca no me miró de inmediato. Respiró hondo y se metió las manos en los bolsillos; parecía exhausto y eso hizo que un sentimiento de culpa creciera dentro de mí.

Tal vez decir la verdad pondría fin a todas las desavenencias entre él y sus hombres.

Al fin y al cabo, yo no era nadie importante.

—Camina conmigo. —Me sorprendió la orden.

Caminé a su lado, atravesando un sendero de piedras que llevaba a un jardín más amplio, escondido detrás de la mansión.

Era un lugar silencioso, de arbustos bien podados y flores raras.

—Este jardín fue uno de los pocos lugares donde podía ser solo un niño. —Comenzó, sin prisa.

—Mi padre se empeñaba en que lo aprendiera todo pronto.

El nombre de los aliados, el funcionamiento de las rutas, los castigos.

—Era mucha responsabilidad para un niño...

Asintió, sin dejar de caminar.

—Y por eso tuve que crecer rápido. No podía equivocarme. No podía ser débil.

Los ojos siempre estaban puestos en mí. Todos querían saber si el heredero daría la talla.

Nos sentamos en un banco de piedra, flanqueado por enredaderas.

—¿Y la dabas?

La comisura de su labio se curvó, sin alegría.

—Siempre lo hice. Pero pagué un precio por ello. —Desvió la mirada hacia mí—. ¿Y tú?

¿Cuál es el precio de tu lealtad?

Tardé en responder. El peso de la pregunta cayó como una piedra en mi estómago.

—Aún estoy intentando averiguarlo.

Asintió, como si comprendiera más de lo que dejaba entrever. El viento suave jugueteó con su cabello perfectamente peinado.

—¿Hay algo que tengas que contarme, Mia? Sabes que descubriré la verdad sobre tu llegada, tarde o temprano.

Lo miré a los ojos y, por un instante, el valor casi me venció.

Sabía que no se trataba de una amenaza, sino de una advertencia.

Me estaba dando la oportunidad de ser honesta y aprovechar la ventaja de tenerlo frente a mí.

—Todavía no.

Mantuvo su mirada fija en la mía unos segundos más, antes de levantarse.

—Has tomado tu decisión. Espero que lidies con las consecuencias.

Y, por primera vez en días, sentí miedo; no por el abandono de Matteo, sino por algo mucho más perturbador.

Temía decepcionar al enigmático hombre que tenía delante, a quien apenas conocía, pero cuya opinión ya empezaba a pesarme más de lo que me gustaría admitir.

***

Pasaron tres días desde aquella extraña conversación con Don D'Amato.

Seguí ayudando a Nonna en lo que fuera necesario y, en mis ratos libres, me mantenía ocupada con tareas sencillas en el ala secundaria de la mansión, por donde rara vez se veía circular a alguien importante.

Esta elección me favorecía de dos maneras: la primera, absorbía todo lo que podía sobre la rutina de la casa, los horarios de entrada y salida, las puertas que permanecían cerradas y los pasillos menos transitados.

Era información valiosa para cuando llegara el momento de huir.

La segunda ventaja era aún más obvia: evitaba cualquier encuentro con el señor Conti o, peor aún, con Don Luca D'Amato.

Mi objetivo era volverme invisible. Una pieza olvidada en el tablero, que nadie notaría si desapareciera.

Con un poco de suerte, desaparecería antes de que alguien siquiera recordara que yo existía.

Sabía que el señor Conti no lo dejaría pasar. Si no fuera el propio Don, sería él quien investigaría mi pasado y pronto llegaría hasta Matteo.

Era difícil prever qué escenario sería mejor en mi situación, pero la verdad era que el tiempo se agotaba; mis náuseas, que hasta entonces habían sido inexistentes, decidieron empezar a manifestarse esa mañana y me resultaba difícil controlar las ganas de vomitar cada vez que Nonna destapaba la olla.

Fue al final de la tarde, cuando el calor dio paso a la brisa cálida que atravesaba las vidrieras de la mansión, que todo se salió de control.

Me había ofrecido a reorganizar una de las salas de costura, donde Nonna guardaba telas antiguas y piezas de valor sentimental.

Estaba recogiendo rollos de lino cuando oí el sonido seco de unos tacones golpeando el suelo de mármol, rítmicos y precisos.

Me giré despacio, sintiendo un nudo en la garganta antes incluso de verla por completo.

—Así que eres tú —dijo la mujer, con una voz fría y cortante que parecía conocer ya lo peor de mí, incluso sin haber cruzado nunca una palabra.

La señora D'Amato era la elegancia encarnada. Llevaba un traje de sastre color beige y perlas en los lóbulos, el cabello recogido en un moño impecable, y su mirada era de hielo y juicio.

—Pensé que era una broma cuando me lo contaron —continuó, caminando hacia mí con pasos medidos.

—Una joven sola. Venida de quién sabe dónde, viviendo bajo el mismo techo que mi Marcello.

Bajé los ojos. La única defensa que tenía era el silencio.

—¿Tienes nombre? —indagó, sin la menor amabilidad.

—Mia... Caruso —respondí, intentando mantener la voz firme.

—Caruso... —repitió, como si saboreara el sonido y encontrara en él algo amargo—. No eres de Nova Orleans.

Negué con la cabeza, aunque no fuera una pregunta.

Permití que me observara, sin replicar, sumisa e inmóvil como una estatua esculpida en miedo.

—¿Qué buscas aquí? ¿Quién te ha enviado?

—Nadie. Solo ayudé a su hijo.

—No me vengas con esas. Conozco a las de tu tipo, ragazza.

Te haces la mosca muerta y atacas a la primera oportunidad.

—No, señora. No sé de qué está hablando. Pero le puedo asegurar...

—¡No te vas a quedar con mi marido! ¡No lo harás!

—gritó, con los ojos muy abiertos, perdidos en algún lugar al que yo no podía llegar.

La bofetada llegó antes de que pudiera reaccionar. Estalló en mi piel como un latigazo y me dejó atónita, más por la sorpresa que por el dolor.

—¡Mamma! —la voz de Luca cortó el aire como una orden, firme, autoritaria, de las que hacen que el mundo se detenga.

Me giré despacio, aún en estado de shock, y vi a Don Luca parado en la puerta, con los ojos muy abiertos y clavados en mí, antes de volverse hacia su madre.

Había algo sombrío en su expresión. Una mezcla de rabia, impotencia y un dolor que no se permitía sentir.

—Aléjate de ella. Ahora —dijo en voz baja, pero con la suficiente firmeza como para helar la sangre.

La señora D'Amato parpadeó un par de veces, como si solo entonces se diera cuenta de dónde estaba.

Sus ojos vagaron por la habitación y, finalmente, se posaron en Luca con una expresión confusa, avergonzada y perdida.

—¿Luca? Yo... yo solo intentaba proteger... —balbuceó, bajando la mano temblorosa.

Él no respondió. Simplemente le sostuvo la mirada con firmeza.

Ella retrocedió un paso, levantó la barbilla con la dignidad que le quedaba y, a paso lento, giró sobre sus talones y desapareció por el pasillo.

Y yo... por segunda vez, fui salvada por él.



Capítulo 14

Cerré la distancia entre nosotros con pasos firmes, sin importarme nada más que ella.

Mia permanecía inmóvil, conmocionada, con los ojos muy abiertos, intentando aún asimilar lo que acababa de suceder.

Para ser sincero, ni yo mismo lo comprendía por completo, pero tenía una idea muy clara de lo que había llevado a mi madre a actuar con semejante agresividad.

Mia era un recordatorio incómodo. Una herida abierta. Su presencia evocaba recuerdos de todas las mujeres jóvenes, guapas y humildes que habían pasado por nuestra vida bajo la promesa de discreción.

Cada una de ellas recibió más atención de mi padre que su propia esposa y su hijo legítimo.

Y, por si fuera poco, Mia aparecía ahora, cargando con secretos, sí, pero con esa misma mirada asustada e inocente que mi madre había aprendido a odiar.

Aún tendría que hablar con ella, pero no en ese momento. Mia no necesitaba más enfrentamientos. Necesitaba refugio.

Me necesitaba a mí.

Porque, lo admitiera o no, había desarrollado un celo inquietante por aquella chica.

Algo que empezaba a parecerse a una obsesión. Y por mucha impaciencia que me generaran los sentimientos mal explicados, sabía que, en algún momento, tendría que lidiar con ello.

Pero ahora, ella era lo primero.

Lo que me enfurecía era el hecho de que la mansión D'Amato —mi territorio, mi santuario— hubiera fallado en protegerla dos veces el mismo día.

Primero con Conti, luego con mi propia madre.

Inaceptable.

Independientemente de los motivos que me impulsaran, la verdad era simple: desde el instante en que la vi en aquella habitación, en medio del caos, se había convertido en mi responsabilidad.

Mi elección.

Y protegería a Mia Caruso con todo lo que estuviera a mi alcance.

—Yo no he hecho nada... yo...

—Chitón... bella. Lo sé —murmuré, apoyando un dedo sobre sus labios antes de envolver su cuerpo entre mis brazos.

Dudó un segundo, luego cedió. Su rostro se hundió en mi pecho como si aquel fuera el único refugio seguro que le quedaba.

El sollozo ahogado contra la tela de mi camisa provocó una opresión incómoda, e inusual, en el centro de mi pecho.

Un sentimiento extraño, pesado, como si aquel sonido frágil hubiera encontrado un atajo directo a mi corazón.

Yo no era un hombre que se dejara conmover por lágrimas. Pero aquellas me dieron ganas de destruir el mundo solo para acallarlas.

—Vamos a tu habitación —dije, manteniendo un tono calmado—. Te vas a cambiar de ropa.

—¿Vas a echarme? —Mia se apartó de un respingo, con los ojos llorosos y la nariz ligeramente roja.

—Claro que no —afirmé sin dudarlo—. Te vienes conmigo al casino.

No voy a dejarte aquí, a merced de la gente que circula por esta mansión.

—Podrías simplemente dejarme marchar…

La idea hizo que se me ensombreciera el rostro. Mi estado de ánimo, hasta entonces contenido, se agrió de inmediato ante aquella posibilidad.

—Eso no va a ocurrir. Y lo sabes.

No replicó. Se limitó a asentir en silencio, con los ojos aún recelosos.

Le tendí la mano y la aceptó, pequeña y cálida entre la mía.

Subimos juntos, y la esperé fuera mientras se cambiaba.

Cuando Mia salió de la habitación, luciendo un vestido ligero de lino beige, de tirantes finos, casi demasiado rústico, tardé más de lo necesario en reaccionar.

La prenda no encajaba con el lujo y la ostentación del casino, pero había una delicadeza natural en aquella sencillez.

—¿Pasa algo? —preguntó, insegura, arreglándose el cabello recogido de forma desenfadada.

—Estás preciosa —respondí, sin pensar—. E, por desgracia, con un atuendo que hará que todas las miradas se vuelvan hacia

nosotros cuando crucemos el salón.

Arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es peligroso —sonreí de medio lado—. Pero a mí me gusta el peligro.

***

En el casino, Mia mantuvo la mirada atenta, absorbiéndolo todo con el asombro que solo alguien de fuera podría tener.

Se detuvo frente a las máquinas tragaperras, fascinada por las luces parpadeantes y el tintineo de las monedas falsas.

—¿Puedo...? —Señaló la máquina más cercana, casi como una niña pidiendo permiso.

Sonreí, acercándome por detrás.

—Claro que puedes, pero no así. —Me incliné hasta su oreja —. Te enseñaré a hacerlo bien.

Mis manos cubrieron las suyas, guiando sus dedos hasta el botón plateado.

Sentí cómo contenía la respiración cuando mis labios le rozaron la piel detrás de la oreja, a propósito.

Se quedó inmóvil, tensa, pero no se apartó. El calor entre nosotros creció como una ruleta girando demasiado rápido para poder controlarla.

—¿Lista?

—N-no lo sé... Ni siquiera tengo dinero —murmuró, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo.

Sonreí de medio lado, con presunción.

—Bella, eso, definitivamente, no es un problema.

Saqué un billete doblado del bolsillo interior de la chaqueta y me incliné sobre ella, acercando demasiado mi cuerpo.

Mi pecho rozó su espalda con una naturalidad ensayada, pero el escalofrío que la recorrió no tuvo nada de falso.

Sentí que su respiración vacilaba, como si cada milímetro de mi acercamiento la estuviera dejando sin aire.

Con calma, deslicé el billete en la ranura de la máquina, sin separar mi cuerpo del suyo.

—Ahora sí —susurré junto a su oído—. Pulsa el botón.

Mia obedeció, aún bajo los efectos de la proximidad, y los cilindros empezaron a girar.

La música electrónica llenó el ambiente junto al tintineo metálico de las luces parpadeantes.

Soltó una risa leve y contenida cuando los símbolos se detuvieron desalineados.

—Creo que he perdido...

Incliné la cabeza, con los labios peligrosamente cerca de su piel.

—Conmigo... —dije, con voz ronca—. Perder nunca es tan malo.

Se sonrojó. Y, por unos segundos, el casino entero pareció desaparecer a su alrededor.

Su rostro se giró hacia el mío, compartimos el aliento, y el rubor y ese maldito e irresistible deseo se apoderaron de mis acciones.

—¿Puedo intentarlo de nuevo?

—Claro. —Parpadeé dos veces antes de lograr responder.

Le tendí otro billete, esta vez dándoselo directamente en la mano; mis dedos rozaron suavemente su piel suave mientras ella cogía el dinero.

Mia volvió a centrar su atención en la máquina, repitió lo que le había enseñado y volvió a perder.

—Caspita. Creo que no tengo suerte en el juego —rezongó, arrugando la nariz con gracia.

—Es lo que dicen... Desafortunada en el juego, afortunada en el amor.

—Me encogí de hombros y le tendí la mano para ayudarla a bajar del taburete.

—Creo que tengo mala suerte en ambas cosas —murmuró, con una sonrisa desprovista de gracia.

Sentí un repentino impulso de preguntarle quién le había roto el corazón, pero algo me decía que aún era reciente.

Quizás demasiado. Y algo más profundo y sórdido. Probablemente la había abandonado a su suerte en el Maison, como hacían muchos hombres débiles de la famiglia con sus amantes desechables.

La mera idea me tensó.

—Ven. Vamos a subir.

—¿Subir?

—La administración está en el segundo piso. Tengo un par de asuntos que resolver.

—¿Y qué hago yo mientras tanto? —preguntó, frunciendo el ceño.

Abrí la boca para responder, pero me callé al instante.

Era cierto: no sería de ninguna utilidad en el piso superior, donde las decisiones implicaban cifras, acuerdos y, en ocasiones, amenazas encubiertas.

Tampoco tenía sentido dejarla vagar sola por el casino.

—Se me ha ocurrido algo. —Chasqueé los dedos y le agarré la mano con firmeza—. Ven conmigo.

Pulsé el botón del ascensor y, al llegar a la primera planta, recorrimos un pasillo de mantenimiento poco iluminado, protegido por puertas metálicas discretas y cámaras fijas en el techo.

Era una zona reservada, donde el lujo del casino daba paso a la cruda estructura que lo mantenía en funcionamiento.

Nos detuvimos frente a una puerta con el símbolo de acceso restringido.

Tecleé la contraseña numérica en el panel y la puerta se abrió con un sutil chasquido.

—¿Dónde estamos? —preguntó con voz más baja, casi reverente.

—Sala de vigilancia. El corazón y los ojos del casino.

La iluminación interior era tenue, suave, y las paredes estaban forradas de monitores que mostraban todas las áreas del edificio en tiempo real.

Cada cámara, estratégicamente posicionada, revelaba mesas de juego, pasillos, cajeros, zonas VIP e incluso los bastidores.

Había un leve zumbido de sistemas operando en segundo plano, y la sala olía a una mezcla de aparatos electrónicos recalentados y café pasado.

Joe estaba en su silla giratoria, con los ojos atentos en los monitores.

Era un hombre de unos sesenta años, de pelo canoso y barba incipiente, llevaba una camisa de vestir con las mangas remangadas y mantenía una postura relajada, pero experta.

Se volvió al notar mi presencia.

—Jefe —saludó, con discreto respeto.

—Joe, ella es Mia. Quiero que cuides de ella un rato.

—Por supuesto. —Joe se levantó de inmediato y la saludó con un amable asentimiento.

—Bienvenida al corazón del casino.

—Gracias —respondió ella, un tanto tímida, mirando los monitores con creciente curiosidad.

—Entretiene a la signorina hasta que yo vuelva. Nada de secretos, pero tampoco nada confidencial. Enséñale cómo funciona.

Ella es muy lista —añadí, antes de darme la vuelta para marcharme.

Mia me lanzó una mirada de duda mezclada con sorpresa.

—¿Me vas a dejar aquí?

—Hazme caso. Será más divertido de lo que parece. Y... más seguro, también.

Asintió lentamente y, por un breve momento, su sonrisa fue genuina.

Abandoné la sala, pero me llevé conmigo el peso de la mirada curiosa que ella dirigió a las pantallas.

Mia era un problema que crecía en silencio, uno que yo no había pedido, pero que tampoco lograba apartar.

Y eso me incomodaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Mia Caruso



Capítulo 15

Una sala rodeada por decenas de pantallas me hizo sentir dentro de una de esas películas de acción que a Matteo le encantaba ver.

Las imágenes en directo mostraban todos los rincones del casino: mesas de ruleta, pasillos de acceso, ascensores, cajas, baños, salas reservadas.

Un control absoluto, frío y silencioso, sobre todo y todos.

Joe parecía parte del mobiliario. Tenía el pelo ralo peinado hacia atrás, gafas apoyadas en la punta de la nariz y dedos ágiles en los botones del panel.

Era mayor, simpático, y parecía tan acostumbrado a aquel universo como a su propia respiración.

—Impresionante, ¿verdad? —comentó él, sin apartar los ojos de las pantallas.

—Sí... parece que aquí no se escapa nada.

—Y tanto que no. Ni una respiración a destiempo pasa desapercibida si estoy atento.

Joe giró la silla y me lanzó una mirada sagaz, como si calculara si valía la pena o no enseñarme algo.

Por suerte, decidió que sí.

—¿Quieres saber cómo pillamos un robo? —Asentí, intrigada.

Señaló una de las cámaras que apuntaban a la zona de las máquinas tragaperras.

—Lo primero es el patrón. Todo el mundo que entra aquí pasa por varias fases: entusiasmo, frustración, aburrimiento o pura compulsión.

El que viene a robar, se mueve de otra manera. Evita el contacto visual, observa más de lo que juega, y siempre parece estar a la espera de algo.

—Cambió de pantalla con agilidad.

—¿Ves a ese de allí? —Joe señaló con la barbilla a un hombre que, de lejos, parecía tan solo un jugador más.

—Ya ha pasado tres veces por el mismo pasillo en menos de quince minutos. No se ha sentado, no ha apostado, no ha pedido ninguna bebida.

—¿Y eso por qué es malo? —pregunté.

—Porque el que no juega y no se va está esperando una de dos cosas: una distracción o a un socio.

—No lo entiendo.

—Una distracción; ya sabes, una pelea, un vaso roto, alguien desmayándose. Todo el mundo mira para otro lado y él actúa.

El socio es un cómplice: el idiota que llega después para hacer el trabajo sucio con él.

En un casino, nadie merodea de esa forma sin motivo.

—¿Y qué hacéis cuando estáis seguros de que es un golpe?

Sonrió de medio lado, con aire de veterano.

—Mandamos a Alessio. —Tragué saliva.

—¿Y qué pasa después?

—Ahí ya no es asunto mío, ragazza.

—¿Y si te equivocas? Quiero decir... con respecto a la persona —pregunté, temerosa.

—No cometo errores.

Pensé en responder que todos, en algún momento de la vida, cometen errores, pero la puerta pitó y el aire frío de la habitación se volvió más denso y cálido.

Miré por encima del hombro y me perdí momentáneamente en la belleza pecaminosa que adentraba en el lugar.

—Espero que no te haya dado mucho trabajo, Joe.

—Su voz tenía un toque más ligero que yo aún no había escuchado.

—Ni se ha acercado a lo pesado que era usted cuando era solo un ragazzo.

—Joe sonrió y Don Luca frunció el ceño.

—Era un poco demasiado curioso, es verdad. —Replicó el jefe.

—Hasta el punto de apagar todo nuestro sistema durante cinco minutos aterradores.

—Deja de desvelar mis trapos sucios, viejo. —Don D'Amato se acercó lo suficiente para tenderme la mano.

Sostuve su mirada, clavada en mí, y el aire de la sala desapareció, junto con cualquier ruido e incluso la risa apagada del señor a mi lado.

Ya nada importaba cuando el Don de la mafia de Nova Orleans me miraba de esa manera.

—Ven conmigo. Necesitas comer.

—¿Ya es hora de comer?

—He tardado más de lo previsto. —Inclinó la cabeza a un lado, como si lo lamentara.

—Pero te lo compensaré.

—No tengo hambre.

Mi cuerpo traidor, o tal vez fuera mi hijo rebelde, eligió ese preciso momento para avergonzarme, haciendo que mi estómago rugiera tan fuerte que el hombre adusto frente a mí enarcó las cejas, asombrado.

—Va bene. Vamos a buscar algo rápido y nutritivo —comentó él, y me sonrojé—. Hasta luego, Joe.

—Joe, ha sido un placer conocerte. —Me volví hacia el hombre y le tendí la mano, con una sonrisa tímida.

—El placer ha sido todo mío, ragazza. Vuelve cuando quieras.

—Me apretó la mano con firmeza y dirigió un gesto de cabeza al hombre a mi lado—. Jefe.

Don Luca volvió a tomarme de la mano y, por muy contradictorio que pareciera, aquel contacto me transmitía seguridad.

Era como sumergirse en un lago oscuro y saber que, a pesar de la profundidad, alguien firme me guiaba.

Seguimos en silencio hasta el ascensor privado. La tensión que sentía a su lado seguía ahí, pero ya no era puro miedo.

Era algo más denso. Más íntimo. Una mezcla de recelo y curiosidad.

Cuando la puerta de la suite se abrió, mis pies dudaron.

Era la primera vez que entraba en un lugar como aquel.

La decoración era sobria, impecable, con tonos oscuros y detalles en dorado. Un espacio de lujo silencioso que exhalaba poder.

Di un paso hacia atrás, por instinto.

—Tranquila —dijo, al notar mi rigidez—. Solo vas a comer. Nada más.

Entonces lo vi. Al fondo, cerca de las ventanas que ofrecían una vista panorámica de la ciudad, había una mesa perfectamente preparada.

Cubiertos de plata, copas de cristal, platos con tapas para mantener la comida caliente. Y flores; discretas, pero presentes.

—¿Esto es... para mí?

—Para los dos. He pensado en algo que pudieras tolerar. Nonna me comentó que últimamente andas con el estómago rebelde.

Sus palabras, tan desenfadadas, me desarmaron más que cualquier amabilidad exagerada.

Aquel hombre, con todos sus pecados, me había prestado atención. Me había cuidado. Y tal vez eso fuera lo que más me confundía.

Retiró la silla para mí.

—Siéntate, Mia. No pretendo asustarte. Solo darte de comer.

Y yo, aun con todas las alarmas encendidas en mi cabeza, obedecí.

En el fondo, el miedo a ser descubierta gritaba con fuerza. El secreto que intentaba ocultar con tanto ahínco latía bajo mi piel.

Las señales asomaban: el cuerpo cambiante, los incipientes mareos, la sensibilidad a flor de piel.

Pronto no habría forma de ocultarlo.

Tenía que marcharme antes de que eso ocurriera.

Lo que pasa es que me resultaba difícil razonar con claridad cuando se comportaba así.

Cuando aquel hombre que debería representar un peligro me cuidaba.

Nunca he sido una chica afortunada. Jamás había tenido a alguien que me protegiera del mundo.

Creí que Matteo era ese hombre, hasta que me dejó aquí.

Hasta que la duda carcomió la poca fe que me quedaba en las promesas que me había hecho.

Tal vez nunca tuvo la verdadera intención de estar conmigo a las claras.

Quizás, desde el principio, yo solo había sido un problema del que deshacerse.

—¿Qué pasa? —La voz de Luca me sacó de mis ensoñaciones. Su mirada atenta estaba clavada en mí.

—¿Hay algo que no te guste?

—Está todo perfecto, Don D'Amato —forcé una sonrisa, pero no pareció muy convencido.

—Signorina Caruso, me gustaría pedirle disculpas formalmente en nombre de mi madre.

No está muy bien desde que mi papà falleció hace unos años.

Representas algo que le hizo revivir una parte dolorosa de su vida y acabó dejando que las emociones hablaran más alto.

—¿Su padre la engañaba? —pregunté con cautela.

—Sí.

—¿Y han pensado en buscar ayuda profesional?

—Tiene un equipo médico a su disposición; le han diagnosticado alzhéimer, pero se niega a aceptarlo.

Sus emociones revueltas han somatizado el cuadro y sufre episodios de confusión mental, aunque son raros.

—Si mi presencia la perturba tanto, tal vez lo mejor sea que no vuelva a la mansión —murmuré, bajando la mirada.

Se inclinó un poco hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa.

Sus ojos, siempre tan impenetrables, me estudiaban con una intensidad difícil de sostener.

—He estado pensando en ello y estoy de acuerdo.

Mi corazón se desbocó. Por un instante, creí haber oído mal.

Pero el alivio no tardó en llegar y me calentó el pecho como una leve llama. Al fin. La carta de libertad.

Sonreí, esperanzada. Ya sabía exactamente lo que iba a hacer: me iría a un pueblo pequeño, donde nadie conociera mi nombre, ni a la famiglia.

Cualquier historia inventada se convertiría en mi verdad. Y allí, viviría en paz con mi hijo.

—Gracias. De verdad. Sé que puedo parecer una desagradecida, pero esto significa mucho más de lo que se imagina.

—No me lo agradezcas todavía —me cortó, y la sonrisa se borró de mi rostro.

—¿Cómo que no?

—No te vas a ir de aquí.

—Pero si acaba de...

—No volverás a la mansión. Y tampoco te marcharás. Te quedarás aquí, en esta suite.

—¿Prisionera? —me puse en pie, alzando la voz más de la cuenta—. ¿Me va a mantener encerrada?

—Hasta que no localicemos al guardia de seguridad infiltrado, sí. —También se levantó él, imponente—. Corres peligro.

Se han dado cuenta de tu ausencia en el Maison y sopesan tu participación en el atentado contra mí.

—¡Aquello no fue ningún atentado! —grité, casi fuera de mis cabales.

—Por lo que se puede demostrar, sí, fue un atentado, y se cobró la vida del miembro más antiguo del consejo en Nova Orleans.

Refutar esa línea de investigación te colocaría en un punto de mira mucho más letal, ragazza.

—El tono tajante y peligroso resultaba evidente—. Ahora siéntate y come.

—Yo no he pedido nada de esto. Lo único que quiero es marcharme y seguir con mi vida. Solo eso.

—Yo también quería muchas cosas, Mia. Pero no puedo hacer caso omiso de los riesgos.

Ni fingir que no te convertiste en mi responsabilidad desde el momento en que entraste en esa habitación y lo presenciaste todo.

—¿Esto es para mantenerme a salvo o callada? —Volví a sentarme, sintiendo cómo la sangre me calentaba las venas.

La impresión de hombre cuidadoso se fue por el sumidero cuando no respondió de inmediato.

—Estoy siendo precavido. Contigo y conmigo. —Callada. Me quería a su merced porque yo sabía demasiado.

—Te quedarás aquí. A salvo. Con todo lo que puedas necesitar. Pero no intentes salir sin mi permiso.

O tendré que hacer que tu estancia sea mucho menos confortable.

Era una orden. No una petición.



Capítulo 16

Sentado en la cómoda butaca del despacho del casino, observaba la ciudad allá abajo seguir girando sin prisa, indiferente al caos dentro de mí.

Los paneles de cristal enmarcaban Nova Orleans con una frialdad cortante, mientras un Bourbon añejo me calentaba la garganta.

Sin embargo, el fuego que me consumía provenía de otro lugar.

Mi mente seguía atrapada en una sola cosa: Mia. Encerrada en la suite privada. Sola. Y, con toda seguridad, furiosa.

Después de nuestro pequeño altercado, el almuerzo me pasó a la fuerza por la garganta.

Una parte de mí quería alzar la voz, arrancarle la verdad.

Saber de dónde venía, qué escondía, de quién había sido amante. Qué lazos tenía realmente con los Giordani.

La otra parte solo quería que me mirara como lo hizo antes, con aquella mezcla de recelo y entrega que me desarmaba por dentro.

Se quedó inconforme con la orden que le di, pero tuvo la inteligencia de no desafiarme.

Yo no estaba dispuesto a ceder, y mucho menos a ser tolerante si ella insistía en marcharse.

La puerta se abrió sin ceremonias.

Leonardo entró sin llamar, como hacía siempre. Él y Alessio eran los únicos a quienes les permitía esa libertad.

Su mirada se dirigió directamente a mí, y luego se desvió hacia la pantalla encendida en la esquina, una de las cámaras internas de la suite.

Mia no aparecía, pero ambos sabíamos que mi atención estaba allí.

—Ella te desconcentra —dijo él, como si solo estuviera constatando un hecho.

—No es asunto tuyo.

—Sí lo es, cuando interfiere en tu juicio.

Apreté la mandíbula, pero no respondí. Porque tenía razón.

Y yo odiaba que la tuviera.

—¿Qué tienes para mí?

—Nada del guardia. Se ha hecho humo y nadie sabe decir el nombre del bastardo.

—Eso es extraño.

—Demasiado. O lo trajeron de fuera, por orden de alguien grande, o el número de encubridores es mayor de lo que suponemos.

—Entonces ha llegado la hora de mover las piezas y obligar a algunas ratas a salir de la alcantarilla.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a provocar. A visitar a viejos enemigos. Quien esté actuando en mi contra necesita apoyo.

Y ese apoyo solo puede venir de alguien que me odie lo suficiente como para traicionar el viejo orden.

Leonardo asintió, con el rostro impasible.

—Voy a hablar con Alessio, a ver por dónde empezamos.

—Mejor. ¿Me está evitando?

—Dicen que se pasó de la raya con la chica.

—No tanto como mi madre.

Leonardo arqueó una ceja.

—¿Por eso la has traído aquí?

—Sí.

—¿Y qué pretendes hacer con ella, Luca? Pronto encontraremos al infiltrado y ella dejará de ser útil.

¿Vas a mantener a una testigo bajo tu techo?

—Ella no va a abrir la boca.

—No tienes forma de saberlo.

—Ella es problema mío, Leonardo. Y sería de agradecer que tú y Alessio lo aceptarais de una buena vez.

Levantó las manos en señal de rendición.

—*Va bene, amico*. Tú mandas.

—Exactamente. Ahora ve a buscar a Alessio y encárgate de lo que te pedí.

Me quedé solo de nuevo.

La conversación con mi consejero se disipó tan rápido como había empezado.

Mis ojos, como magnetizados por una fuerza mayor, volvieron al monitor, y allí estaba ella.

Mia.

Sentada al tocador, con un albornoz blanco, la toalla enrollada en el pelo. Acababa de salir del baño.

Y, aunque la pantalla estaba en blanco y negro, yo sabía que su piel debía de estar húmeda, caliente y suave.

Mi cuerpo respondió al instante. Un hormigueo inquieto se apoderó de mis manos.

Cerré los dedos en un puño, intentando controlar el impulso primitivo que me hacía desear invadir aquella suite.

Me incliné, tecleando para acercar la imagen. El escote del albornoz cedió con su movimiento, revelando un pedazo más de piel.

Un pedazo que no me pertenecía, pero que yo ya consideraba mío.

Parecía un maldito perro hambriento, suplicando migajas. Aquello era vergonzoso. Y, al mismo tiempo, adictivo.

Sí, ella me desconcentraba.

Me quedé inmóvil, y el vaso de bourbon olvidó su función entre mis dedos.

Con movimientos suaves, comenzó a extenderse crema por las piernas, subiendo la tela hasta el muslo.

Su piel clara parecía suave como la seda. Mi mirada recorrió cada centímetro expuesto con una atención enfermiza.

Debería apartarme, apagar la cámara, recordar que Mia era una invitada a la fuerza que podría causar muchos problemas, pero todo en mí gritaba lo contrario.

El nudo del albornoz se aflojó, y cuando se levantó, la tela cedió al movimiento.

Se deslizó por su cuerpo y dejó al descubierto su espalda desnuda, una curva tentadora que me atrapó como una trampa.

Se giró de lado, y desde aquel ángulo, vi la curva de su pecho delicado.

Una porción mínima mostrada parcialmente, casi imperceptible bajo la suave luz de la habitación.

Se aplicó crema en los brazos, luego en el escote, e inclinó ligeramente el cuello al masajearse la nuca.

Me mordí el interior de la mejilla con fuerza, intentando contener el instinto.

Mis ojos estaban fijos en ella como si hubiera descubierto una fuente sagrada en medio del caos del mundo que gobernaba.

Era un error. Un error dulce, suave y letal.

Dejé de pensar con lógica. La razón fue devorada por algo más primitivo, más urgente.

Me hundí en el sillón de cuero e incliné las caderas hacia delante, sintiendo cómo la tela del pantalón se tensaba alrededor de la erección que me acompañaba desde que Mia apareció en la pantalla.

Pasé la mano por el cinturón y lo desabroché despacio, como si eso fuera a retrasar lo inevitable.

La cremallera cedió con un ruido sordo y la presión disminuyó, pero el deseo no.

Estaba tan duro que el dolor se mezclaba con el placer, y solo de imaginar cómo sería tenerla allí, en ese mismo ambiente, el aire pareció enrarecerse.

Se movió en la pantalla, cruzando las piernas con un descuido que no podía ser inocente.

La piel le brillaba bajo la luz, y cada gesto era una invitación silenciosa a la perdición.

Cerré los ojos un segundo y respiré hondo, intentando controlar el impulso que latía más fuerte con cada latido de mi corazón.

Pero su imagen era demasiado nítida. Demasiado real.

Mia era un hechizo peligroso, uno que no tenía idea de cómo deshacer.

Mi mano agarró mi polla con empeño y prisa. Era vergonzoso hacerme una paja cuando podría bajar a la suite y convencerla de que lo hiciera ella.

Sabía que tenía cierto poder de seducción, ya fuera por la belleza que decían que tenía, o por la posición que ocupaba, la convencería de quererlo tanto como yo.

Aceleré el ritmo, sintiendo la tensión acumularse hasta que el orgasmo llegó como una ola brutal, golpeándome con una fuerza casi abrumadora.

Me pesaron las bolas, los músculos se tensaron y, por un instante, perdí el control, un momento de letargo tan intenso que me dejó mareado, jadeante y con los ojos entornados.

Y lo más inquietante de aquella escena absurda, de aquella rendición silenciosa, fue lo que vino después: no hubo arrepentimiento.

Ni sombra de culpa. Solo el vacío palpitante de quien se dio cuenta de que había cruzado un límite y le había gustado la sensación.

En la pantalla, Mia terminó el ritual con un suspiro y se dejó caer en la cama, estirándose como un felino saciado.

Apagué la imagen con un clic seco, con el corazón acelerado en el pecho.

Yo era el depredador, pero en aquel momento, no había duda alguna de quién tenía el control.

***

Los últimos días habían sido una sucesión de búsquedas, interrogatorios y estrategias para mantener el control de la situación.

Apenas tenía tiempo para dormir, y aun así, cuando cerraba los ojos, todo lo que veía era a Mia Caruso.

Su imagen, desnuda, vulnerable, preciosa, seguía clavada en mi mente como un vicio que no lograba extirpar.

Me había perdido por completo aquella noche, y lo peor era saber que deseaba repetir cada segundo.

Por eso dejé el casino. Por eso la mantuve en la suite, lejos de mi vista.

Mi rutina se resumía en despachar informantes, presionar contactos, escuchar las hipótesis de Leonardo y cazar cualquier rastro del guardia infiltrado.

Todos los caminos llevaban al mismo callejón oscuro: alguien poderoso estaba detrás del ataque.

Alguien que me conocía lo suficientemente bien como para saber dónde atacar y con quién contar.

Esa búsqueda de respuestas me llevó hasta los muelles, donde Don Giordano me había enseñado a usar técnicas de tortura eficaces.

El Misisipi rugía de fondo, arrastrando en sus aguas turbias el olor a óxido y peligro.

El testigo, un mozo de carga visiblemente intimidado, temblaba frente a Alessio, Leonardo y a mí, con las manos metidas en los sucios bolsillos de la chaqueta.

—Di lo que sabes —gruñí.

—Oí un nombre cuando me fui de Staten Island Docks, en Nueva York.

Y, por su forma de comportarse, parecía muy nervioso, alterado.

—¿Qué nombre? Habla de una vez —espetó Alessio, impaciente.

—Matteo Giordano. Sobrino de Don Silvano.

—Es nuestro aliado. No tenemos motivos para investigarlo —reflexionó Leonardo.

—¿Por quién preguntaba? —Di un paso adelante, con los sentidos en alerta.

—Mia Caruso.

Se me heló la sangre.

Por mucho que intentara ocultar su importancia, por mucho que intentara alejarla del peligro, allí estaba ella, en el centro de todo una vez más.

Y, en aquel instante, comprendí que mantenerla cerca no era solo un capricho. Era necesario.

Mia Caruso



Capítulo 17

Llevaba ya días encerrada en aquella suite, y lo que empezó siendo una molestia, poco a poco, se fue convirtiendo en rutina.

Tal vez eso dijera más de mí de lo que me gustaría admitir.

Al principio, cada minuto allí dentro me parecía una tortura. Contaba los segundos, caminaba de un lado a otro y me preguntaba por qué él había desaparecido.

Don Luca D'Amato me había encerrado allí con órdenes claras de que no debía salir, pero no apareció ni una sola vez después de aquel tenso almuerzo.

Su ausencia me dejaba inquieta y, en el fondo, aún más curiosa.

Con el paso de las horas, me permití disfrutar de lo que ofrecía la suite.

Las sábanas de algodón egipcio, la carta con platos que parecían sacados directamente de un restaurante con estrella Michelin, el televisor que más bien parecía un cine privado y la bañera de hidromasaje que casi me hizo olvidar dónde estaba.

Hubo incluso un día en que una masajista del casino apareció con la justificación de que «el señor había pedido que le aliviara las tensiones».

Casi me negué. Casi.

Claro que no todo era de color de rosa. Las náuseas volvieron en dos días diferentes, siempre por la mañana.

Nada alarmante, pero lo suficiente para recordarme que el tiempo pasaba y que el secreto en mi interior seguía creciendo.

Y por más que intentara engañarme, era imposible ignorarlo.

Él no me visitaba, pero la comida seguía llegando, los mimos seguían apareciendo, y yo estaba segura de que, de alguna manera, Luca seguía vigilándome.

El problema era que, en medio de tanto silencio, me preguntaba si aquello era protección o castigo.

Aquella mañana no había empezado nada bien. Me desperté sobresaltada, con la sensación de que el mundo me daba vueltas y de que el estómago se me revolvía en una protesta silenciosa.

Corrí al baño, donde solo pude arrodillarme frente al inodoro y soportar la arcada seca que me provocaba escalofríos.

Nada en mi organismo parecía colaborar. Me latía la cabeza, me temblaba el cuerpo y, cuando por fin logré levantarme, mi imagen en el espejo confirmó lo que ya sabía: estaba hecha polvo.

Unas ojeras muy marcadas, el rostro pálido, el pelo desaliñado.

Me recogí el pelo en lo alto de la cabeza, improvisando un moño, y me lavé la cara con agua helada.

El reflejo me desafiaba, como si dijera: «¿hasta cuándo vas a seguir ocultándolo?».

Oí abrirse la puerta.

—Debe de ser la camarera de piso... —murmuré.

Me limpié la boca, respiré hondo y salí del baño intentando parecer mínimamente presentable, pero al salir de la suite y llegar a la zona del salón, se me congelaron los pies.

Don Luca D'Amato caminaba de un lado a otro, con pasos duros e inquietos.

Su expresión tensa dejaba claro que estaba furioso. Sus ojos se encontraron con los míos con una mezcla de rabia, frustración y algo que no supe identificar.

—¿Don D'Amato? ¿Ha recordado que tiene una prisionera?

—No estoy para bromas. Vas a sentar el culo en ese sofá y me vas a contar todo lo que quiero saber.

¿Entendido? —gruñó, y no me dio tiempo a reaccionar—. ¿Quién eres, Mia Caruso?

¿Quién te dejó en aquel maldito lugar? ¿Por qué estabas en el Maison?

—Avanzó con voz cortante, como un látigo.

—Yo... —se me secó la garganta—. Ya te lo dije, era solo una forma de... intentar empezar de nuevo.

—¡No me mientas! —El grito hizo que se me desbocara el corazón.

—¿Te crees que no sé reconocer un cuento chino? ¿Qué estás ocultando?

Di un paso atrás por instinto. La tensión en el aire era insoportable.

—Te juro que no... no es lo que parece —mi voz salió débil, embargada.

Entrecerró los ojos, como si intentara descifrar cada músculo de mi cara.

—Te saqué de aquella mierda, te protegí, te puse bajo mi techo. ¿Y tú me pagas con silencios y mentiras?

Sus palabras me calaron hondo. No fui capaz de responder. El nudo en la garganta se deshizo en lágrimas calientes que me rodaron por el rostro sin permiso.

Me llevé las manos al pecho, como si pudiera sostener el peso del miedo.

—Por favor... —sussurré—. Necesitaba protegerme.

Los ojos de Luca perdieron el brillo de la furia por un segundo.

Respiró hondo, con la mandíbula tensa, como si luchara contra sí mismo.

El sonido de mi llanto, bajo y desesperado, pareció quebrar algo en su interior.

Dio un paso adelante, luego otro, hasta estar lo bastante cerca para que yo pudiera sentir su perfume amaderado mezclado con la tensión del aire.

—Mierda... —murmuró, su voz ya sin la furia de antes, solo cargada de frustración.

—No quería haberte gritado.

Quise decirle que no pasaba nada. Que lo entendía. Pero no era así. Y ambos lo sabíamos.

Nada estaría bien mientras yo siguiera ocultando lo que escondía.

Y, con el paso de los días, la mayor de todas las mentiras crecía en silencio, se desarrollaba en mi interior con cada latido del corazón, el mío y el del hijo que era un Giordani desprotegido.

Pronto ya no podría fingir más. Las náuseas, el cansancio, las miradas atentas.

El problema dejaría de ser invisible, y entonces saldría todo a la luz de una manera mucho peor de lo que imaginaba.

—Necesito saber la verdad, Mia. —Su voz volvió a ser más firme, pero sin agresividad.

—El sobrino de Don Silvano ha estado preguntando por ti en una de las entregas entre las familias.

Mis pupilas se dilataron. El nombre me cayó como un rayo en medio del pecho. Matteo. Me estaba buscando.

¿Y si hablaba con Luca? ¿Y si decidía aparecerse por allí?

Sentí que me faltaba el aire, que el mundo daba vueltas. Las rodillas me perdieron fuerza, el estómago se me revolvió y un fuerte zumbido se apoderó de mis oídos.

La vista se me oscureció por unos instantes, y, antes de que pudiera reaccionar, todo se volvió borroso.

Cuando me quise dar cuenta, estaba tumbada en el sofá, siendo sostenida por unos brazos firmes y unas manos calientes que me sujetaban el rostro con cuidado.

—Mia... —Su voz sonó grave, pero ahora rebosante de preocupación—. ¿Qué ha pasado? ¡Mia, háblame!

Parpadeé varias veces, intentando enfocar. Las imágenes a mi alrededor bailaban despacio, y el único rostro que me mantenía anclada a la realidad era el suyo.

—¡Voy a llamar a un médico!

—No... —La voz me salió ahogada, casi dolida.

Respiré hondo, intentando calmar el mareo y la opresión en el pecho.

Apreté los ojos, pidiéndole a *Dio* que lograra recobrar el sentido y entender bien lo que estaba pasando.

Me ayudó a sentarme en el sofá, manteniendo una mano firme en mi espalda y con la otra sujetándome la muñeca, como si temiera que me desmayara de nuevo.

—¿Qué has querido decir? ¿Matteo ha preguntado por mí? ¿Estás seguro?

Don D'Amato asintió despacio, con los ojos entornados como si analizara cada una de mis reacciones.

—Habló con uno de los intermediarios durante una entrega. Quería saber si alguien tenía noticias tuyas.

Esa simple información fue como una chispa en la pólvora. Un millón de pensamientos se dispararon al mismo tiempo en mi cabeza.

¿Se había arrepentido? ¿Quería saber de mí? ¿Le importaba, después de todo?

Una estúpida esperanza se extendió por mi pecho, llenando los huecos que había dejado la decepción.

—Nosotros... —tragué saliva— nos liamos. Yo creía que le gustaba. En su momento, pareció real.

Luca se quedó en silencio. Un silencio espeso e incómodo, que hablaba más que cualquier palabra.

Cuando por fin respondió, su voz sonaba distante. Fría.

—Me imaginé que era eso.

Había algo más allí. Algo amargo en su tono. Casi como... celos.

Pero era difícil estar segura, ya que se levantó y se apartó de mí como si mi sola presencia le hubiera molestado.

—Tal vez lo mejor sea intentar hablar con él. Saber qué quiere.

Si me está buscando, tal vez merezca una explicación.

—No. —La respuesta fue tajante, como un portazo—. Eso no cambia nada, Mia.

—¿Cómo que no?

—Si te dejó en el Maison de aquella manera, escondida, descartada... es porque ya no te quería.

Actuó con cobardía. Mandó el problema lejos y limpió su imagen frente a su tío.

Aquellas palabras me cortaron. No porque estuvieran equivocadas —en el fondo temía que fueran verdad—, sino porque me mostraban con claridad cómo me estaba juzgando.

Luca no sabía lo de mi embarazo. Aun así, había algo en su mirada, como si ya me hubiera metido en una caja, me hubiera etiquetado y la hubiera sellado.

Una tonta. El error de alguien.

Y no pude lidiar con eso.

—Ya entiendo lo que piensas de mí. —Mi voz salió baja, pero firme—. Puedes irte.

Dudó, sus ojos me estudiaron como si buscara algo a lo que no sabía ponerle nombre.

Al final, solo asintió con un gesto contenido y se dirigió a la puerta.

Antes de salir, lanzó una última sentencia, con el tono frío e impersonal de quien ya ha tomado una decisión:

—Giordano cerrará un acuerdo matrimonial este mismo mes con la *famiglia* de Boston.

Una unión necesaria para los negocios. Nada ni nadie puede entrometerse en ello.

La puerta se cerró con un suave clic, pero, por dentro, todo en mí pareció derrumbarse con estrépito.

Me quedé allí. Sola. Con la esperanza deshecha en el pecho, el orgullo hecho pedazos y un secreto creciendo dentro de mí que, cada día, se hacía más difícil de ocultar.



Capítulo 18

Volver a mi oficina me parecía la única manera de poner mis pensamientos en orden, pero me bastaron tres pasos dentro de la habitación para darme cuenta de que eso no iba a suceder.

Las paredes se estrechaban. El techo descendía. Todo latía al compás de la sangre que me martilleaba en las sienes.

Estaba irritado. Cabreado, para ser sinceros.

Pero no era por culpa de negocios mal resueltos o traiciones en el consejo. Era por ella.

Mia Caruso.

La mujer que se cruzó en mi camino como un accidente y que ahora vivía en mis malditas entrañas.

Dejé la chaqueta en el respaldo del sillón, me aflojé la corbata y me serví dos dedos generosos de Bourbon. No sirvió de nada.

El sabor me quemó la garganta, pero no lo suficiente como para borrar la imagen de ella echándome de la habitación como si yo fuera el villano de la historia.

Tal vez lo era. Pero no de esa manera.

Posé el vaso sobre la mesa con demasiada fuerza, y el chasquido resonó por todo el despacho.

Me había dejado afectar, una vez más, por una mujer que ni siquiera sabía jugar al juego en el que estaba metida.

Cerré los ojos, presionándome las sienes con los dedos.

Matteo.

El mero recuerdo de aquel nombre hacía que mi mandíbula se trabara. El heredero de la *famiglia* Giordani.

El niño de oro que había crecido envuelto en seda, a quien el mundo siempre se lo había perdonado todo.

De tontos sería creer que Mia había sido solo una víctima en sus manos.

Tal vez se había lanzado a los brazos del muchacho, encantada con los focos, y ahora estuviera pagando el precio de su elección.

Tal vez fuera más experimentada de lo que parecía. Tal vez fuera tan buena en la cama como sugería la forma en que el nombre de él todavía le temblaba en los labios.

La imagen de los dos juntos me corroyó por dentro.

—¡A la mierda! —gruñí, lanzando el vaso contra la pared. Los cristales salieron volando y la rabia encontró una salida.

La puerta se abrió bruscamente.

Leonardo y Alessio entraron como dos huracanes listos para hacer estallar la verdad que yo me negaba a escuchar.

—Tenemos que hablar. Ahora. —Leonardo habló con su calma de siempre, pero el brillo atento en sus ojos dejaba claro que no esperaba un «no» por respuesta.

—Esta historia con la chica está yendo demasiado lejos.

Es un cabo suelto del chico Giordano —Alessio fue directo al grano. Como siempre—. Es un problema, Luca.

No podemos seguir ignorándolo.

—La desechó en mi patio —dije en tono seco.

—No es solo eso —se acercó a la mesa—. Todo el mundo se enterará, tarde o temprano.

Es testigo de algo que no debería haber visto y...

Mis ojos se afilaron.

—Cuidado con lo que vas a decir.

—Sabes que soy leal. Pero también soy realista. Mia Caruso puede ser la ruina de esta alianza.

Si Don Silvano descubre que su sobrino dejó a una amante escondida en el Maison, habrá consecuencias. O algo peor.

Te culpará a ti por encubrirlo.

—Yo no he encubierto nada.

—¡Pero la estás protegiendo! —rebatió él—. Es el testimonio vivo de un fallo grave en el comportamiento de Matteo.

¿De verdad vas a echar a perder el futuro de tres *famiglias* por culpa de una chica?

—Alessio... —intentó intervenir Leonardo.

—No, Leo. Esto hay que decirlo. —Miró a su amigo antes de volver los ojos hacia mí.

—Ella es una piedra en el camino. Y las piedras... se apartan.

Lo que ocurrió a continuación fue demasiado rápido para que alguien pudiera impedirlo.

Me abalancé sobre él con la furia contenida de años, y agarrándolo por el cuello de la camisa, lo estampé contra la estantería.

—Intenta tocarla. Solo inténtalo, Alessio. Y te romperé cada hueso del cuerpo. ¿Has olvidado quién manda aquí?

—¡Estás ciego, Luca! —escupió de vuelta, sin importarle la sangre que le goteaba por el labio partido.

—¡Lo vas a destruir todo por unas faldas!

—¡Basta! —Leonardo se interpuso entre nosotros y me empujó el pecho con fuerza—. Esto se está pasando de la raya.

Mi respiración estaba entrecortada. Todavía me temblaban las manos. Y, aun así, la imagen que me quemaba detrás de los párpados era la de ella con aquel imbécil del joven Giordano.

—Yo lo investigaré todo —dijo Leonardo, mirándonos a los dos con seriedad.

—Y hasta que sepamos qué representa Mia Caruso para la organización, nadie la toca. ¿Entendido?

—Díselo al jefe, que está loco por meterse entre sus piernas.

Alessio provocó y me abalancé sobre él una vez más.

—¡Hijo de puta! —Volví a golpearlo en la cara y no se defendió.

—¡Alessio! Sal de aquí ahora mismo. —Ordenó Leonardo—. Y tú vas a servirte una copa.

O la botella entera, si hace falta. —Señalándome con el dedo, su orden fue como un bálsamo para mi odio.

Asentí con un movimiento seco. Alessio se limpió la sangre de la comisura de los labios, lanzó una mirada de desprecio y salió dando un portazo.

Leonardo esperó a que se cerrara la puerta antes de volverse lentamente hacia mí.

Se cruzó de brazos, con el ceño fruncido, y dejó que el silencio pesara entre los dos durante unos segundos.

—Tienes que controlarte, Luca. —Su voz sonó firme, sin reproches, pero cargada de frustración.

—Estás permitiendo que esa chica te desestabilice.

Permanecí de espaldas, mirando al vacío como si fuera posible huir de la verdad. Pero era Leonardo.

Y siempre decía lo que había que decir, por mucho que yo quisiera ignorarlo.

—¿Te crees que no lo veo? —continuó—. Estás perdiendo el foco. Estás distraído. Afligido. Tú nunca has sido así.

Y eso te hace vulnerable. Peligroso para ti mismo y para los demás.

—Ella no pidió nada de esto —murmuré, más para mí que para él.

—Simplemente me cayó en el regazo, literalmente.

—Y ahora no logras sacártela de la cabeza —completó él—. Es un problema, Luca.

Uno que debes resolver antes de que te cueste todo lo que has construido.

Respiré hondo y me di la vuelta para mirarle. A mi amigo y consejero.

El único que aún me veía como a un hombre antes que como un Don.

—Averigua todo sobre Mia Caruso. Para ayer. Si es quien me temo, tendré que pensar en una solución rápida.

Leonardo asintió, por primera vez con una mirada más suave.

—Yo me encargaré. Pero prométeme una cosa.

—¿Cuál?

—Que no dejarás que el corazón hable más alto que la razón antes de saber toda la verdad.

No respondí.

***

Las luces de los pasillos me parecieron más frías cuando regresé a la suite privada.

Ya había anochecido y ni siquiera me había dado cuenta de lo tarde que era.

No sabía con certeza por qué mis pasos me habían llevado hasta allí; tal vez por culpa, o por el vacío que quedó tras haber golpeado a Alessio, o quizá solo por la necesidad de comprobar con mis propios ojos que ella seguía allí.

Que aún era mi responsabilidad.

Abrí la puerta despacio, sin saber qué me iba a encontrar. ¿Gritos? ¿Llantos? ¿Desprecio?

Pero lo que hallé me desarmó por completo.

Mia estaba acurrucada en el sofá, durmiendo de lado, con el rostro medio hundido en el cojín.

Su pelo suelto caía sobre su hombro, y el albornoz de seda se le había resbalado un poco, revelando la delicada curva de su pierna doblada.

Aun así, parecía demasiado pequeña para el mundo en el que la habían arrojado a la fuerza.

Frágil.

Suspiré y cerré la puerta detrás de mí, teniendo cuidado de no despertarla.

Me acerqué despacio, como si fuera a desaparecer ante el menor paso en falso.

Su pecho subía y bajaba serenamente, pero había una tensión en sus facciones que no me engañaba.

Me agaché junto al sofá, apoyando los codos en las rodillas, y la observé en silencio durante largos segundos.

Había hablado de más. Y había actuado aún peor.

Podría haberla alejado. Haber dado la orden y firmado su sentencia, como tanto quería Alessio.

Pero no fui capaz.

Le toqué la piel con la yema de los dedos y, al ver que no se despertaba, deslicé un brazo bajo sus rodillas y el otro por su espalda.

Murmuró algo incomprensible, pero se acomodó contra mi pecho, como si aquel lugar fuera ya suyo.

La levanté en brazos y me dirigí a la habitación. La cama grande, aún intacta, nos esperaba en silencio.

Acosté a Mia con sumo cuidado, le arreglé la almohada debajo de la cabeza y le subí las sábanas hasta los hombros.

Me quedé allí un rato, de pie junto a la cama, contemplando aquella expresión de paz que contrastaba con el torbellino que ella provocaba en mi interior.

Le pasé los dedos por la mejilla, apartando un mechón de pelo; el aroma del perfume que me embriagaba se había intensificado, y pensé que sería buena idea acomodarme y disfrutar de aquel momento de tranquilidad.

El caos del mundo podía esperar un par de horas, mientras aprovechaba la oportunidad de perderme en mi imaginación y creer que esta noche, tumbado allí junto a aquella extraña, era algo normal, cotidiano.

Dejar que el pecho se me expandiera y creer que los sentimientos de verdad pueden surgir de la nada, haciéndonos actuar como idiotas hechizados por la belleza de una *ragazza*.

Mia Caruso



Capítulo 19

Me desperté poco a poco, como quien regresa de un sueño confuso y tibio, acunada por una sensación de confort que no encajaba con los últimos días.

Estaba acostada en una cama enorme, las sábanas olían a suavizante caro y madera noble, y el colchón envolvía mi cuerpo como un abrazo cariñoso.

Parpadeé varias veces, intentando entender dónde estaba y, sobre todo, cómo había ido a parar allí.

Mi último recuerdo era el sofá del salón, los ojos ardiéndome de tanto llorar y el cuerpo exhausto.

Erguí el tronco despacio y miré a mi alrededor. La habitación estaba oscura, silenciosa, con las ventanas ocultas por pesadas cortinas.

Una luz suave escapaba de una lámpara junto a la cabecera, proyectando sombras cálidas en las paredes.

Fue entonces cuando me volví y lo vi.

Un cuerpo enorme tendido a mi lado, de espaldas a mí, respirando despacio.

Reconocería ese porte en cualquier lugar, incluso de espaldas. El traje oscuro aún cubría el cuerpo que exhalaba poder, incluso dormido.

La chaqueta estaba abierta, la corbata aflojada en el cuello, y la camisa parcialmente desabrochada revelaba un pedazo de su pecho, firme y dorado.

El cabello revuelto y la barba de un par de días solo realzaban la imponencia salvaje que llevaba con una naturalidad irritante.

Don Luca D'Amato.

Respiré hondo, sintiendo el aire pesar en mis pulmones.

No había peligro alguno en ese instante, pero mi corazón se aceleró como si estuviera rodeada de amenazas invisibles.

Tal vez él fuera la amenaza y, al mismo tiempo, la salvación que no sabía si merecía.

Mis ojos se deslizaron por su mandíbula fuerte, por las manos grandes reposando sobre el abdomen, por el volumen del pecho que subía y bajaba a un ritmo hipnotizante.

Debería odiarlo, tal como lo hice el día anterior, cuando lo eché por decirme que yo era una amante barata a la que estaban descartando.

Pero en el fondo, ¿acaso no era realmente eso?

Matteo sabía dónde estaba yo, ¿por qué preguntar por mí a desconocidos si podría haber encontrado la manera de ponerse en contacto conmigo?

¿Boda? ¿Se iba a casar? ¿Cuándo pensaba contarme que su tío planeaba una boda con alguien importante de otra *famiglia*?

Solo de pensar en el papel de tonta que estaba haciendo desde hacía casi un mes, la rabia brotó en mi pecho.

Aquel desgraciado creyó que podría jugar conmigo e ignorar el hecho de que me había dejado embarazada de un hijo suyo.

La respiración audible de Don Luca me devolvió a la realidad y me descubrí acercándome, movida por una curiosidad tonta y peligrosa.

Me quedé de rodillas sobre la cama, cerniéndome sobre él, sin tocarlo. Solo observando. Su boca, entreabierta.

El sonido sutil de su respiración. El calor que empañaba la razón.

Quise tocar. Quise probar.

—Si sigues así... —La voz grave de él me atravesó como una corriente eléctrica—. ...voy a terminar besándote.

Mi cuerpo se congeló. El susto, el calor, la vergüenza tardía. Todo se mezcló.

—Tal vez... —murmuré, sintiendo el pecho vibrar— ...sea eso lo que quiero.

Los ojos de él se abrieron despacio, como si estuviera saboreando el instante.

Azules y oscuros como un pecado confesable, se clavaron en mí con una intensidad que me dejó sin aire.

Sentí el corazón latir desacompasado, la piel erizarse, incluso sin que él me tocara.

No dijo nada. Solo me miró. Como si viera a través de mi alma.

Como si conociera todos mis miedos. Todas mis mentiras.

—Sabes que si hacemos esto no hay vuelta atrás, ¿verdad?

—El tono ronco por el sueño era tan embriagador como su imagen—. Yo no me comprometo con nadie, nunca.

Solo que tú y yo estamos en una situación peculiar y yo no voy a perder ni a renunciar a nada que todavía quiera para el *ragazzo* Giordano.

—Él no me quiere. —Constatar aquello fue más fácil de lo que imaginé que sería.

—La pregunta que importa es: ¿lo quieres tú?

Como un cuchillo afilado y listo para usarse, Don Luca D'Amato me clavó la hoja en la garganta y bloqueó cualquier posibilidad de respuesta.

Yo tenía mi orgullo y no perdonaría a Matteo por lo que hizo, pero no podía ignorar el hecho de llevar un pedazo suyo dentro de mí.

La respuesta escapó de mis labios como un susurro de rebelión, pero también de rendición.

—Que se joda.

Luca no sonrió. No se movió con prisa. Solo se irguió, levemente, apoyando el peso en los codos mientras sus ojos aún se clavaban en los míos.

La distancia entre nosotros parecía menor, como si el aire que nos separaba se hubiera evaporado con mi confesión.

—No te hagas esto a ti misma —su voz salió baja, cargada de amenaza contenida.

—No me mires así si no estás lista para lidiar con las consecuencias.

—Solo quiero olvidar todo por un minuto —susurré—. Olvidar el miedo. El pasado. Las mentiras.

Y entonces se sentó. Alto, imponente, con las rodillas pegadas a las mías, las manos grandes posándose sobre la cama, una a cada lado de mi cuerpo, sin tocarme, y aun así, sentía el calor irradiando de él, envolviendo mi piel, dominándolo todo.

Me quedé allí, en silencio, mirándolo, hasta que él levantó una mano y la pasó despacio por los mechones sueltos de mi cabello.

El toque fue tan gentil que casi me hizo llorar.

Me tocó el rostro con la punta de los dedos, trazando mi mandíbula con una reverencia inesperada.

Y yo... incliné la cabeza en dirección a su tacto, hambrienta de cualquier gesto que me hiciera sentir viva.

—¿Solo un minuto? —preguntó, con los ojos sumergidos en los míos.

—Tal vez dos.

Su sonrisa asomó levemente. Casi imperceptible. Pero estaba ahí.

Y me calentó por dentro de una forma que ni recordaba que fuera posible.

Su mano subió hasta mi nuca, los dedos grandes y firmes infiltrándose en los mechones enmarañados.

El toque erizó cada centímetro de mi piel y robó el poco aliento que aún me quedaba.

No tuve tiempo de pensar. Su boca chocó contra la mía con tanta rapidez y hambre que el mundo desapareció por un segundo.

Firme. Intenso. Dominador.

El beso de Don Luca D'Amato era todo lo que él representaba, una mezcla de fuerza bruta y precisión calculada.

No había gentileza, solo urgencia y promesas veladas. Era una declaración no dicha, una rendición sin exigencia de palabras.

Su lengua encontró la mía con voracidad, cobrando una entrega total.

No había espacio para dudas, solo para la rendición al juego caliente y envolvente que él lideraba con maestría.

Y lo peor, o lo mejor, era que yo no quería resistirme.

Sentí su otra mano envolver mi garganta. No con violencia, sino con dominio.

Los dedos presionaron levemente el lateral, sobre mi yugular, restringiendo el flujo de aire, como si dijera que hasta mi aliento le pertenecía.

Retrocedió lentamente, atrapando mi labio inferior entre los dientes, y aquello hizo que mi piel ardiera de placer.

Sus ojos encontraron los míos. No había duda alguna allí, solo lujuria cruda y poder.

Estaba presente y al mismo tiempo en otro lugar donde la posesión era inevitable.

—Ahora quien controla el tiempo soy yo, Mia Caruso —murmuró, ronco, con el timbre grave arañando mi cordura.

—Y durará el tiempo que yo considere conveniente.

Intenté responder. Juro que lo intenté. Pero las palabras murieron en mi garganta, sofocadas por el letargo que él me causaba.

Don D'Amato se apartó con la misma rapidez con la que me había tomado.

Se levantó, se ajustó la corbata desalineada y la chaqueta arrugada con una naturalidad casi clínica. Parecía de nuevo tener el control. Sereno. Peligroso.

—Mandaré que te traigan ropa más tarde. Vamos a salir a cenar.

—¿Vas a... llevarme a salir? —pregunté, sorprendida.

—Sí. Lo haré. —Sus ojos se deslizaron por mi cuerpo con lentitud—. No tengo nada que esconder, Mia.

Tragué saliva.

Porque yo sí. Tenía mucho.



Capítulo 20

El reflejo en el espejo me miraba con una soberbia que yo ya conocía. Traje impecable, barba arreglada, todo bajo control.

Solo apariencia. La verdad, la que latía por dentro, era un caos disfrazado.

Mia Caruso había entrado en mi vida como una bomba de relojería.

El tipo de problema que un hombre en mi lugar debería eliminar de inmediato.

Y, en vez de eso, la mantuve cerca.

¿Por qué?

Porque me intrigaba. Me provocaba. Me hacía perder el enfoque, y, al mismo tiempo, me hacía sentir más vivo que cualquier otra cosa en los últimos años.

No era solo su cuerpo, aunque eso por sí solo bastara para sacar a cualquier hombre de sus casillas.

Era el conjunto. La inocencia, la forma en que lidiaba con los problemas, cómo desafiaba mis órdenes con esa mirada de quien ha recibido golpes de la vida, pero no sabía rendirse.

Ella removía todo lo que yo quería esconder, incluso de mí mismo.

Y entonces llegó el beso.

El sabor de sus labios aún seguía en mí. La dulzura empapada en rabia, orgullo, necesidad.

Un beso que no fue solo un acto irreflexivo, sino un pacto silencioso.

Y ahora, después de todo, no había vuelta atrás.

—No me parece buena idea que aparezcas en público con ella —dijo Leonardo, sacándome de los deliciosos pensamientos que me rondaban.

—He reservado la terraza entera —gruñí, como si eso bastara.

Sabía lo que quería decir. Salir con la chica en público era una declaración de posesión.

Y aún no sabíamos toda la verdad sobre ella. Y, por más que eso fuera un error estratégico, no había nada en mí dispuesto a retroceder.

—No seas condescendiente, Luca. Dije que nadie le pondría las manos encima a la *ragazza* hasta que yo lo investigara todo.

—No pretendo ponerle solo las manos, así que ese aviso no se aplica a mí.

—Frunció el ceño, irritado.

—¿Vas a bromear con esto? El techo se nos cae encima y ¿tú quieres una cena romántica?

¿Por qué no la mantienes en la suite? Pide cualquier comida, ten lo que quieras, te puedo garantizar tres días de absoluto sosiego,

sin interferencias.

—Leonardo —solté, en un tono firme—. Te he llamado aquí para informarte de mis planes, no para pedir permiso.

Solo quiero que mantengas a Alessio lejos. El resto déjamelo a mí.

—¿Y si esto llega a oídos de Matteo Giordani?

—Me importa un bledo. No voy a tratar a la *ragazza* como él lo hizo. Hasta ahora, se ha mostrado fiel.

Obedeció todo lo que le pedí, me salvó de una emboscada que podría haberme matado y mantuvo la boca cerrada sobre lo que vio en aquella habitación.

—*Va bene*. Solo que tampoco ha tenido mucha oportunidad de actuar, Luca. Está encerrada desde entonces.

—Y voy a corregir eso a partir de hoy.

—Solo ten cuidado.

—Siempre lo he tenido.

Nos despedimos y me dirigí al vestíbulo del casino. El aviso de seguridad llegó instantes después: "La señorita Caruso está en camino."

Mi secretaria le había proporcionado ropa adecuada, pedí algo elegante, llamativo.

No quise ver nada antes, quería el impacto de la sorpresa. Quería dejarme dominar por su visión.

Y así fue.

Cuando Mia apareció por la entrada lateral, guiada discretamente por uno de los empleados, el tiempo pareció ralentizarse.

El vestido rojo sangre abrazaba su cuerpo a la perfección, hecho de una seda fluida que parecía resbalar sobre su piel.

Los tirantes finos dejaban sus hombros al descubierto, y el corte en la espalda caía audazmente, revelando más de lo que

ocultaba.

La tela marcaba su cintura, delineando cada curva con maestría.

Llevaba el cabello recogido hacia un lado, cayendo en ondas suaves sobre la clavícula, revelando un cuello que imploraba un beso.

Se me secó la boca.

Las conversaciones a nuestro alrededor se desvanecieron. Los sonidos del casino se convirtieron en ruidos ahogados, irrelevantes ante la única visión que importaba: ella.

Mia me vio, dudó por un segundo, y entonces caminó hacia mí con la altivez de quien no le debe nada a nadie, incluso con ojos que aún cargaban sombras.

Cuando se detuvo frente a mí, no nos dijimos nada.

Porque, al segundo siguiente, algo feroz dentro de mí tomó el control.

Como si todos los días lejos de ella, todas las noches imaginando su piel, todos los instantes prohibiéndome tocarla culminaran allí.

Mis pies se movieron incluso antes de que yo lo decidiera.

Ella ni siquiera tuvo tiempo de decir una palabra.

Agarré su rostro con ambas manos, con firmeza, los dedos rozando su nuca, hundiéndose entre los mechones recogidos de forma descuidada.

Sus ojos se abrieron de par en par por un instante, pero no retrocedieron, había algo en ellos, desafiante y entregado a la vez, que me incendió por completo.

Entonces la besé.

Con fuerza. Con hambre. Con rabia. Con todo lo que había contenido hasta allí.

Su boca se amoldó a la mía, sorprendida y caliente, como si me esperara.

Como si supiera que esto llegaría, tarde o temprano. Y, aun así, fuera incapaz de prepararse.

El mundo podría estar en llamas, y yo no habría parado.

El vestido se pegó a su cuerpo conforme la acerqué más, mis manos resbalando hacia su cintura, apretando con dominio.

No era un beso casual, ni cordial. Era una sentencia, un aviso y una amenaza velada para quien osara mirar demasiado.

En ese instante, Mia Caruso era mía.

Y todos allí lo sabían.

Las miradas curiosas no me impidieron nada. La presencia de empleados, cámaras, clientes, todo se volvió secundario. Solo existía ella.

Y el sabor de su boca, el calor que atravesaba mi cuerpo como una fiebre de la que no quería curarme.

Cuando me aparté, nuestros rostos aún estaban cerca, las respiraciones mezcladas.

Sus ojos, llorosos por la emoción y la incredulidad, me atravesaron como una maldición y una plegaria al mismo tiempo.

—Ahora, sí... —murmuré con una media sonrisa torcida, lo suficientemente bajo para que solo ella me oyera— ...estás lista para cenar conmigo.

El lápiz de labios corrido fue el toque perfecto, y nada sutil, para hacerme vibrar aún más con esa posesividad descarada.

Entrelacé mis dedos con los suyos y la llevé afuera, donde el coche ya nos aguardava en la puerta principal del casino.

Bastó un paso más allá del umbral para que el calor que recorría mis venas fuera invadido por una punzada de irritación.

Alessio estaba allí parado, erguido, alineado como si fuera el mismísimo guardia de seguridad personal de un jefe de Estado.

La puerta del coche abierta, el rostro demasiado serio como para ser solo coincidencia.

Entrecerré los ojos en ese mismo instante.

—¿Qué mierda es esta? —gruñí, tirando de Mia más cerca de mí.

Me devolvió la mirada, inquebrantable. Ni siquiera el hematoma aún evidente en su mandíbula parecía perturbarlo.

—Relájate, jefe. Solo estoy cumpliendo mi papel como subjefe.

—Su tono fue neutral, pero había algo más allí—. Garantizar tu seguridad sigue siendo mi responsabilidad.

No pensé que te gustaría salir escoltado por alguien de fuera, así que vine personalmente.

Se me tensó la mandíbula.

Sabía que Leonardo estaba detrás de esto. También sabía que, a pesar de nuestras diferencias, Alessio recibiría una bala por mí si fuera necesario.

Eso no impedía, sin embargo, que la tensión entre nosotros fuera palpable y que mis ganas fueran darle otro puñetazo en la cara solo por estar tan cerca de Mia.

—No quiero miradas innecesarias. Ni insinuaciones. Ella no es asunto de nadie, ¿entendido?

—Mi voz salió baja y cortante.

Él levantó las manos en señal de rendición, dando un paso hacia un lado.

—*Capito*. Solo chófer hoy. Lo juro por *Dio*.

Lo miré fijamente por un segundo más, luego ayudé a Mia a subir al coche, acomodándola con cuidado.

Entonces di la vuelta y me senté a su lado, sin apartar los ojos de Alessio hasta que la puerta se cerró.

El trayecto hasta el restaurante fue silencioso. Mia miraba por la ventana, con los ojos atentos a los detalles de la ciudad que pasaban lentamente ante nosotros, como si intentara guardarlo todo en silencio, protegiendo sus pensamientos de mí.

Estaba demasiado hermosa. El tipo de belleza que no era solo visual, era presencia, provocación y pecado.

Y con ese vestido rojo que abrazaba su cuerpo como si hubiera sido hecho a medida, me hacía olvidar todos los motivos por los que no debería desearla y solo alimentaba, segundo a segundo, las ganas insaciables de tenerla para mí.

El restaurante ocupaba el último piso de uno de los edificios más antiguos y discretos del centro histórico.

Una fachada de ladrillos restaurados, con amplios ventanales enmarcados por cortinas largas y pesadas, daba el tono clásico.

Pero lo que importaba era la terraza reservada.

El maître nos recibió con formalidad, conduciéndonos por un pasillo estrecho hasta una puerta de cristal.

Cuando la abrió, Mia se detuvo. Y yo también.

La terraza estaba vacía, iluminada por antorchas altas y pequeñas luces doradas colgando entre cables de cobre.

Las mesas dispuestas alrededor estaban vacías. En el centro, una única mesa redonda con un mantel blanco impecable, dos cubiertos de plata dispuestos, copas de cristal y una botella de vino decantándose junto a un jarrón con lirios blancos.

Los laterales estaban rodeados por una pérgola de madera oscura con enredaderas de jazmín y madreselva, y más allá, el parapeto bajo revelaba la vista nocturna del Misisipi cortando la ciudad, con sus luces reflejadas en el agua como oro líquido.

Mia no dijo nada, solo soltó el aire con ligereza, como si hubiera sido tomada por sorpresa por una parte del mundo que no esperaba conocer.

—Está todo reservado para nosotros —dije, rompiendo el silencio—. No vendrá nadie más.

Giró el rostro hacia mí despacio, como si todavía estuviera procesando la información.

—Esto es... —sus labios se entreabrieron, pero la palabra no salió.

—¿Exagerado? —arqueé una ceja.

—Diferente —corrigió, con una sonrisa contenida.

Caminé hasta la silla, tirando de ella para que se sentara.

Mia aceptó sin resistencia, devolviendo la mirada al escenario que tenía delante.

Mientras me acomodaba frente a ella, un camarero apareció casi sin hacer ruido, llenando nuestras copas con el vino que había elegido.

El silencio entre nosotros no era incómodo. Estaba cargado. Cada mirada, cada gesto parecía contener más de lo que se estaba diciendo.

Había tensión, deseo, pero, por encima de todo, había algo nuevo.

—¿Te gusta esto? —pregunté, por fin, apoyando el codo en la mesa.

Mia no respondió de inmediato. Pasó los dedos por el borde de la copa, luego levantó la mirada hacia la mía.

—¿Haces esto con todas? —soltó, de repente.

—¿Las llevas a cenar, las miras como si fueras a devorarlas, luego las llevas a una habitación y haces lo que quieres hasta saciarte?

—¿Crees que eso es lo que haré contigo? —Ladeé la cabeza.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Ser descartada por segunda vez?

—No estoy hablando de mi historia, Don D’Amato.

—Luca. *Per favore*, llámame Luca. —Su mirada se suavizó.

—*Va bene*, Luca. —Volvió a jugar con la copa.

—¿Y qué pretendes con todo esto? Pensé que las cosas funcionaban de una forma más discreta.

—Estás en Nueva Orleans y soy yo quien manda en todo.

Las cosas funcionan como yo deseo que funcionen.

Una sonrisa discreta asomó a sus labios y supe que había conquistado una parte más de su confianza.



Capítulo 21

En la vida me habían llevado a un lugar como aquel.

Salvo las pocas veces que la *famiglia* organizaba algún tipo de evento al que todos los asociados, sin importar su clase social, estaban invitados.

No era una chica ingenua, pero sin duda me estaba convirtiendo en una tonta por deslumbrarme con un gesto exagerado por su parte.

Aún no conseguía entender los motivos que lo habían llevado a hacer todo eso, pero era obvio que no se trataba de simple cordialidad.

—Quiero saber más de ti, Mia Caruso.

—¿Qué te puedo contar que no esté en los informes que mandaste investigar sobre mí?

—Sonreí, fingiendo que aquella actitud era algo trivial.

—Muchas cosas. Empezando por cómo conociste a Matteo Giordano.

Tragué con dificultad. No pensé que me traería aquí para hablar del padre de mi hijo.

¿Era un buen momento para revelar el embarazo? Creía que no.

—¿Quieres asegurarte de que no haya un reclamo de honor? —Le devolví la pregunta.

—Me importa una mierda eso, *ragazza*. Matteo perdió cualquier oportunidad de reclamarte cuando te dejó en mi patio.

Era difícil escuchar la verdad de esa manera, sabía que no quería herirme, era solo su forma honesta de hablar, pero dolía descubrir lo que significaba mi situación: me habían descartado.

—Nosotros... lo conocí en una de sus visitas para recaudar los tributos de la *famiglia*.

A mi padre lo acababan de nombrar, a la semana siguiente sería el primer evento en el que participaríamos y seríamos presentados.

Matteo y yo nos quedamos solos dos minutos, fue el tiempo que necesitó para invitarme a salir.

—Recordé aquel primer encuentro y no sentí ninguna añoranza—. Yo tenía dieciséis años y él veinte.

—Hijo de puta. Engatusó a una niña.

—Yo no era una niña, Luca. Joven, imprudente, y loca por descubrir más del mundo, pero sabía muy bien dónde me estaba metiendo.

—Tanto lo sabías que terminaste aquí.

Abrí la boca para responder, pero no me salió nada.

Era difícil para cualquiera comprender que Matteo fue mi primer amor, con él viví muchas experiencias y gané el mayor regalo

de mi vida.

No ensuciaría ese recuerdo por un dolor egoísta.

—Independientemente de eso. Tu actitud me trajo hasta aquí, frente al jefe de Nueva Orleans.

Y es en el presente en lo que deberíamos concentrarnos, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo. —Luca pareció despejar la incomodidad que lo rondaba—. ¿Quieres vino?

—Sirvió mi copa antes de que pudiera responder—. Potenciará el sabor de la comida. Pruébalo.

—Yo no... bebo... —intenté justificarme.

—Una copa no te hará perder el control.

Agarré el tallo de la copa y acepté el brindis que me ofrecía.

Fingí tomar un pequeño sorbo y volví a dejar la copa en su sitio, donde pretendía mantenerla.

—¿Qué piensan tus padres de todo esto? ¿Simplemente dijiste que te irías a otro lugar, sin dar explicaciones?

—No lo saben. —El nudo se formó en mi garganta más rápido de lo que imaginé.

Ojalá pudiera volver a casa, al confort de los brazos de mi *mamma*, a la seguridad de la presencia de mi *papa*, pero era demasiado arriesgado.

Pronto crecería la barriga, mi hijo llegaría al mundo y si la suerte no estaba de mi lado, podría parecerse al padre.

—¿Sabían del acuerdo entre ustedes?

—¡No! Claro que no. —Me apresuré a responder—. Mi *papa* jamás aceptaría una situación así.

—¿Cómo lograste ocultarlo tanto tiempo?

—Fingí hacer un curso que me había ganado, pero la realidad era que Matteo conseguía el material para que tuviera pruebas de

que estaba estudiando.

Tenía un apartamento apartado de las miradas curiosas, nos encontrábamos allí.

—¿Y qué provocó tu venida?

Miré a Luca con determinación. Intenté mantener la valentía que había estado demostrando hasta ahora, pero flaqueé.

Agarré la copa de vino por impulso y di un pequeño sorbo, sabía que no debería, pero lo necesitaba.

Cargaría esa culpa también a la interminable lista que se moldeaba en mi mente desde que había descubierto el embarazo hacía casi un mes.

—Tuvimos un desencuentro, sobre que le contara a su tío que estábamos juntos.

Dijo que era mejor que pasara un tiempo aquí.

—¿Y aceptaste?

—Sí.

—¿Por qué simplemente no lo mandaste a la mierda? —Luca se indignó—. No tenías motivos para irte.

Eran solteros, al fin y al cabo.

—Fue complicado. Yo también quería alejarme y...

—¿Y aceptaste vivir en ese agujero?

—No sabía que las cosas serían de esa manera cuando se hicieron los arreglos.

—Podrías haber vuelto a Nueva York.

—Podría, pero no quise. Tengo mi orgullo, al fin y al cabo.

Luca se recostó en el respaldo de la silla. No sabía cuánto de la historia se estaba creyendo, esperaba que todo.

—*Va bene*. —Exhalé el aire, aliviada—. ¿Crees que te quiere de vuelta? ¿Por haber preguntado por ti?

—Creo que solo quiere asegurarse de que sigo donde me dejó. —Respondí con sinceridad.

—¿Y sigues? Me refiero, emocionalmente. ¿Estás donde te dejó?

Aquel comentario era, de hecho, una puñalada, pero lo dejaría pasar. No tenía ninguna intención de defender las actitudes de Matteo.

—En absoluto. Matteo no me reconocería si me viera ahora. Nunca más estaremos en la misma sintonía.

Era una verdad a medias, ya que algo nos uniría por el resto de la vida, pero yo había decidido, cuando besé a Luca en la habitación de la suite, que contaría la verdad en algún momento y le dejaría decidir qué hacer: dejarme quedar o hacerme marchar.

—Un poco pronto para decir eso. —Luca chasqueó la lengua desdeñando mi afirmación.

—Si no me crees, ¿por qué me trajiste aquí? ¿Por qué mantenerme cerca?

—Porque una cosa es lo que creo que es la verdad y otra es lo que deseo hacer.

—¿Dominado por tus impulsos? Eso es peligroso para un hombre en tu posición.

—Un hombre en mi posición tiene derecho a hacer lo que quiere y cuando quiere.

—Todos tienen frenos, Don D'Amato.

—Cierto. Pero algunos tienen más derechos que otros.

—Suerte la tuya.

—Estoy de acuerdo. Suerte la mía.

Observé a aquel hombre levantarse, habían servido la comida hacía poco tiempo, pero yo apenas toqué el plato.

Estaba segura de que la falta de apetito se debía al nerviosismo, que me consumía desde que sentí el sabor de su beso.

Luca me tendió la mano, ofreciendo la palma, la cual miré con anhelo y duda, pero acepté.

Al fin y al cabo, estaba aprendiendo que, tratándose de él, era seguro que me lanzaría sin reservas.

Eso me volvía un poco más valiente, o tal vez, mucho más tonta.

Fui conducida hasta el parapeto de madera y cristal, la vista tenuemente iluminada de las aguas turbias y oscuras, el viento golpeándome el rostro trayendo frescor a mi piel ardiente.

—Estando donde estoy, Mia, tengo derecho a hacer muchas cosas que tal vez me pongan en riesgo o interfieran en los negocios, pero eso no quiere decir que no pueda.

Y te quiero a ti, por el tiempo que sea. No solo por estar expuesta o ser un blanco, sino porque sientes, tanto como yo, esta necesidad cruda que nos rodea.

Te deseo desde el momento en que te vi dentro de esa maldita habitación.

He soñado tantas veces que te estaba follando, que mi mente se cree que es verdad.

—No sé si tu declaración es decente.

—Pero yo no he dicho que lo fuera, y mucho menos te convertiré en mi esposa. Sabes que no puedo.

Los matrimonios en nuestro mundo suceden con el propósito de formar alianzas, nada más.

Aquélla verdad dolorosa, que estaba clavada en mi pecho desde que me enviaron desde Nueva York, regresó como un aviso silencioso de que nunca fue de verdad.

Yo nunca sería la esposa de nadie, al menos no dentro de la *famiglia*.

—Si crees que estoy ilusionada con amor y promesas vacías, no te preocupes, Don D’Amato.

Ya cometí ese error una vez.

—Luca. Quiero que me llames Luca.

—Creo que de momento estoy negociando con el jefe de la mafia.

—*Va bene*. —Se aclaró la garganta, pareció molesto—. Quiero retirarte la restricción.

Para que esto funcione entre nosotros, tengo que confiar en que estarás donde necesito que estés. ¿Puedo contar con eso?

—¿A dónde más iba a ir?

Sentí una incomodidad en la boca del estómago. Sabía que en algún momento esto sucedería.

Probablemente más pronto de lo que me gustaría, o tal vez demasiado tarde para mi corazón tonto.

Por más que yo supiera todo lo que tenía que hacer, las palabras de Luca callaban dentro de mí: una cosa era saber lo correcto y otra muy distinta era lo que no debía desear.



Capítulo 22

Deslicé la punta de los dedos por su cabello, con los ojos atentos a cualquier mínima reacción y, al notar que exhalaba el aire con más fuerza, aproveché la oportunidad y la besé.

No con delicadeza, sino con el hambre acumulada. Con la sed del que ha cruzado un desierto y ha encontrado el oasis más prohibido e irresistible.

Mi boca tomó la suya sin ceremonias, sin vacilar ni pedir permiso.

Sus labios se amoldaron a los míos con una naturalidad indecente, como si hubieran sido diseñados para encajar así.

Mis manos descendieron desde su nuca hasta su cadera, atrayéndola contra mi cuerpo, que ya ardía como brasas bajo la chaqueta.

Sentí el calor de su piel incluso con la tela del fino vestido entre nosotros.

Gimió en voz baja cuando mi lengua invadió su boca una vez más, con un ritmo lento, explorador, despiadado.

Quería saborearla entera.

—¿Tienes idea de lo que me estás haciendo, Mia? —murmuré contra sus labios, con la respiración desacompasada.

—¿Tienes idea de cuánto he soñado con esto? ¿De cuánto te he imaginado así?

No respondió con palabras. Sus manos se aferraron al cuello de mi camisa, tirando de mí hacia ella, como si fuera posible acercarnos más.

Como si la distancia entre nosotros fuera un crimen.

Mi mano se deslizó por su muslo expuesto, subiendo sin pudor, hasta alcanzar la curva perfecta de su cintura.

Sentía su cuerpo temblar ligeramente, y no sabía si era por miedo, por deseo o por las dos cosas mezcladas en un cóctel explosivo que me nublaba la razón.

Aparté mi boca de la suya por unos segundos, solo lo justo para observarla.

Las mejillas sonrojadas, los labios hinchados y húmedos, los ojos entornados. Estaba entregada.

—Dime que no quieres esto —desafié, con voz ronca, cruda, cargada de la tensión que me consumía.

—Dilo, Mia, y me detengo ahora mismo.

Silencio.

Una respiración trémula se le escapó, y luego sus manos se deslizaron bajo mi chaqueta, presionando mi pecho.

No para alejarme, sino para sentir. Para asegurarse de que yo era real.

La recosté sobre el amplio tapizado del banco de la terraza, una especie de salón reservado que imaginé exactamente para ese momento.

Mis rodillas estaban entre las suyas, y la falda roja de su vestido había subido hasta lo alto de sus muslos, revelando demasiada piel para un hombre en mi estado de excitación.

Incliné mi cuerpo, bajando con los labios por su mandíbula, por su cuello, hasta llegar a la base de la clavícula.

Mordisqueé allí, marcándola, y sentí el profundo suspiro que soltó.

Fue casi un gemido, y lo bastante intenso como para dejarme al borde de perder el control.

—Te necesito, *ragazza* —susurré con la boca apretada contra su piel.

—No como un hombre necesita a una mujer. Es más... es como si te hubieras metido bajo mi piel.

Te siento hasta cuando cierro los ojos. Hasta cuando no estás cerca.

Arqueó su cuerpo hacia mí y, por un instante, pensé en ignorar todos los límites.

En levantar ese vestido, desgarrar lo que quedaba de decencia y tomarla allí mismo, con las estrellas como testigos y el río de fondo como banda sonora.

Pero no soy un *bambino* desesperado.

Yo era Luca D'Amato. Y mi hambre no se saciaría con prisas.

Sería con dominio.

Prolongando cada segundo hasta que ella suplicara por lo que ya era suyo.

—Todavía no —dije, jadeando, mientras depositaba un último beso en su cuello.

—Cuando seas mía, será en mi cama. De la manera que yo quiera. Y durante horas.

Me miró, aún jadeante, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la tensión.

—¿Y qué ha sido esto, entonces? —susurró, con voz ronca y entrecortada.

Incliné el rostro hasta pegar mi boca a su oído.

—Esto ha sido solo el primer aviso.

Apartarme de su cuerpo cálido que suplicaba por más fue una tortura difícil de superar, pero era necesario.

Sabía que Alessio estaba allí y, por más que él me hubiera visto en diversas ocasiones en situaciones mucho más comprometedoras que esa, no quería que el bastardo escuchara ni un solo gemido que fuera de Mia.

Aún seguía recostada cuando le tendí la mano nuevamente.

—Vamos, *ragazza*. Antes de que cambie de opinión y rompa mi promesa aquí mismo.

Mia aceptó mi toque con una sonrisa provocativa, como si supiera exactamente el efecto que causaba. Y lo sabía.

Vaya si lo sabía. Cada paso a mi lado era una maldita prueba de resistencia.

Cada curva de su cuerpo pegado al mío era una condena que me ponía a prueba hasta el límite de lo tolerable.

El coche nos esperaba en la planta baja, con Alessio al volante, pero esta vez apenas reparé en él.

Toda mi atención estaba puesta en ella. En cómo se acomodó en el asiento, con las piernas cruzadas de manera que el vestido subió más de lo necesario.

En cómo sus ojos buscaban los míos y luego huían, dejando en el aire promesas que ya no sabía si lograría mantener bajo control.

Cuando entramos en la suite, el silencio entre nosotros parecía tan denso como la tensión que nos envolvía.

Cerré la puerta tras de nosotros y me quité la chaqueta, arrojándola a la butaca contigua.

Mia se detuvo frente a la cama, deslizando los dedos por los finos tirantes de su vestido.

—Ya has dado tu primer aviso, Luca. ¿Y qué pasa ahora?

—Su voz era baja, casi un susurro, cargada de una osadía tímida que me puso en alerta.

—No me provoques —advertí, avanzando lentamente, como un depredador que sabe que su presa ya no huirá.

No retrocedió. Al contrario, dio un paso al frente, quedándose lo bastante cerca como para hacerme sentir su perfume y el calor que emanaba de su piel.

—¿Y si quiero provocar?

—Terminarás sin aire, temblando y suplicando que no me detenga.

—Mi voz salió más baja, pero igualmente cortante.

—Y no tengo tiempo de hacerlo de la manera que quiero.

—Podemos improvisar...

—Mia —gruñí, sujetando su barbilla con una mano y alzándole el rostro para que me mirara.

—Cuando te toque de verdad, será con tiempo. Será con intención.

Lo vas a recordar el resto de tu vida, incluso en los días en que me odies.

Se mordió el labio inferior y supe que estaba a punto de ceder.

A punto de arrojarla sobre la cama y hacer jirones cada centímetro de aquel maldito vestido.

Pero el sonido insistente del timbre de la suite lo cortó todo de raíz.

Solté una maldición por lo bajo, maldiciendo a quienquiera que fuera. Crucé la estancia con los puños cerrados y abrí la puerta, listo para despachar al pobre infeliz.

Leonardo.

Siempre él.

—Espero que sea importante —gruñí, sin la más mínima paciencia.

—Tenemos un problema en el casino. —Su tono era sobrio. Demasiado serio para ignorarlo.

—Uno de los proveedores de las máquinas acaba de ser arrestado hace un momento. Alegan que tiene conexión con lavado de dinero.

La policía local quiere hablar contigo.

Cerré los ojos por un segundo, controlando la frustración que amenazaba con estallar.

—¿No pueden esperar hasta mañana?

—No. Están en el vestíbulo con una orden judicial. Y quieren poner todo patas arriba.

—Mierda.

Leonardo me lanzó una mirada rápida y luego desvió los ojos hacia el interior de la habitación. No hacía falta decir nada más.

Sabía exactamente lo que había interrumpido.

—Mándalos a mi despacho. —La orden salió fría y práctica.

Cuando cerré la puerta y miré a Mia, noté la sutil decepción en sus ojos.

No por orgullo, sino por deseo. Y eso me encendió de nuevo, aun cuando no podía hacer nada al respecto.

—¿Vas a tardar? —preguntó, seria, sin rodeos.

—Espero que no. Pero si me demoro... —Me acerqué a ella, mirándola a los ojos como si pudiera tocar su alma—.

Espérame despierta.

Ella asintió despacio y, por un segundo, pensé en mandar toda la mierda al infierno y quedarme, pero el mundo real siempre acababa cobrándose su deuda.

Y ahora era el momento de pagar.

Llegué a mi despacho y me quedé de piedra al encontrar a Don Silvano Giordani acomodado en un sillón, muy a sus anchas, tomándose una copa de mi whisky más caro y fumándose un puro de la mejor calidad.

—¿Qué está pasando aquí?

—Necesitaba hablar contigo antes de que hicieras algo muy inapropiado, querido *amico*. —Giordano fue quien habló.

Volví la mirada hacia Leonardo, que parecía, cuanto menos, avergonzado.

Alessio eligió ese preciso momento para irrumpir en la sala, alterado e inquieto; miró a todos los presentes hasta clavar los ojos en mí y escudriñar mi cuerpo en busca de algo que yo desconocía.

—*Grazie a Dio* que estás bien. Recibí un aviso de Leonardo —informó al acercarse.

—¿Don Silvano? ¿Qué hace aquí?

—Eso es lo que yo también quiero saber, pero parece que mi *Consigliere* prefirió tenderme una emboscada en lugar de contarme de qué se trataba.

—No seas necio, D'Amato. Leonardo solo me pagó un pequeño favor que me debía.

Estoy aquí para hablar de algo mucho más importante que una visita sorpresa.

—Dígalo de una vez, entonces.

—Mia Caruso.

Sentí que se me helaba el corazón hasta los huesos. El nombre de ella en labios de Giordani no presagiaba nada bueno y sabía que esta conversación no terminaría de mi agrado.

Mia Caruso



Capítulo 23

La lámpara encendida al otro lado de la habitación fue la primera señal de que algo había cambiado.

Parpadeé un par de veces, intentando entender dónde estaba, con el vestido aún pegado al cuerpo y los pies descalzos.

La colcha estaba en parte apartada a un lado, como si me hubiera movido demasiado durante el sueño.

Y fue entonces cuando lo sentí.

Esa extraña sensación. Como si me estuvieran observando.

Giré el rostro despacio, con el corazón acelerándose sin motivo aparente, hasta que lo vi.

Sentado en la butaca junto al balcón, Luca D'Amato me miraba fijamente en silencio, con un vaso de whisky medio lleno en la mano y una mirada cargada de algo que no lograba descifrar.

Deseo, tal vez. O algo todavía más peligroso.

—¿Está todo bien? —pregunté en un hilo de voz, todavía somnolienta.

No respondió. Solo me sostuvo la mirada, como si estuviera leyéndome. Parecía querer decirlo todo sin siquiera abrir la boca.

El aire era denso, espeso; un paso en falso y todo podría hacer que el mundo se derrumbara.

El tiempo se detuvo.

Mi cuerpo reaccionó antes que cualquier pensamiento consciente. Me levanté de la cama, sintiendo cómo el tejido de la seda roja se deslizaba por mis piernas.

Caminé hacia él con paso lento, con el corazón martilleando desacompasado. Él no se movió. Solo me observó.

Cuando me detuve frente a la butaca, le apoyé una mano en el hombro.

El calor de su piel bajo la camisa de vestir hizo que me temblaran los dedos.

—¿Me estabas esperando? —susurré, intentando esbozar una sonrisa.

Luca no respondió. La tensión entre nosotros resultaba palpable.

Me agaché un poco, aproximando mis labios a la comisura de su boca en un beso discreto, casi tímido. Permaneció inmóvil.

Lo besé de nuevo, esta vez cerca de la mandíbula. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Apoyé las rodillas a cada lado de sus muslos y me senté en su regazo, como si fuera el lugar más idóneo del mundo.

Sentí su erección bajo de mí, firme, y el aire me faltó por un instante.

Deslicé las manos por sus hombros, por su pecho. Continué besando su cuello, provocándolo, seduciéndolo, intentando

encontrar alguna brecha en esa muralla silenciosa.

Cuando me dispuse a retroceder, avergonzada por su falta de reacción, soltó el vaso.

El sonido del cristal contra la alfombra fue ahogado, pero bastó para que se me desbocara el corazón.

Su mano ascendió hasta mi nuca y tiró de mí con firmeza, pegando nuestros rostros.

El beso fue devastador, sobrecogedor, una inmersión profunda. Su boca devoraba la mía como si quisiera consumirme por completo.

Lengua, dientes, deseo. Un caos delicioso.

Estaba perdida.

Con un movimiento rápido, me alzó en brazos como si yo no pesara nada y me llevó hasta la cama.

Me dejó caer sobre ella y se colocó de inmediato sobre mí, encajando una rodilla entre mis piernas; sus ojos ardían con un hambre que me dejó sin aliento.

—Me vuelves loco, *ragazza* —murmuró, con la voz ronca y embriagada de deseo.

—Y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

Su boca volvió a atrapar la mía, y todo se desvaneció.

Sus manos se deslizaron a lo largo de mis muslos, ascendiendo hacia mi cintura.

Empujó el vestido hacia arriba con brusquedad; sus hábiles dedos encontraron la piel cálida de mi vientre, de la espalda, de los senos.

No tuvo ninguna prisa, pero tampoco dudó en absoluto. Me desnudó con reverencia y voracidad.

—Luca... —susurré su nombre, a modo de súplica.

No respondió nada. Sus ojos estaban ensombrecidos, fijos en los míos, como si me rogaran que no huyera.

Como si necesitaran aquella entrega tanto como yo.

Cuando su cuerpo encontró el mío, su miembro, duro, se encajó en mi entrada.

La presión, el calor, esa necesidad imperiosa que nos devoraba guiaron cada centímetro que me dilataba de placer.

Se movía dentro de mí con tal precisión y dominio que demostraba que mi cuerpo había sido esculpido a la medida del suyo.

Las caderas chocaron a un ritmo pausado y hondo, desatando mareas de éxtasis que me obligaron a arquear la espalda.

Hundió el rostro en mi cuello, silenciando un quejido, al tiempo que aferraba con firmeza mis caderas, dictando cada embestida con una maestría que rozaba la tortura.

—Eres mía, Mia —masculló, hundiendo los dientes en la curva de mi hombro—. No porque haya una promesa.

Sino por deseo.

El control que mantenía lograba incendiarme. La forma en que refrenaba sus movimientos, como si librara una batalla interna, me hacía sentir aún más desprotegida, mucho más sometida.

Me aferraba a sus hombros, gimiendo su nombre, olvidándome de todo lo demás en el mundo.

Sus manos se cerraron sobre mis muslos, atrayéndome todavía más hacia él, y sus caderas empezaron a embestir con más fuerza.

El cuerpo me vibraba, tenía la piel perlada de sudor y estaba a punto de estallar.

—Mírame —me ordenó, en voz baja, ronca—. Quiero ver tus ojos cuando te corras por mí.

Y obedecí.

Nuestras miradas se encontraron en el momento exacto en el que mi cuerpo se deshizo en un orgasmo.

Unos temblores se apoderaron de mí, mis músculos se contrajeron, y el grito que quedó ahogado contra su boca se sintió como una liberación.

Me acompañó enseguida, con un gemido apagado y un suspiro prolongado.

Nos quedamos allí, jadeantes, pegados el uno al otro, mientras nuestra respiración entrecortada llenaba la estancia. Él no dijo nada.

Simplemente se recostó a mi lado y me atrajo hacia su pecho, como si a partir de ahora yo fuera una parte de él.

Y, quizá, en aquel instante, de verdad lo era.

***

Me desperté cuando la suave luz de la mañana se filtraba en la habitación a través de las rendijas de las cortinas; me desperecé poco a poco, sintiendo la suavidad de las sábanas sobre mi piel y el calor residual de una noche que parecía extraída de un sueño.

Sonreí como una tonta enamorada.

Todavía seguía desnuda bajo las sábanas, el vestido rojo había quedado olvidado en el suelo, y mi mente volvía a repasar los besos, las caricias, los roncos susurros de Luca en mi oído.

Era una locura, pero, por un instante, me había permitido soñar.

Quizás debería decírselo. Lo del bebé. Que esa nueva vida que crecía en mis entrañas, en cierto modo, ya le pertenecía a él más que a nadie.

A lo mejor dejaría que me quedara. Tal vez...

El chasquido del picaporte me bajó abruptamente de las nubes.

La puerta se abrió con firmeza, dejando ver a Leonardo. Mostraba un semblante serio, como siempre, pero durante un fugaz instante rehuyó mi mirada antes de decidirse a clavarla en mí.

—Vístase. Va a ser reubicada.

La sonrisa se me borró de inmediato.

—¿Reubicada? ¿Qué quieres decir? —Me cubrí el cuerpo con la sábana, sin comprender nada—. ¿Adónde?

—Ya no está segura aquí.

—¿Nos vamos a la mansión D'Amato? —pregunté, tratando de conservar la calma—. La madre de Luca está allí.

Ya sé que ella...

—No. —Me interrumpió de forma tajante—. A la mansión, no.

—Entonces... ¿adónde? ¿Por qué?

—Vístase. —repitió él, sin dignarse a dar explicaciones.

El corazón se me desbocó y noté cómo el pánico empezaba a apoderarse de mí; había algo que no encajaba en absoluto, y no presagiaba nada bueno.

¿Dónde se había metido Luca y por qué no era él mismo quien me lo comunicaba?

Leonardo mantuvo la vista al frente, escoltándome en un silencio sepulcral hasta el ascensor privado y, a continuación, a lo largo de los pasillos, hasta llegar al despacho de Luca.

Las puertas estaban abiertas de par en par.

Y allí se encontraba él.

Llevaba un traje oscuro y una corbata intachable; con el pelo engominado hacia atrás y la mirada fija en el montón de papeles que descansaban sobre el escritorio.

No levantó la vista. No me dirigió ningún saludo. Se limitó a pasar la página de un documento con toda la parsimonia del mundo, como si mi presencia fuera invisible para él.

—¿Luca?

Pronuncié su nombre a modo de súplica. No obtuve respuesta.

Di un paso vacilante al frente, con el corazón encogido. Tenía la absoluta certeza de que algo andaba muy mal.

Semejante grado de frialdad era inaudito en él. Al menos, no después de la noche anterior. No tras todo lo que habíamos compartido.

—¿Qué demonios está pasando? —insistí.

Él cerró la carpeta con un movimiento calculado y por fin levantó la vista. Tenía los ojos helados. Y se le notaba distante.

—Tenemos visitas. Y algunos asuntos de los que ocuparnos.

La puerta se abrió de nuevo a mis espaldas, haciendo que un escalofrío me recorriera la médula espinal.

La voz llegó antes. Esa voz que resonaba en mi memoria desde que tenía dieciséis años.

La misma voz que, en algún momento, me había hecho creer en el amor. En un porvenir. En promesas que acabarían por esfumarse en el viento.

—¿Mia?

El cuerpo se me quedó petrificado. Me giré muy despacio, con la sensación de que el tiempo avanzaba a cámara lenta. Y ahí lo vi.

Era Matteo Giordani.

Iba vestido de forma elegante, con el pelo castaño repeinado como era habitual en él, y aquellos ojos castaños y claros escrutándome con una mezcla de desconcierto y aires de posesión.

A su lado, la expresión de Don Silvano Giordani denotaba una satisfacción que me resultaba en extremo desagradable, con un puro apagado sosteniéndolo entre los dedos y esbozando una sonrisa rezumante de veneno.

—Me alegra comprobar que estás bien —dijo Matteo, dando un paso hacia mí.

Retrocedí.

Volví a mirar a Luca, y justo en ese instante tuve la sensación de que el suelo desaparecía bajo mis pies.



Capítulo 24

No había logrado conciliar el sueño.

La noche había transcurrido como un episodio difuso bañado en whisky, de elucubraciones sórdidas y atormentado por la culpa.

Las sábanas aún conservaban la fragancia del sexo; el testimonio palpable de lo que habíamos compartido.

Pese a ello, todas y cada una de las fibras de mi cuerpo me recordaban sin cesar que ella no me pertenecía.

Era la mujer de otro hombre. Llevaba en sus entrañas el hijo de otro.

Di otro sorbo rápido de la copa. Quería sentir algo, cualquier cosa que no fuera esta rabia que me devoraba las entrañas, pero no sirvió de nada.

El regusto amargo que dejaba el whisky era mucho más suave que el que se apoderó de mi boca al escuchar la confirmación de Leonardo, pronunciada con la frialdad propia de alguien que maneja cifras y sopesa riesgos: «Mia está esperando un hijo de Matteo Giordani».

Lo que más me consumía por dentro era el hecho de que me hubiera ocultado esa información.

Había dispuesto de infinidad de oportunidades para hablar de ello, yo le había dado carta blanca para que me relatara todos los detalles de su pasado, y sin embargo optó por guardarse el secreto.

Se me había entregado presa del mismo apetito voraz que me consumía a mí, mas optó por pasar por alto el dato más relevante de todos.

Había dejado que yo posara mis manos sobre ella sin mencionar que acarreaba en sus entrañas al maldito primogénito de mi aliado.

Sabía a la perfección quién era yo. Tenía pleno conocimiento de todo lo que eso conllevaba. Y, a pesar de ello, decidió mantenerse en silencio.

Quise autoconvencerme de que el hecho de decidir entregarla constituía el paso más lógico, sensato e imprescindible. Un simple y mero movimiento estratégico.

No obstante, no tenía absolutamente nada que ver con eso.

Representaba, simple y llanamente, una rendición en toda regla.

En el fondo, me constaba que si hubiera prolongado mi estancia a su lado en aquella suite, si me hubiera atrevido a clavar mis ojos en ella una noche más, habría terminado por borrar de mi memoria mis orígenes, todo aquello por lo que luchaba y la verdadera naturaleza de esa mujer.

La de Mia no era ni mucho menos una figura inocente. Resultaba ser una persona muy peligrosa.

Leonardo estaba en lo cierto.

—El consejo va a interrogarle acerca de sus planes con respecto a la joven.

Su identidad está al descubierto, ha sido testigo de acontecimientos que escapan a lo que debería haber presenciado, y a todo esto, ahora transporta el linaje de los Giordani.

No podemos permitirnos el lujo de que continúe hallándose bajo tu protección más directa, Luca.

—Me salvó la vida —repliqué, en un tono de voz mucho más tenue de lo necesario—. Me rescató sano y salvo de una emboscada.

—Semejante hazaña no la dota en modo alguno de lealtad. Tan solo pone de manifiesto que es útil.

Fue entonces cuando Silvano tomó la palabra.

—Por sus venas corre sangre de nuestro linaje, Luca. Será mi sobrino nieto. Portará el apellido de los Giordani.

Le criaremos en Florencia y dispondrá de todas las prerrogativas que legítimamente le corresponden. Mia estará bien atendida. Su figura quedará honrada.

¿Honrada?

¿Desde qué momento el hecho de dejar tirada en un burdel a una mujer en estado de buena esperanza, y luego presentarse a recuperarla como quien va a recoger un paquete extraviado, es sinónimo de brindar honra a alguien?

Matteo no se la merecía. No había contraído en ningún momento los méritos precisos para ello. Y aun con esas, fue el hombre por el que ella se decantó tiempo atrás.

Y de buen grado era presumible que su elección siguiera decantándose por él, llegados a este punto, ahora que la presentaban ante su presencia.

Aquel cretino al que se arrimaba a besar con la única finalidad de evadirse ante la ausencia del progenitor de la criatura que crecía en sus entrañas terminaría condenado al olvido de forma inexorable.

Mis mandíbulas se tensaron, férreamente encajadas. La cólera se transmutó en una alimaña voraz que me desgarraba desde lo más recóndito de mi ser. Y no lo hacía a causa del estado de embarazo.

Sino como fruto del sentimiento de haber sido ninguneado como a un necio. Por haber accedido a quedar atrapado en este embrollo.

«Se limitó a un simple calentón», me machacaba de manera repetida.

Hizo acto de presencia en la sala con la escolta de Leonardo y mis ojos la rehusaron impulsados por un puro resorte intuitivo. Me resultaba del todo insoportable hacerle frente.

Al menos no sin poner de manifiesto la hoguera que me devoraba por dentro bajo mi tez. Aquel pernicioso deseo. El sabor amargo de la traición.

Aquella certidumbre que se cernía, apuntando a que, aun a costa de entregarla, yo era quien salía desposeído.

Y en esto la puerta cedió de nuevo el paso.

Silvano abrió la comitiva. Matteo le seguía de cerca.

Advertí a las claras que su respiración se tornaba vacilante.

Mia adoptó una total crispación de forma instantánea, erigiéndose en un bloque infranqueable como si de una talla escultórica se tratara. El simple intercambio de visiones lo revelaba con absoluta claridad.

Mi propio estómago pegó una voltereta evidenciando aquello que más pavor me infligía.

Ambos compartían andadura y compenetración. Mientras yo no rebasaba los dominios de ser un majadero interpuesto.

—Mia —rompió el mutismo Matteo, impregnando el timbre vocal de mansedumbre, cual si de un cobarde consumado se tratara —. Un alivio enorme atestiguar que no padeces merma alguna.

Obtuvo el silencio de ella como único eco.

Se derrumbó como un fardo al perder cuerpo físico, emulando la sensación visual de un desprendimiento de espíritu antecediendo al golpe con el parqué.

—¡Mia! —di dos ágiles zancadas con la firme intención de sujetarla, mas el rápido de Matteo me aventajó asimilando las mañas de un ruin acechador resguardando su presa.

Su cuerpo hincó sus extremidades inferiores a plomo para albergarla de un abrazo denotando tamaño apego, haciéndome que crujiese a pura presión toda la hilera bucal.

Resultó que mis pisos experimentaban desprendimientos que imposibilitaban mis plantas.

La asunción de carga le atañía a un servidor. Sin ambages.

Hallé bloqueos perimetrales inhabilitando tacto siquiera a su efigie.

—Luca —esgrimió Leonardo un firme empuje limitante posado sobre pecho con talante distante y metódico.

—Desentiéndete de entorpecer el arrastre. Apunta al cariz ecuánime.

¿El cariz ecuánime?

Con contención aborté burla desbocada. Retuve instinto de prensarle diestras por dictámenes burdos.

Silvano recortó perímetro paulatinamente engalanado con toxicidad imperante, asidua en soberanos del tapete.

—Desde ahora la potestad dimana de él, *ragazzo*. —Orientó perilla a Matteo en instante previsor de alzamiento acucioso, dotado con atribulado semblante adueñándose falsos permisos inherentes.

—Permita la tutela de lo que a sus dominios le rigen.

Ansias desmedidas incitaban desdibujarle sus estriadas facciones mas irrupciones a trancas violentadas mitigaron el impulso.

—¿De qué coyuntura albergamos presencias? —Alessio.

Para variar. Adjudicado a tiempos desatinados. O certeramente crudos.

Barrido perimetral asestó como navajas trinchantes ubicando paradero en desvanecimiento de Mia bajo abrazo de Matteo denotando mutación facial notoria.

Propulsó mirada al semblante de Leonardo con inintimidable aplomo en respuesta del último.

—¿De qué atañe este resguardo en ajenos? —vociferó aminorando distancias.

—¿Hallaré clarividente en relatoría de estos sinsentidos?

—Desprovisto de deudas informativas, Alessio —enuncié rotundo y tajante mermando conatos de contienda.

—¿Mermas mi incisión interrogativa? ¡Cohabitaba nuestros recintos! ¡Supeditada a custodias vigentes!

—Traspasó mirada al rojo incandescente. —Luca, ¡deplorables acaecimientos avistan la escena!

—Exigí silencios imperativos. —Carecí de exclamaciones. Por redundantes. La enjundia vocal proferida abasteció el mandamiento.

Presencié decaimientos plasmados en dentaduras y puños mas acató dócilmente la restricción.

Silvano propició carraspeos mitigando discordias categorizables como triviales y menudas incidencias.

—Mancebos en ardoríos... —refunfuñó fingiendo amabilidad —. Halló mi beneplácito.

El arduo menester de renegar de apetencias incitantes. Sin embargo, Luca, te estimo avezado. Planificador meticuloso.

Y brindo por dicha compostura tuya.

—Rétame encomios vanos.

—Distamos de fútiles alabanzas. Atendemos deudas de respeto. Acunaste el Don avistado en quimeras. Incólume. Nocivo. Exponencialmente... cuerdo.

Transitó moroso en alcance de estantes y pertrechó copas provistas de destilados de mi peculio.

Dotado de pasividades de prójimo exento a permisos precursores de internadas en lindes de mi autoría.

—Anhelo que atestigües aval incondicional a la contienda Morello.

Acusé agarrotamientos musculares patentes.

—¿A tenor de qué especificidades rigen tus parloteos?

Silvano olfateó los efluvios de la cristalería antes de proceder:

—Ay, Luca. Desestimemos juegos amnésicos inoperantes. Las asunciones unánimes descartan decesos aleatorios referenciando al roñoso advenedizo.

—Chocó pupilas con las de mi rostro. —Y puesto yo en idéntica zanja, emularía tus mismos procederes tácticos.

La provisión de aires oxigenados decae inapelablemente para insidiosos destapados en patrañas.

Leonardo guardó compostura hermética aunque rehusos visuales enjuiciaban el azoramiento de su ánimo.

Alessio rizó el entrecejo renegando del cauce del dialogado si bien atesoraba sabiduría de guardar composturas amnésicas en el instante exacto.

—Apóyate en mis avales ante embestidas del concilio. Emitiré perjurios de defensiones genuinas.

Sentenciaré de amenaza organizacional la vejez defenestrada. Y a título de Don de Nueva Orleans obrarías para afianzar el equilibrio de la *famiglia*.

Engulló su espirituoso de un volcado veloz asimilando la jeta del demonio regodeado de complacencias luciferinas con tratos finiquitados.

—A trueque de compensaciones rogaré tutela y salvaguardia de la cría y el neonato para con el clan Giordani.

Nos cercioraremos de hacer las cosas bien para ellos. Al final y al cabo... —alisó su chaqueta de lino azul marino con elegancia— ...un Giordani no puede ser criado lejos de su propia sangre.

Tuve que morderme la lengua para no decir que aquel hijo nunca conocería el honor.

Mantuve el silencio.

Porque ahora, más que nunca, yo era rehén de decisiones tomadas en la oscuridad.

—Agradezco el apoyo, Silvano, pero no sé de qué estás hablando.

He abierto una investigación interna sobre la muerte de Morello.

—Que, en realidad, está relacionada con un intento de asesinato contra nuestro jefe —añadió Leonardo.

—Pero eso es aún más grave. ¿Quién podría conspirar en tu contra? —Silvano pareció genuinamente molesto por la información.

—No lo sé. Y por eso saqué a Mia del Maison. Era un lugar arriesgado para ella.

—Sí, lo dijiste —Silvano se pasó el dedo meñique por la ceja.

Era una costumbre habitual cuando estaba pensando o formulando cualquier información en esa vieja y sabia cabeza.

—Pero si dijiste que no sabías que era la mujer de Matteo, no entiendo por qué la sacaste de allí.

—Me salvó la vida. Fue una forma de agradecérselo.

—¿Y cómo fue eso exactamente?

—Tío. ¿Nos vamos? Tengo que llevar a Mia al médico de la *famiglia*.

Miré al infeliz, que aún tenía a Mia en brazos, y mantuve los puños apretados para no lanzarme sobre los dos y arrancársela de los brazos.

—¡Vámonos! Sí. Tenemos que cuidar de los nuestros. —Silvano me tendió la mano—. Hasta luego, *amico*.

—Hasta luego.

Le devolví el saludo y me di la vuelta, mirando la pared de cristal del despacho, ignorando por completo la imagen de Mia siendo llevada por otro hombre.

Algo que no olvidaría mientras viviera, pero si, en el fondo, Silvano cumplía la promesa de cuidar de Mia, sabía que tendría una buena vida y podría criar a su hijo bajo la protección de alguien que honraría su palabra.

—Hiciste lo correcto. —Escuché la aprobación de Leonardo en cuanto se cerró la puerta.

—Métete tu mierda de felicitaciones por donde te quepan. —Fui hacia la botella de whisky y me llené el vaso.

—Quiero el avance de las investigaciones. Necesito encontrar al hijo de puta que estaba infiltrado en el Maison.

Ella todavía corre ese peligro.

—¿Y entonces por qué carajo se la has entregado a Silvano?

—Me volví hacia Alessio, que aún tenía el semblante indignado.

—Porque era lo correcto. Está embarazada de Matteo.

—¡Puta mierda! —exclamó Alessio y se acercó a la botella de whisky—. Eso es muy malo.

Se puede ir de la lengua.

—Ella no va a hacer eso —afirmé, tajante.

—Si es sensata, será una buena invitada en la mansión Giordani y se quedará callada criando a su hijo.

—complementó Leonardo.

—Entonces... tú y ella... —Alessio vaciló, pero la pregunta quedó en el aire.

—No existe un nosotros, Alessio. Ahora vamos a lo que interesa y terminemos de acabar con las ratas de este jardín.

Página pasada. O al menos, eso es lo que me repetiría hasta creérmelo.

Mia Caruso



Capítulo 25

Me desperté dentro de un coche elegante y espacioso, con el tapizado demasiado suave como para combinar con el peso en mi pecho.

Tardé unos segundos en entender dónde estaba, o más bien, por qué no estaba donde esperaba estar.

Frente a mí, dos personas que creía que no volvería a ver en la vida estaban sentadas, con expresiones opuestas.

El más joven tenía el semblante afligido, como si intentara ocultar la incomodidad tras una preocupación forzada.

En cambio, Don Silvano me observaba como quien analiza a un enemigo oculto, con cautela y frialdad.

Su mirada penetraba más profundo de lo que me gustaría.

Me enderecé, sintiendo el vestido pegarse a mis curvas con la misma vergüenza que me quemaba por dentro.

Era el mismo que llevaba puesto cuando me dormí, esperando a Luca.

La misma prenda que fue testigo de mi mayor acto de entrega y, ahora, de mi rechazo más amargo.

Por más que intentara mantener la cabeza alta, el corazón me dolía como si me lo hubieran arrancado a la fuerza.

Luca me había entregado.

No había otra explicación.

Desviando la mirada, respiré hondo, intentando ignorar la punzada en el pecho. Tal vez él nunca sintió nada más allá del deseo.

Tal vez me había usado como válvula de escape para sus frustraciones. Tal vez yo solo fui un error.

Una despedida con sabor a comienzo.

«¿De verdad creíste que un hombre como Luca D'Amato renunciaría a todo por ti?», una voz cínica resonó en mi interior.

«Peor aún... ¿creíste que podrías formar parte de su vida llevando un hijo que no era suyo?».

—Qué bueno que despertaste, Mia. ¿Cómo te sientes?

La voz de Matteo me devolvió a la realidad. Estaba inclinado hacia mí, con la mano rozando levemente mi rodilla.

Retrocedí, como si su roce me quemara.

—Es extraño que preguntes cómo estoy si te pasaste un mes ignorando mi existencia —respondí, seca, pasándome las manos por los muslos para intentar controlar la incomodidad.

—Sabía dónde estabas. Segura y protegida, como te prometí.

—Tanto lo sabía que fui yo quien la encontró, en manos de Luca.

—La voz de Don Silvano cortó el aire como una cuchilla.

Se me revolvió el estómago.

—Eso me lleva a la primera pregunta, *signorina* Caruso. ¿Por qué Luca la mantuvo en su suite privada?

—Obvio. Él sabía de dónde venía. Sabía que yo estaba vinculada a la *famiglia* Giordano.

—Pero no sabía que llevaba mi sangre en el vientre.

Don Silvano parecía sopesar cada palabra con intención, como si quisiera herirme sin necesidad de alzar la voz.

—Para él, eso no supuso ninguna diferencia. No necesitó saber lo del embarazo para tenderme la mano.

—Me mordí la lengua para mantener la compostura—. Fue un gesto de... —dudé— ...reconocimiento por la lealtad entre las *famiglias*.

—Eso parece —murmuró Silvano, poco convencido.

—¿Él se aprovechó de ti, Mia? —se apresuró a preguntar Matteo, con aire de indignación—. ¿Intentó algo?

Casi me eché a reír.

—No seas necio —lo cortó Silvano con firmeza.

—Eso fue lo que tú hiciste cuando llevaste a una chica a la cama y le hiciste un hijo.

Y luego la escondiste como si fuera un problema.

Agradecí, en silencio, no tener que responder. Porque, si abría la boca, el discurso saldría como una tormenta.

Sobre la cobardía, el abandono, sobre cómo usó el título de la familia para silenciarme.

Pero no era el momento.

—Escuchad bien, los dos —Don Silvano asumió el control de la conversación.

—Dentro de poco, el compromiso se concretará. La reunión con la *famiglia* ya tiene fecha.

Seguiremos el plan original. ¿Entendido, Matteo?

—Sí, *zio*.

Fruncí el ceño, confundida.

—Disculpe, ¿de qué están hablando? No recuerdo que me hayan pedido matrimonio.

—Porque, de hecho, no ha sido así, carísima —respondió, con una sonrisa despectiva.

—Matteo se comprometerá con Carmina, la hija de Don Guillermo, de Boston. Y ella nunca sabrá del niño que llevas en tu vientre.

Se me heló la sangre.

—¿Y... qué va a pasar conmigo? ¿Con mi hijo?

—Tendrán el apoyo necesario. Y, obviamente, el niño tendrá un lugar de confianza en la *famiglia* cuando llegue el momento.

Quiero que lleve el apellido Giordani. Lo registraré yo mismo en cuanto nazca.

—¿Qué? —La respiración me falló—. De ninguna manera.

Mi hijo no será visto como un bastardo criado a la sombra de su padre. Es mío.

Y nadie me lo va a arrancar para construir una mentira de prestigio.

—Entonces, debiste haber mantenido las piernas cerradas —escupió Silvano, con desprecio.

Un denso silencio se formó en el coche.

—Tío... *per favore* —murmuró Matteo, claramente incómodo.

—No voy a abandonar a mi hijo. —Mi voz salió firme, sin dar lugar a dudas.

—Tampoco yo quiero eso, *ragazza*. —Don Silvano cruzó las piernas con calma.

—Te quedarás junto a tu familia y vivirás una vida decente, sin escándalos ni problemas.

En el futuro, cuando quieras casarte, personalmente te arreglaré un matrimonio ventajoso. No te preocupes por eso.

—No necesito que me busque un marido. —Respondí con frialdad.

—Tú y Matteo no pueden tener nada más. Por el bien de los negocios.

—No quiero nada con su sobrino. Puede estar seguro de ello. —Decreté, mirando directamente a Matteo.

Su semblante se contrajo, como si mi rechazo hubiera herido algo que él ni siquiera había tenido el valor de asumir en voz alta.

—Veo que nos entenderemos muy bien, Mia.

—¿Mis padres... qué se les ha dicho?

—Que estabas al servicio de la *famiglia* y que ahora regresas a casa. —respondió Don Silvano, impasible.

—Tu padre está al tanto de la situación y accedió a recibirte.

—Me lo imagino. —murmuré, con sarcasmo.

«Acceder» era un término demasiado fuerte. Mi padre probablemente había sido coaccionado, humillado por los que estaban en la cima de la jerarquía.

Y como siempre, sin elección, asintió con la cabeza ante la orden.

Mientras miraba la carretera por delante, comprendí lo que estaba pasando: estaba siendo reubicada dentro de mi propia vida.

De vuelta a mis orígenes. Con una reputación arruinada, un hijo en brazos y sin ningún derecho a reescribir mi historia.

El coche nos llevó hasta un pequeño aeropuerto privado. Un jet negro, con el escudo dorado de la *famiglia* Giordani, ya nos

esperaba en la pista.

Don Silvano embarcó primero, flanqueado por sus guardias de seguridad. En cuanto el avión despegó, se retiró a la habitación reservada para él en la parte trasera de la aeronave.

Me quedé a solas con Matteo.

El silencio entre nosotros era incómodo, pero pronto lo rompió, acercándose con una sonrisa sin gracia en los labios.

—El tío habla demasiado. —comentó, sentándose a mi lado—. No te preocupes por lo que dijo.

Cuando lleguemos a Nueva York, lo resolveré todo. Tú y el bebé vivirán conmigo en Boston.

—Estás bromeando. —solté una risa incrédula, sin siquiera mirarlo.

—No tengo ninguna intención de incumplir el trato que necesitaste que tu tío hiciera por ti.

Y, lo que es aún más importante, no hay un «nosotros», Matteo. Se acabó.

Él se movió rápido, inclinándose hacia mí y llevándome la mano al rostro.

—No hables así, solo estás asustada. Yo cuidaré de ti. ¡Eres mía! Siempre lo has sido.

Quise apartarme, pero me agarró la muñeca con fuerza e intentó besarme.

Su respiración caliente se mezcló con mi rabia.

—¡Suéltame!

Reuní toda la fuerza que tenía y lo empujé. La palma de mi mano restalló contra su cara en una bofetada seca.

Matteo retrocedió, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la indignación.

—¿Te acostaste con él, verdad? —escupió—. Con Don D'Amato. Por eso te comportas así.

¡Por eso ya no quieres saber nada de mí!

—Me acosté con un hombre de verdad —repliqué, sin miedo.

—Luca fue más hombre en una sola noche de lo que tú has sido en todos los años en que jugamos a tener una relación.

Su rostro se tiñó de rojo. Por orgullo herido o por saber que era verdad, no lo sé.

Pero fue la primera vez que vi a Matteo callado ante mí.

Volví el rostro hacia la ventanilla, rechazando cualquier otra mirada, cualquier otra palabra.

Y fue así, con el sabor amargo de la verdad en la boca, que dejé atrás no solo la ciudad donde todo se desmoronó, sino la esperanza de que, algún día, Matteo tuviera algo que ofrecer más allá de la desgracia en la que convirtió mi vida.



Capítulo 26

Tres meses.

Noventa días cazando sombras, silenciando voces, tachando nombres en una lista que parecía no tener fin.

Con cada pista, con cada rastro descubierto, me acercaba más a la verdad y al límite de mi propia paciencia.

La reunión del consejo de ancianos no fue una sugerencia. Fue una convocatoria.

Y yo nunca aparecía con las manos vacías.

Las puertas dobles del salón de la Villa di Famiglia se abrieron con estruendo.

Dos figuras tambaleantes y ensangrentadas fueron arrastradas por los guardias de seguridad y arrojadas al centro de la

mesa ovalada, como ofrendas depositadas a los pies de dioses antiguos.

Cada anciano observó los cuerpos con reacciones diversas: repulsión, sorpresa y rabia contenida. Solo uno de ellos permaneció absolutamente impasible.

Carlo Rinaldi.

Me detuve detrás de la silla principal, sin sentarme. Vestía de negro de pies a cabeza. El luto era simbólico.

Porque hoy, alguien iba a morir.

—Estos dos hombres —comencé, con voz grave llenando cada rincón del salón de piedra— trabajaban como guardias en el Maison, hasta hace tres meses.

Fui interrumpido por un leve murmullo. Algunos reconocían los rostros. Otros fingían no hacerlo.

—Estaban al servicio de una mafia rival, recopilando información sobre los movimientos del casino y, principalmente, sobre mí.

Los ojos del anciano más joven, sentado a mi izquierda, se abrieron de par en par.

—Tenían un contacto directo. Un hombre que facilitó su entrada en nuestro círculo y les proporcionó cobertura dentro del consejo.

Miré a cada uno de ellos. Mis ojos se detuvieron en Carlo. El viejo sostuvo mi mirada, con el ceño fruncido.

—¿Tiene algo que decir, Don Rinaldi? —indagué, acercándome con pasos controlados.

—Esto es un absurdo. —Su voz sonó firme, pero el sudor en su frente contaba otra historia.

—Llevo décadas sirviendo a esta *famiglia*.

—Precisamente por eso tuvo acceso a todo. Y vendió información. Traicionó el juramento.

Abrió las puertas a la muerte de Morello... aunque este recibió la muerte de la que era digno.

—Y puso en riesgo la vida de su propio jefe.

Gianni Ferrara tosió con fuerza. La tensión estallaba entre las sillas.

Alessio, apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, parecía a punto de explotar. Leonardo, a mi lado, se mantenía estático.

—No tienes pruebas.

—Confesaron. —Señalé los cuerpos a sus pies—. ¿Y sabe qué más?

Dejaron escapar su nombre antes de que yo le arrancara la lengua a uno de ellos.

Rinaldi palideció. Intentó levantarse, pero Leonardo ya estaba a su lado, presionando su hombro de vuelta a la silla.

—Luca… no tiene por qué ser así…

—Sí que tiene, Don Carlo. Porque fue usted quien me enseñó, años atrás, que un jefe que cierra los ojos ante la traición cava su propia tumba.

Silencio.

—Ayudó a mis enemigos. Creyó que me debilitaría desordenando la casa. Pero fíjese. Esto solo me hizo más fuerte.

—Saqué la pistola de la funda y la dejé sobre la mesa.

—Tú, al igual que tu padre, nunca debieron tener Nueva Orleans en sus manos.

—¿Y usted dice eso basándose exactamente en qué? —cuestioné, como si las palabras de un traidor a punto de morir tuvieran relevancia.

—Todos saben lo que hizo tu padre para asumir el mando cuando tú ni siquiera habías nacido.

—¡Blasfemia! —Decretó Alessio al apartarse de la pared y acercarse—. El antiguo Don honró el código.

—Excepto cuando robó a la mujer de otro.

Miré fijamente al hombre y luego desvié la mirada hacia los demás miembros, que bajaron la cabeza rehuyendo mi escrutinio.

—Ya que empezó, Carlo, termine. ¿Qué ocurrió? —Ocupé el lugar que me correspondía por derecho, justo frente al hijo de puta.

—En un principio, tu *mamma* no se iba a casar con tu *papà*.

Fue prometida a los dieciséis años al hijo de otra *famiglia*, pero el antiguo Don D'Amato fue lo suficientemente listo para asegurarse de que quedara atada a él para siempre.

—¿La dejó embarazada de mí?

—Sí.

—Yo diría que fue astuto, lo que no le quita su derecho a la silla.

Era el padre del futuro heredero, yo.

—Pero eso estropeó muchos negocios y la vida de otros. Desestabilizó acuerdos, convirtió a amigos en rivales y creó numerosos enemigos.

La gente no olvida algo así, Don D'Amato.

—Solo debieron ser más listos y entender que no me quitarían lo que es mío.

Dos disparos. Rápidos. Limpios. Precisos.

Rinaldi cayó hacia atrás, muerto, sin tiempo para gritar o suplicar.

Un hilo de sangre se escurrió por la madera oscura de la mesa, contrastando con el silencio absoluto que siguió.

Los ancianos presentes no osaron levantar la voz. Ningún suspiro. Ninguna objeción.

Saqué el pañuelo del bolsillo y limpié el cañón del arma con la calma de quien se lava las manos tras una cena formal.

—¿Alguien más quiere quitarme del camino? —pregunté, dejando la frase flotar como una sentencia.

Ninguna respuesta. Ni un carraspeo.

—Perfecto. —Guardé el arma bajo el palé y me di la vuelta con calma—. Porque los tiempos han cambiado.

Y yo no me doblego ante alianzas antiguas cuando apestan a traición.

Le di la espalda al cuerpo tendido, ajustándome la chaqueta, y caminé hacia la salida con pasos firmes.

Leonardo me siguió de cerca, ya en el pasillo.

—La reunión con los aliados será en Nueva York, tal como anunció Giordani.

Quiere que estés allí un día antes para discutir los últimos acontecimientos.

—Me imaginé que querría. —Respiré hondo—. Antes de eso, necesito hablar con mi madre.

—Luca... no creo que las palabras de un viejo moribundo valgan la pena.

Sabes que Carlo solo intentaba provocarte.

—Tal vez. Pero nunca supe de ninguna promesa de matrimonio.

Necesito descubrir hasta qué punto tengo algún rival por una trampa tan antigua.

—Y el motivo para actuar ahora —Alessio se unió a nosotros, con expresión aún tensa.

—Eso es lo que vamos a descubrir.

Subí a la habitación de mi madre tras la reunión.

Mis pasos, pesados, cargaban con las preguntas que resonaban sin cesar desde que Rinaldi había abierto la boca.

Llamé suavemente a la puerta entreabierta y entré.

—¿*Mamma*?

Ella estaba sentada en el sillón cerca de la ventana, con el cabello recogido en un moño flojo y una bata negra cubriéndole el cuerpo.

Su mirada distante recorrió el horizonte hasta posarse en mí.

Una leve sonrisa curvó sus labios, pero se desvaneció en cuanto me acerqué.

—Hoy atrapé a un traidor. —comencé, hundiendo los hombros al sentarme frente a ella.

—Uno de los ancianos. Estaba pasando información a una mafia rival.

Dijo que yo no debería haber heredado el mando, que *papà* no era digno, que te robó a otro hombre.

Se mantuvo en silencio unos segundos. Después, apartó la mirada.

—Carlo Rinaldi escupió esas palabras antes de morir. Y eso me hizo pensar: ¿cuánto tiempo lleva habiendo gente dentro de nuestra casa deseando nuestra caída?

Soltó un suspiro corto. Sus dedos apretaron con más fuerza el brazo de la butaca.

—Cuando conocí a Marcello, ningún otro hombre existió para mí.

—Su voz sonó firme, como si hubiera esperado años para hacer esa afirmación.

—Tu padre era fuerte, valiente… y hacía que mi mundo pareciera seguro incluso en tiempos de guerra.

—¿Pero había otro pretendiente? —insistí—. ¿Alguien a quien tu padre te había prometido?

—No importaba lo que quisiera *papà*. Ni alianzas, ni promesas. Yo ya había elegido.

—Levantó la barbilla con orgullo—. Giuliano era el hombre que yo quería.

Y luché por él hasta el final.

—¿Entonces conocías al otro pretendiente?

Ella se tensó. Sus ojos, que antes parecían dulces, se oscurecieron.

—No hablemos de eso. —murmuró, casi como una advertencia—. Ya ha pasado demasiado tiempo…

—¿Pero quién era él, *mamma*? —Me incliné hacia delante—. ¿Por qué no puedo saberlo?

Empezó a respirar con dificultad, le temblaban las manos. Murmuraba cosas inconexas, los ojos llenos de lágrimas y rabia a la vez.

—Mintieron... lo cambiaron todo... él… aquel desgraciado debió… —se interrumpió y entonces gritó—. ¡No! ¡Él no!

¡Yo no quería!

Corrí hacia ella.

—¡*Mamma*! ¡Mírame! —intenté contenerla, pero se debatía como si luchara contra fantasmas invisibles—. ¡Enfermera!

La profesional entró corriendo y rápidamente le administró el sedante, mientras yo permanecía arrodillado junto a la cama, observando cómo mi madre se apagaba ante mis ojos.

—Me quitaron a tu *papà*... y ahora quieren quitarte a ti también... —Murmuró una última frase antes de dormirse por completo.

Salí de la habitación y bajé directo a la cocina, donde la *nonna* Maria organizaba la despensa con la precisión de siempre.

Su delantal blanco estaba impecable, e incluso a su edad, aún lo dirigía todo con autoridad.

—Don Luca. —Ella hizo un leve asentimiento de cabeza—. ¿Querrá cenar?

—Necesito que me diga una cosa, *nonna*. —dije, sin rodeos.

—¿Cuando mi madre era joven fue prometida a otro hombre?

Dejó de contar los víveres y cerró la puerta del estante.

—No era un tema que se comentara abiertamente. Pero sí, su abuelo tenía planes de alianza con otra familia.

—¿Sabe con qué familia?

—No sabría decirle con certeza, pero… —vaciló— en aquella época, los Giordani frecuentaban mucho esta casa.

Era inusual. Venían para algo más que simples reuniones de aliados.

Se me revolvió el estómago.

—¿Alguno de ellos mostraba demasiado interés en ella?

—Uno de ellos sí. El mayor, Silvano, siempre se mantenía cerca.

Pero cuando su madre empezó a verse con Marcello él desapareció por un tiempo. Regresó distinto. Más frío.

Salí de la cocina con la mirada perdida en el vacío. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar, una a una.

Un rencor antiguo...

¿Y si Giordano era el hombre que conspiraba contra mi padre y, ahora, contra mí?

¿Cuántos años de veneno destiló por las sombras de la organización mientras fingía lealtad?

Pero lo que me corroía por dentro era aún peor: ¿acaso había puesto a la mujer que no salía de mis pensamientos en manos de alguien capaz de usarla en mi contra si descubría lo mucho que realmente me importaba?

Mia Caruso



Capítulo 27

Después de orinar por décima vez en el día, fui a la parte de atrás a buscar una caja de zumos para reponer el estante de la entrada.

La zona lumbar me pedía a gritos un descanso, pero no podía darme el lujo de parar.

No cuando necesitaba asegurarme de que mi padre no encontraría un motivo para acusarme de ser una inútil.

Cargar peso con una barriga de cinco meses no era lo ideal, pero, ¿sinceramente? Nada en esa casa lo era.

La caja pesaba más de lo que me gustaría admitir.

Me la apoyé en la cadera y fui tambaleándome por el estrecho pasillo de la tienda de comestibles hasta llegar al mostrador.

El sudor me bajaba por la nuca, y a duras penas tenía fuerzas para respirar. Lo único que quería era sentarme.

Solo un minuto. Uno solo.

—Si vas a fingir que trabajas, mejor quítate de en medio.

—La voz cortante de mi padre me golpeó antes de que pudiera descansar un solo segundo.

Respiré hondo, tragué el llanto que me ardía en la garganta y acomodé la caja en el suelo, intentando ignorar la punzada que me recorrió la espalda.

—Ya estoy reponiendo los zumos. Solo me detuve a regular mi respiración.

—Eso es una excusa de quien quiere llamar la atención. Las mujeres embarazadas siempre encuentran la forma de hacerse las víctimas.

No respondí. Nunca respondía. Siempre estaba esperando una reacción para justificar un nuevo ataque.

Aprendí a callarme, incluso cuando todo dentro de mí gritaba.

La dependienta, que doblaba paños de cocina junto a la caja, me lanzó una mirada.

Era su intento habitual de suavizar las pullas de mi padre, pero nunca funcionaba de verdad.

En el fondo, sabía que ese era el precio a pagar por un embarazo fuera del matrimonio, por el silencio de la familia Giordano y por el escándalo en el que se había convertido mi nombre en el barrio.

—Está de cinco meses, *signore* Paulo. No hace falta sacrificarla de esta forma… —murmuró ella, manipulando los paños como si fueran más importantes que su comentario.

—¿Y usted va a mantenerla cuando deje de fingir que es útil?

—¡No estoy fingiendo! —estallé, incapaz de contenerme—. Hago todo lo que me ordenas.

Trabajo aquí desde antes de saber de mi embarazo y lo sigo haciendo, incluso con dolor, incluso con náuseas.

¿Qué más quieren de mí?

Se volvió lentamente, sus ojos fríos me fulminaron.

—Que desaparezcas.

Las palabras las dijo con calma, y eso dolió más que si hubiera gritado.

Me di la vuelta, sintiendo el ardor de las lágrimas al borde de los ojos. No lloraría allí, no frente a él.

La humillación sufrida a diario ya era suficiente como para añadir el dolor que me provocaba.

Volví a la trastienda y me apoyé en la pared húmeda, sujetando mi barriga como si pudiera proteger a mi hijo no solo del mundo exterior, sino del desprecio que nos rodeaba incluso allí dentro.

Cinco meses de gestación. Y la única certeza que tenía era que mi bebé no crecería en un hogar con amor.

Porque ya ni yo sabía lo que eso significaba.

Lo único bueno de todo aquel infierno que estaba afrontando era que la grosería de mi padre lograba mantener a Matteo alejado.

Después de haberme dejado aquí, la noche que regresamos de Nueva Orleans, él intentó contactar conmigo dos veces y mi padre lo echó.

La amenaza de contarle a Don Silvano que él estaba importunando a su hija fue motivo suficiente para que el muy cobarde se alejara definitivamente.

Nuestro contacto con los Giordani se limitaba a que, una vez al mes, la secretaria del jefe de la mafia se comunicara para saber sobre la evolución del embarazo.

Todavía no sabía cómo sería todo cuando naciera mi *bambino*, pero algo me decía que necesitaba huir antes de que eso ocurriera y

que mi tiempo se estaba agotando.

Era una cuenta regresiva silenciosa, un reloj invisible martilleando en mi cabeza a diario.

La barriga crecía, las miradas aumentaban, y con ellas, el miedo.

Ellos vendrían. Tarde o temprano, los Giordani aparecerían.

Y cuando eso sucediera, nadie allí alzaría la voz por mí.

Ni mi padre, que solo se mantenía rígido y ofensivo por puro orgullo.

Mi hijo tenía un apellido que no podía llevar con dignidad.

Una sangre que podía condenarlo a vivir como moneda de cambio, exactamente igual que yo.

Me toqué el vientre con las manos temblorosas, intentando transmitirle una seguridad que yo misma no tenía.

¿Cómo iba a proteger a alguien si ni siquiera podía protegerme a mí misma?

A veces, soñaba con la noche en que Luca me sacó de aquel infierno por primera vez.

Yo aún no sabía qué haría de verdad, y aun así me sentí segura.

Había algo en sus brazos, en su manera de mirarme y de tratarme, que parecía real.

Ahora, parecía otra vida.

Una vida que él mismo me quitó cuando decidió entregarme.

Intento no pensar en él, pero su nombre todavía resuena en mí como una herida sin cicatrizar.

Y tal vez nunca lo haga.

El bebé se movió, un leve empujón contra mi mano. Esbocé una débil sonrisa, tragándome las lágrimas. Mi niño.

Sabía que era un niño. No necesitaba ninguna ecografía para eso.

Sentía como si ya hablara conmigo en silencio, como si su alma estuviera entrelazada a la mía desde el principio.

—Vas a estar bien, mi *bambino* —susurré—. Tu mami va a encontrar una solución. Antes de que vengan.

Antes de que intenten apartarte de mí.

Mis ojos escudriñaron la pequeña sala de la trastienda como si buscaran una vía de escape.

Alguna salida que no implicara depender de nadie, que no estuviera vinculada a nombres peligrosos ni a juramentos de sangre.

Una oportunidad. Solo necesitaba una oportunidad. Antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando regresé a la tienda, mi padre ya había salido y por la forma en que la dependienta me miró de soslayo antes de retirarse, supe que había sido reprendida.

Me prometí a mí misma que no traería aún más problemas de los que ya había causado.

—Disculpe… busco zumo de melocotón.

Su voz grave y ronca, inconfundible, atravesó la tienda como un susurro de una vida que yo había enterrado.

Me volví despacio, con los dedos aún aferrados a la caja que cargaba, y encontré los ojos que jamás había conseguido olvidar.

Luca D'Amato estaba allí de pie, en el pasillo de los enlatados, vistiendo un traje oscuro y con una mirada que me desnudó con una mezcla de añoranza, culpa y algo más que me consumió por dentro.

El tiempo se detuvo. Y con él, mi respiración.

—Pensé que eras más de vinos caros —espeté, incapaz de evitar el desdén que se filtraba a través de mi ironía.

Dio un paso en mi dirección, clavando la mirada en la curva redondeada de mi barriga.

—He cambiado de gustos —respondió con una media sonrisa amarga.

Desvié la mirada y el corazón se me desbocó. Debería gritarle, echarlo de allí, abofetearle por todo lo que me había hecho.

Pero las piernas no me respondían. Y me quedé muda.

—¿Qué hace usted aquí, Don D'Amato?

—Necesitaba verte. Saber si estabas bien.

—Demasiado tarde para eso, ¿no le parece?

—Quizás. Pero no he venido a debatir sobre el pasado. —Silencio.

—Hay un antiguo almacén cerca del puerto, el número 17. Hoy mismo, a las once de la noche.

Ve si quieres saber del futuro. Y ni se te ocurra mencionar este encuentro a nadie.

Dejó una tarjeta en el estante y se alejó antes de que yo pudiera responder.

Solo cuando la puerta de la tienda se cerró a sus espaldas me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Miré la tarjeta sobre las latas, con los dedos temblorosos y la mente a mil por hora.

Tras el impacto de volver a ver, allí mismo, en la tienda de mis padres, al hombre más impresionante que jamás había conocido y que, incluso tres meses después, seguía siendo tan absurdamente guapo como yo recordaba, me vi invadida por un torbellino de pensamientos.

Sin provocaciones. Sin su encanto barato. Sin ir acompañado de sus perros guardianes.

Él no había aparecido por casualidad.

Quizá esa fuera la oportunidad que le había suplicado a Dios durante tantas noches, la oportunidad de escapar.

De proteger a mi hijo. De dejarlo todo atrás sin el peso de los Giordani persiguiéndome a cada paso.

Observé la tarjeta como quien se enfrenta a una elección de vida o muerte.

Porque era exactamente eso lo que estaba en juego.



Capítulo 28

Había cambiado mi traje tradicional por ropa informal y discreta.

Unos vaqueros oscuros, camisa negra y una chaqueta de cuero sin ninguna marca.

Pedí un coche con matrícula falsa y saldría por el sistema de lavandería del hotel, lo que significaba que, para cualquier rastreador, yo estaría encerrado en el ático, acompañado de dos prostitutas y debidamente entretenido.

Mis hombres se mostraron satisfechos cuando les autoricé a disfrutar de la «fiestecita».

Uno de ellos asumiría el papel de Don D'Amato a la perfección: misma complexión física, rostro parcialmente cubierto y

un tatuaje falso en el hombro que convencería a cualquier idiota de la seguridad de Giordano.

Todo estaba planeado para que Don Silvano recibiera el informe que esperaba: Luca D'Amato siguió las órdenes, permaneció donde debía, se mostró sociable y agradecido por la hospitalidad.

El aliado perfecto.

Pero yo no era eso.

Cuando llegué a la cena en casa de Don Silvano, estaba listo para confrontarlo.

Tenía en mis manos el nombre de Carlo Rinaldi, muerto de dos tiros limpios por conspirar con enemigos, y un pasado distorsionado por la traición que olía a un viejo resentimiento.

Giordano bien podría ser el hombre que pasó años saboteando a mi padre y que, ahora, quería sentarse conmigo a la mesa.

Y si no desaté el infierno esa misma noche fue porque me interceptaron antes; Matteo Giordano, más borracho que una cuba y con la cara roja de una rabia mal disimulada, me arrastró prácticamente hasta un despacho.

—¿Qué has hecho con ella? —escupió, apuntándome con el dedo a la cara.

Incliné la cabeza levemente, sin inmutarme.

—Especifique. Son tantas mujeres que a veces pierdo la cuenta.

—¡No te hagas el idiota! ¡Mia! ¡Ella estaba bien! ¡Tranquilita! ¡Hasta que apareciste tú para confundirle la cabeza!

—¿Confundir? —Di un paso al frente—. ¿De verdad crees que tienes derecho a hablar de confusión?

¿Después de abandonarla embarazada y esconderla en un burdel?

—¡Yo lo iba a solucionar! —bramó Matteo, su voz adquiriendo un tono agudo de desesperación.

—¡Pero entonces apareció en tu radar y ahora me mira como si yo no fuera nada!

—Porque no eres nada —respondí, firme—. Y si crees que algún día tuviste algún tipo de posesión sobre Mia, eres más estúpido de lo que aparentas.

Matteo avanzó un paso, con la mirada ebria y los puños apretados, pero no tuvo el valor de tocarme.

—Voy a recuperar lo que es mío.

—Puedes intentarlo. Pero te daré una advertencia, *ragazzo*... —me acerqué hasta casi rozar nuestras narices—, si le pones una mano encima sin su permiso, perderás mucho más que tu reputación de mierda.

Te enterraré en una tumba tan profunda que ni tu tío, con todos sus recursos, será capaz de encontrarte.

Salí de la habitación antes de que me hirviera la sangre y pusiera fin al problema allí mismo.

Decidí cambiar de táctica y dejé a Giordano a sus anchas para que hablara y pensara lo que quisiera sobre las resoluciones en Nova Orleans.

Si de verdad era un enemigo oculto, necesitaba aprender a verle con ojos más afilados, estudiar sus acciones no por lo que mostraba, sino por todo lo que escondía.

Y sabía que tenía que sacar a Mia del dominio de los Giordani.

Cogí el móvil y abrí la carpeta con las actualizaciones mensuales del embarazo, aquellas que Leonardo exigió que enviara un informante en Nueva York.

Había una frialdad clínica en las palabras, como si se tratara del informe médico de una desconocida.

«Gestación dentro de lo esperado. Cinco meses. Exámenes al día. Latidos regulares».

Ninguna mención a Mia.

Ni una palabra sobre cómo se sentía. Sobre si comía bien o si dormía. Si sentía miedo.

Si lloraba cuando nadie la veía.

Cerré el archivo con los dientes apretados. Aquello no era suficiente.

No después de haberla visto en aquella tienda, con los ojos cansados y el cuerpo más frágil.

Parecía más pequeña, diferente, pero seguía siendo Mia. La mujer que me desafiaba con la mirada, que me volvía loco con el olor de su piel, que me desarmaba con su afilada lengua.

Estaba allí, frente a mí, embarazada y soportando sola el peso de un error que no fue únicamente suyo.

Y yo la había abandonado.

La imagen de ella sosteniendo el peso de su vientre con una mano, la forma en que evitaba mi mirada y la tensión en su mandíbula al verme, me destruyeron.

Era como si cada vínculo que nos unía estuviera envuelto en espinas, y bajo todo ese dolor persistía la certeza de que ella seguía siendo mi responsabilidad.

Podría estar en peligro si yo decidía actuar contra Silvano.

Era pronto para preverlo, pero todavía no había encontrado a aquel maldito infiltrado.

Y si él llegaba a ella, a los dos, antes que yo, no sé si quedaría algo bueno en mi interior.

Por eso llamé a Alessio y le pedí la dirección. Ignoré cualquier advertencia, cualquier protocolo.

Cambié de coche, dejé atrás el teatro montado con prostitutas y el comportamiento diplomático, y fui a buscarla.

Solo.

***

El almacén estaba apartado. Una construcción antigua, abandonada a los ojos comunes. Las luces de la fachada parpadeaban de forma irregular.

Aparqué a pocos metros, apagué el motor y bajé sin prisa.

El aire de la noche era pesado, pero aun así respiré hondo, intentando calmar mi pecho.

Al empujar la puerta lateral, el chirrido del metal resonó en el espacio vacío.

El ambiente estaba a oscuras, salvo por la única lámpara colgada en el centro que la iluminaba a ella.

Mia.

Con el pelo suelto cayendo sobre los hombros y una blusa ancha que ya no lograba ocultar la curva prominente de su vientre.

Los ojos atentos, desconfiados, y los brazos cruzados. Como si quisiera protegerse de mí.

Se me encogió el corazón. Tal vez de arrepentimiento. Tal vez de deseo.

O de ambas cosas.

Me quedé allí, inmóvil, absorbiendo la imagen. Grabando mentalmente cada línea de su cuerpo; la nostalgia aumentando el deseo que siempre había sentido por aquella *ragazza*.

—¿Has venido solo? —preguntó ella, con voz firme a pesar de la tensión visible.

—Sabes que sí.

El silencio cayó entre nosotros, lleno de resentimiento, de historia y de todo lo que quedó por decir.

—*Va bene*. Dijiste que era un encuentro para mirar al futuro. ¿Qué tienes en mente?

—Directa al grano. —Di un paso adelante, con una sonrisa asomando por mis labios sin poder controlarlo.

—Quiero llevarte de vuelta a Nova Orleans.

—¿Es una broma? —Se rio, de un modo que casi me hizo flaquear—. Yo estaba allí.

Me quedé contigo. Y me devolvieron sin previo aviso.

—Era lo correcto en aquel momento. Silvano me buscó y exigió que la madre de su sobrino nieto fuera asistida por la *famiglia* de Nueva York.

Sabías que yo no podía negarme.

—¡Pero podías habérmelo dicho, joder! —gritó.

El sonido de su voz resonó contra las paredes húmedas y sucias del lugar y reverberó en mi pecho con la vergüenza y el arrepentimiento que me acompañaban desde entonces.

—Tú lo sabías. Desde que volviste a la habitación, te quedaste mirándome y dejaste que te montara, y... —Su voz se quebró; tuve que apretar los puños para no ir hacia ella y abrazarla.

—Sabías que estaba embarazada. Sabías de quién era.

Te acostaste conmigo, dijiste que era tuya, y me despachaste de la misma manera que lo hizo Matteo cuando se enteró del embarazo.

Como si fuera un trapo viejo.

—No soy igual que ese cobarde —apreté los dientes, irritado.

—Hice lo que en mi posición era lo correcto. Él dijo que cuidaría de ti, que tendrías respaldo.

Además, todavía no he encontrado al maldito infiltrado que viste.

—Si crees que eso fue motivo suficiente para hacer lo que hiciste, es tu problema.

—¡Ya lo entiendo! Estás furiosa conmigo. Puedo lidiar con eso.

No tienes que preocuparte por la ropa ni nada por el estilo. Tendrás todo nuevo en Nova Orleans.

—¿Quién ha dicho que vaya a ir? —Se cruzó de brazos, en un gesto de rebeldía.

—Si todo estuviera bien en tu vida, Mia, estoy seguro de que me habrías mandado al infierno en cuanto pisé esa tienda.

Además, tu padre no parecía cuidarte demasiado, dejando que cargaras con esa caja tan pesada.

—Descruzó los brazos y me miró espantada—. Giordano rompió la promesa que me hizo.

No está cuidando de ti como debería. Y ni hablemos del mierda de su sobrino, que aún te importuna cada vez que tiene la oportunidad.

—¿Cómo sabes...? —Su confusión dio paso a la ira—. ¿Has mandado que me vigilen?

—Sus pasos acortaron nuestra distancia y pude ver con detalle su rostro, iluminado por la luz inestable que había sobre nosotros.

Los ojos inyectados de rabia e indignación, las mejillas ligeramente ruborizadas y la boca carnosa apretada, con líneas marcadas a su alrededor.

—No hizo falta. Vi todo en unos pocos segundos desde cerca.

—Di un paso más; era peligroso estar tan cerca y no tocarla, pero descubrí que, tratándose de Mia Caruso, yo era un idiota inconsecuente.

—En Nova Orleans las cosas serán mucho mejores que aquí. Lo sabes.

—¿Vas a mantenerme encerrada en una suite privada del casino?

—No. No lo haré —respondí con hastío—. Solo quiero que tú y tu hijo tengan una vida tranquila y digna.

—Soy una mujer con la reputación arruinada, Luca. No hay forma de volverme digna.

—Pero puedo hacerte mía, una vez más.

Cerré el espacio entre nosotros rodeando su cintura con el brazo.

Su cuerpo estaba diferente, más lleno, redondeado por delante, como si la vida que crecía en su interior hubiera rediseñado incluso la forma en la que encajaba conmigo.

Y, de algún modo, eso lo hizo todo aún más perfecto que en mis recuerdos.

Entonces, la besé.

Y mandé al infierno todo lo que yo era, todo lo que representaba, solo para sentir, por un instante, que ella todavía era mía.

Mia Caruso



Capítulo 29

Nostalgia no era la palabra adecuada para definir lo que sentí al probar, una vez más, los labios más adictivos que jamás había besado.

Era un sabor denso, ardiente, que enloquecía y calmaba en la misma medida, como sumergirse en un pozo demasiado oscuro para distinguir el bien del mal.

Besarle era un peligro disfrazado de refugio. Sabía a hogar, a cobijo... a un lugar seguro.

Lo cual, para alguien como yo, resultaba devastador. Porque jamás sería su mujer. Como mucho, una amante. Una deuda.

Un nombre más entre tantos a los que él protegería por honor, pero nunca por ocupar un espacio real en su corazón de hierro.

Aquello debería haber sido solo un impulso. Una fracción más de error en el caos en el que se había convertido mi vida desde el día en que pisé Nova Orleans.

Pero cuando Luca deslizó su mano por mi espalda y me atrajo contra su pecho, con su respiración cálida y ese aroma amaderado que siempre me entorpecía los sentidos, comprendí lo que me negaba a admitir:

Ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Me levantó por los muslos con una facilidad casi primitiva, haciendo que el vestido se me enrollara en la cintura.

Las estanterías polvorientas, la luz temblorosa de la bombilla en lo alto... todo desapareció.

Lo único que existía era Luca D'Amato, devorándome con la mirada antes de arrodillarse como un pecador rendido ante su propio deseo.

Me arrancó las bragas con impaciencia. Sus dedos me alcanzaron en el punto más sensible, trazando un recorrido indecente sobre la zona que latía de puro deseo.

Cuando su boca encontró mi centro, un gemido me desgarró la garganta.

—*Dio*, Mia... —susurró contra mí—. Me deseas tanto como yo te deseo a ti.

—Yo... —jadeé— ...desde hace ya un tiempo...

Me levantó en brazos y me depositó sobre la vieja mesa de al lado.

Llevaba los pantalones desabrochados, y su miembro me rozaba con una promesa de perdición.

Cuando me penetró de un solo embate, me robó el aire de los pulmones. Fue un acto rudo. Intenso. Desesperado.

Cada embestida parecía una confesión. Cada suspiro, una promesa muda que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar en voz alta.

Mi cuerpo se amoldaba al suyo con una facilidad casi cruel.

Y cuando me corrí, grité el nombre que tanto había odiado extrañar.

Él me acompañó, soltando un gruñido contra mi piel, hundiendo el rostro en mi cuello, como si estuviera en busca de redención.

Durante unos minutos, nos quedamos en silencio. Tan solo nuestras respiraciones, lentas e irregulares, llenaban el espacio.

El mundo exterior seguía su curso, ajeno a lo que acababa de suceder.

—¿Esto cambia algo? —preguntó él en voz baja, sin el valor suficiente para mirarme a la cara.

—No —respondí sin titubear.

Quise creer en mis propias palabras, pero me resultaba difícil obviar la sensación de pertenencia que experimentaba.

Solo que yo ya no era la misma chica de antaño, y había un hijo gestándose en mi interior que dependía de mis decisiones.

—Si decido irme contigo... —empecé a decir, apartándome un poco y ajustándome el vestido— ...será bajo una condición.

—Él enarcó una ceja—. No soy tu prisionera, Luca.

No soy moneda de cambio entre familias, ni alguien a quien puedas mantener oculta en una habitación. Quiero gozar de autonomía. De libertad.

El derecho de vivir mi vida sin que terceras personas tomen decisiones por mí.

Inspiró profundamente, cerrando los ojos por un instante. La rigidez de sus hombros era un fiel reflejo de su lucha interna.

—Necesito mantenerte a salvo. Por el momento.

—Si es por el topo, eso ya es agua pasada, Luca. Llevo tres meses aquí y no he tenido el más mínimo percance.

—Esta historia tiene mucha más enjundia, Mia. Corres riesgos y...

—Espera... —alcé la mano, interrumpiéndole—. ¿De qué estás hablando, exactamente?

—Giordano no se tomará nada bien tu partida. Lo sabes de sobra. Estás embarazada de...

Me percaté de cómo su mandíbula se tensaba.

—De Matteo —concluí por él, con aplomo—. Él es el padre biológico, pero no representa absolutamente nada más.

Será mejor que lo vayas comprendiendo de una vez por todas.

—Ese infeliz no me inquieta en absoluto.

—¿Ah, no? ¿Y entonces, qué es lo que te pone en ese estado de nervios?

—Que aún permanezcamos en Nueva York. —Bufó, apartando la mirada—. Debemos marcharnos con la mayor brevedad posible.

—Tengo la sensación de que me estás ocultando información.

—No tienes por qué estar al corriente de todo, Mia.

—Ya me parece a mí...

—Ven. Vámonos a casa.

—A tu casa. Pero que te quede claro que no pienso residir allí de por vida.

Si ese es el caso... prefiero esfumarme del mapa y criar a mi hijo bien lejos de estos lares.

Su silencio resultó más demoledor que cualquier réplica y, finalmente, asintió.

—*Va bene*. Vas a disfrutar de tu libertad, pero de momento, acompáñame. *Per favore*.

Y ese «por favor» hizo más mella en mí de lo que hubiera deseado confesar.

***

La mansión de los D'Amato se antojaba todavía más inmensa después del transcurso de tres meses.

La verja se abrió de par en par como la primera vez, solemne, y el coche ascendió por el camino flanqueado de árboles hasta detenerse ante la puerta principal.

Al apearme, Luca me ofreció su mano. La acepté, aunque albergando ciertas reticencias.

—*Benvenuta di nuovo*, Mia —pronunció al franquear la puerta de entrada y guiarme a lo largo del recibidor.

El repiqueteo de las pisadas retumbando en el pavimento de mármol anunció nuestra llegada a la sala principal.

La efigie de Leonardo irrumpió en primer lugar, con semblante hosco y los brazos cruzados.

—¿Qué pinta ella aquí? —espetó, sin ambages.

Un intenso rubor me asaltó las mejillas, pero Luca no titubeó ni por asomo.

—Ella viene en mi compañía —contestó con rotundidad—. Y permanecerá el tiempo que yo estime oportuno.

—¿Giordano está al tanto de la situación? —Su silencio se prolongó lo indispensable para captar la contestación—. ¡*Caspita*! ¡Luca!

Esto podría mandar todo al garete.

—O bien aguijonear una reacción por su parte. Nos consta sobradamente que la cólera constituye un funesto ingrediente a la hora de tejer estrategias.

Leonardo le sostuvo la mirada a Luca durante un par de segundos. Acto seguido resopló, se compuso la americana y negó con la cabeza, rendido ante una realidad que no se atrevió a rebatir en voz alta.

—Como usted disponga, Don D'Amato.

En ese preciso instante irrumpió Alessio, a buen seguro como espectador de primera fila desde el acceso lateral.

Pasó de largo por mi lado sumido en un mutismo absoluto, pero en el preciso instante en el que Luca viró el rostro para impartir directrices a uno de los sirvientes, se aproximó a mi figura lo necesario.

—Constituye un alivio contar de nuevo con tu presencia, *ragazza*. —Su tono de voz resultó tenue, semejante al susurro de una brisa.

Y en exceso fugaz para llegar a ser captado por terceras personas al margen de una servidora.

Luca y yo ascendimos conjuntamente la escalinata de madera en tonos oscuros que desembocaba en la segunda planta.

El entorno se respiraba distinto, cual si portase mayor nivel de expectación, con la ansiedad rebasando cotas altísimas a tenor de los recuerdos fluyendo en cascada en la mente.

—Tu madre...

—Descuida. Ella no te ocasionará ningún daño.

Luca se detuvo ante una puerta lacada en blanco y provista de ornamentaciones florales talladas; la alcoba constituía todo un sueño.

Espaciosa, rebosante de luminosidad, pertrechada con una cama con dosel en tonos blancos, mobiliario en gama de tonos suaves y provista de una gigantesca ventana volcada a los jardines de la retaguardia de la edificación.

Los rayos de la alborada bañaban en oro las superficies murales y flotaba en la atmósfera una sutil fragancia a lavanda.

—Aquí es donde vas a aposentarte —dictaminó, recostándose en el umbral de la puerta, con la mirada anclada en mi persona.

—Goza de mayor grado de confortabilidad e índice de seguridad.

—¿De seguridad? —arqué una ceja—. ¿Acaso no esgrimías mi condición de libre albedrío?

—Y en efecto lo eres. —Esbozó una sonrisa ladeada—. Gozas de total autonomía de movimientos. Tan solo... te ruego que evites ausentarte sin comunicarlo previamente.

Todavía no te hallas exenta de las consabidas amenazas.

—¿Y en lo que a ti respecta?

—No debes abrigar motivos de desvelo hacia mi persona, Mia.

—¿Y si sostuviese que en efecto me importas? Me consta sobradamente que te estás granjeando una contienda frente a Don Silvano.

—Haz de brindarme margen de credibilidad cuando sostengo que Silvano ni remotamente intuye lo que se abalanzará en su contra a corto plazo.

—¿A cuenta de qué responde tamaño grado de ocultismo?

—Por la sencilla razón de que cuanto menos nivel de información obre en tu poder, resultará más favorable.

—¿Voy a permanecer clausurada entre estas paredes?

—Bajo ningún concepto. —La refutación afloró con presteza —. No obstante, trasladaré la pertinente solicitud para que uno de los componentes de la servidumbre asista tus necesidades.

Si es de tu agrado descender de esta planta, emprender paseos por el recinto ajardinado o explorar la biblioteca, gozas de total complacencia para ello.

Facilitaré que obre en tu poder un elenco de los facultativos que atesoran el favor de la *famiglia* a efectos de formalizar la oportuna cita médica.

Es del todo prioritario que des curso al preceptivo control del infante.

Asentí con la cabeza sumida en un profundo mutismo, mientras las lágrimas afloraban como exponente reaccionario.

—Compareceré nuevamente más adelante a fin de testar tu estado —afirmó al tiempo que emprendía el retraimiento cargado de altas dosis de renuencia.

—Apremian cuestiones que exigen la concertación con Leonardo.

—¿Luca? —inquirí con carácter previo a su partida.

—¿Sí?

—Gracias... por traerme de vuelta.

Me miró por un instante que duró más de lo debido, como si quisiera decir algo y, luego, solo asintió y se alejó.

La puerta se cerró con un suave clic. Y, por un segundo, me permití respirar con más calma.



Capítulo 30

Leonardo y Alessio entraron en el despacho justo detrás de mí.

La reunión no estaba concertada, pero yo sabía exactamente el motivo de su presencia.

—Así que está de vuelta —Leonardo fue directo, sentándose en el sofá de cuero, con una expresión tranquila pero analítica.

—¿Crees que esta es la forma correcta de provocar a Silvano? Hasta ahora no hemos encontrado nada sobre él.

—Pero va a mover ficha. Si él es la serpiente detrás del arbusto, le daré caza.

—Me rasqué la barba rala, como si el asunto no fuera conmigo.

—Lo único que sigue sin tener una explicación clara, Leonardo, es el motivo por el que continúas encubriendo a ese infeliz.

—Yo no soy el traidor aquí, Luca. Busco lo mejor para la organización.

—¿Por eso orquestaste la partida de Mia?

—Ha vuelto, ¿verdad? —hizo un gesto despectivo con la mano.

Alessio dejó escapar un leve suspiro, cruzándose de brazos y recostándose en la pared. No dijo nada de inmediato.

Cuando por fin habló, su voz sonó más grave de lo normal.

—Silvano va a volverse loco. Lo sabes, ¿no?

—Eso es exactamente lo que quiero. —Me senté detrás del escritorio, clavando la mirada en ellos.

—Él necesitaba un motivo. Ahora lo tiene.

Leonardo se inclinó un poco hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Y la *ragazza*? ¿Conoce el riesgo? ¿Sabe lo que puede desencadenar esta decisión?

Omití la parte en la que Mia no tenía ni la menor idea de que su venida aquí constituía a su vez una provocación para que Silvano entrara en acción.

No cabía la necesidad de desgranar pormenores, toda vez que yo albergaba la determinación de liquidar las consabidas amenazas con la mayor brevedad posible.

—Ella ansía la libertad. Yo se la he brindado. —Manifesté con firmeza—. Y ahora, recae sobre nosotros el deber de resguardarla.

—¿Te haces una leve composición de lo que ello entraña, no es así? —Alessio enarcó una ceja.

—Pretendes retener a la joven al amparo del feudo D'Amato, y a mayor inri albergando al heredero de los Giordani en sus

entrañas.

Dio Santo, esto terminará como el rosario de la aurora.

—Ella no representa un botín de contienda, Alessio. Y yo no emulo la efigie de mi padre.

No he sido tallado a los efectos de urdir tramas políticas a cuenta del útero de ninguna fémina.

El silencio fue denso por unos segundos. Entonces Leonardo asintió despacio, con una pequeña sonrisa en la comisura de los labios.

—Espero que realmente sepa lo que está haciendo, Don D'Amato.

Asumir a esa mujer implica colocar una diana en su cabeza en el supuesto caso de que toda esta trifulca alcance oídos del consejo de un modo anticipado.

—Por eso están ustedes aquí. Para asegurar que mis mierdas queden encubiertas.

—¿Y permanecerá afincada entre estos muros hasta qué momento? —Insistió Leonardo en su afán interrogatorio.

—Ese es un extremo que rehúye cualquier injerencia encuadrada en tu maldita incumbencia. —El exacerbado grado de irritación propició que perdiera los papeles.

Lo atinente a la duración de la morada de Mia en modo alguno correspondía al interés de ellos, del mismo tenor que no concernía a la propia *famiglia* ni a ningún maldito entrometido.

—Estás muy jodido. —Decretó Alessio, exhibiendo unas ínfulas dignas de aquel que se erige en mero notario de lo manifiesto.

Me dejaron solo poco después. Empezarían a mover nuestras estrategias y buscarían cualquier movimiento velado.

Por mi parte, digamos que me volqué en aquello que debía sortear de base, la *ragazza*.

Pedí que un equipo de las principales tiendas de lujo viniera a la mansión, era lo mínimo que podía hacer.

Mia se estaba adaptando a la nueva fase y necesitaba comodidad, practicidad y, aunque no lo dijera en voz alta, un toque de belleza que le recordara la mujer fuerte que era.

Me quedé en la puerta de la sala de visitas cuando ella apareció con los ojos muy abiertos y las manos entrelazadas sobre su barriga.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Necesitabas ropa nueva.

Padeaba, confundida, como si aún intentara comprender lo que pasaba.

—¿Ropa? —repitió, con los ojos muy abiertos—. Esto parece una tienda entera, Luca.

Y realmente lo parecía. La sala de la mansión había sido adaptada con esmero: percheros alineados con vestidos de seda italiana, conjuntos de sastrería refinada, lencería bordada a mano y zapatos de tacón con etiquetas que harían atragantarse a cualquiera.

Altos espejos reflejaban la luz suave, y sofás de terciopelo oscuro completaban el ambiente como si fuera un probador de alta costura parisino.

Me encogí de hombros, como si aquello no fuera más que un capricho trivial.

—Elige lo que quieras. O todo, si lo prefieres.

Ella aún intentaba asimilar lo absurdo de la situación cuando una de las asesoras, joven, con un *tailleur* blanco y postura impecable, se acercó como si estuviera frente a la realeza.

—¿*Signorina* Caruso? —La mujer hizo una pequeña reverencia, como si estuviera frente a la realeza.

—Es un honor atenderla. Si me permite, hemos seleccionado piezas de colecciones exclusivas, con un enfoque en la elegancia y la

comodidad para gestantes como usted.

—Lanzó una mirada sutil al vientre de Mia—. Que, si se me permite decirlo, está bellísima.

Mia abrió la boca para responder, pero solo logró murmurar un «gracias», visiblemente desconcertada.

—Si lo desea, podemos empezar con vestidos de seda y prendas de punto fino, luego conjuntos más informales y, por supuesto, también disponemos de sofisticada lencería.

—La última palabra salió casi como un susurro cómplice—. El Don pidió variedad.

Mi *ragazza* me miró, incrédula. Su rostro estaba ruborizado, a caballo entre la sorpresa y la vergüenza.

Mantuve la mirada fija en ella, cruzando los brazos con una sonrisa discreta y muy consciente del impacto.

—¿Te vas a quedar ahí parada o vas a enseñarme lo hermosa que estás, mucho más de lo que recordaba?

Ella dudó por un segundo, pero vi el momento en que cedió. Sus ojos brillaron con una pizca de curiosidad, o de rendición.

Pronto desapareció detrás de un lujoso biombo de madera tallada y tela floral.

La asesora la siguió con algunas prendas, susurrando elogios, halagos y recomendaciones.

Y yo me quedé allí sentado, observando cada movimiento de las sombras tras el biombo.

La silhueta de Mia cambiándose de ropa despertó en mí algo feroz.

Un deseo primitivo, posesivo, que ya debería haber dominado, pero que nunca había conseguido aplacar.

Cuando apareció, enfundada en un modelo de seda marfil que delineaba cada curva, el vientre, los pechos abundantes y los muslos

desnudos asomando por la abertura lateral, tuve que inspirar hondo para contener las absurdas ganas de mandarlos a todos a paseo.

—¿Qué te parece? —Mia se llevó las manos a la espalda, resaltando aún más sus prominentes curvas.

—Espléndida —fue imposible ocultar el tono reverencial.

—Tenemos modelos en conjuntos. Pruebe el verde, le quedará precioso. —La asesora la guio y ella le hizo caso.

La sesión de placentera tortura se alargó durante las diez prendas siguientes que se probó y salió a enseñarme.

Confieso que era una delicia disfrutar del privilegio de ver a Mia sonreír como si el peso del mundo no recayera sobre ella y como si su destino no fuera incierto.

Haría todo lo que estuviera en mi mano para mantenerla así durante el mayor tiempo posible.

Quería ser el hombre que le diera la felicidad, tanto a ella como al niño que llevaba en su vientre y que, al formar parte de Mia, ya me despertaba el deseo de tenerlo a mi lado.

«¡*Caspita*! ¿Qué demonios me está sucediendo?»

Cuando Mia asomó por detrás del biombo, ataviada con un peinador negro que se antojaba más bien una provocación disfrazada de tela, el aire se esfumó sin más de mis pulmones.

Las mangas largas de encaje le delineaban los brazos con suma delicadeza, pero fue la abertura frontal, holgada y descarada, lo que me remató por completo.

Allí, bajo el fino satén, un sostén de media copa contorneaba los pechos que parecían hechos para amoldarse a la perfección a la cuenca de mis manos.

La curva del vientre, prominente y altiva, me asestó un golpe de tal calibre que ningún arma lograría reproducir.

Me quedé inmóvil, como un depredador frente a la presa que se le ofrece en bandeja. Pero ella no era ninguna presa. Nunca lo fue.

Era la tentación viva, el fuego que llevaba meses intentando apagar por la fuerza y, allí plantada, caminando con calma y de mirada impávida, lograba prender todas y cada una de las chispas de locura que albergaba mi ser.

Perdí por completo el control. ¿Racionalidad? Ninguna. ¿Moralidad? Que se joda.

—Date la vuelta. —La voz me salió enronquecida, como si se hubiera desgarrado desde lo más profundo de mi pecho.

Ella enarcó una ceja, pero acató la orden, y el movimiento de la tela deslizándose por su espalda me llevó al punto de ebullición.

—¿Acaso eres consciente de lo que estás provocando en mí en este mismo momento, Mia Caruso? —Solté en un gruñido—. Largo de aquí.

—La voz cortó el aire, en un tono bajo y terminante.

Ambas dependientas me miraron con vacilación, pero la mirada que les lancé fue más que suficiente.

Recogieron sus bártulos en silencio y abandonaron la sala tras una rápida reverencia.

No bien se cerró la puerta, me levanté despacio.

Mia seguía en el centro del aposento, con los brazos ligeramente cruzados sobre el vientre, como en un amago de protección.

Pero en sus ojos no asomaba el miedo. Había desafío. Deseo. Y un ruego silente.

—Estás todavía más hermosa de lo que lograba recordar.

—Me aproximé hacia ella, con pisadas marcadas y pesadas, hasta quedar a escasos centímetros de distancia.

—Es casi un milagro que haya logrado sobrevivir carente de esto a lo largo de tres meses.

Ella abrió la boca dispuesta a decir algo, pero no le di margen alguno.

Tomé su rostro entre mis dos manos, muy despacio, como si cada centímetro de la piel bajo mis dedos fuera de mi propiedad, y la besé con todo lo que llevaba meses reprimiendo.

Y en esta ocasión no fue tan solo lujuria.

—Tú me entregaste, Luca. Como si yo fuera una simple propiedad.

—Porque pensé que era lo correcto. Porque me recalcaron que debía de hacerlo.

Pero te juro que no hay un solo día, ni una sola noche en la que no me haya arrepentido.

Fui acercando mis labios a los suyos, sin atisbo de prisa, impregnándome de su aroma, de su aliento. Del calor. De su propia necesidad.

—¿Y qué sucede ahora? —preguntó ella con la voz quebrada.

—Ahora voy a mostrarte en carne propia lo que significa estar conmigo.

Y la besé. Un beso que arrancó con firmeza, pero que no tardó en volverse ciertamente desesperado.

Ella se abandonó sin reserva alguna, y, como uno solo, fuimos a caer en el sofá más próximo.

Con las piernas entrelazó mis caderas, mientras que, con las manos, mandaba a freír espárragos el paletó, en tanto el camisón era remangado hasta la altura de la cintura.

Acaricié el contorno de su cuerpo con esa devoción genuina del que vuelve a hallar aquello que daba por extraviado a perpetuidad.

Mis palmas se posaron sobre sus senos y, tirando de la copa del sostén, quedaron al descubierto unos montículos oscuros y henchidos, de apariencia tan apetitosa y suculenta que, sin poder refrenarme, incorporé el tronco para hacer presa en uno de ellos.

—Ah... —Mia reclinó la cabeza hacia atrás, apoderándose a su vez de varios mechones de mi cabello en el lance.

Hundí mi miembro tan duro como una roca en el centro de su anatomía, gesto que logró el incentivo suficiente para que la joven ensayara contoneos que hicieron tambalear toda mi firme determinación en relación al alargamiento temporal que inicialmente había trazado.

—¡Joder! —Me arrojé nuevamente sobre la cama y solté la hebilla del pantalón—. Siéntate sobre mí y hazme disfrutar de lo lindo, *bella*.

Se le iluminó la mirada merced a cierta pizca de diversión a cuenta del sofoco que experimentaba, por lo que a título puramente soterrado, juré tomar debida venganza recurriendo a unos cauces ciertamente placenteros para el deleite de ambos.

Permití que mi falo se asomara, impetuoso y completamente tieso; Mia ni lo dudó a la hora de descender por él, tragándose de forma apresurada y ciertamente resbaladiza cada uno de sus centímetros.

Hice presa sobre sus caderas empleando una de mis manos, en tanto con la mano contraria emprendí el tanteo de su epicentro del placer.

Me di al estímulo trazando una suerte de firmes círculos pulgares, entretanto conducía su oscilar de movimientos, prestando ayuda en el trance de ascender y bajar al dictado del compás que me condenaba a un absoluto estadio de posesión y de rendición a raudales.

—Joder, Mia... —bramé, con los dedos clavados en su propia carne—. Has nacido única y exclusivamente para sacarme de quicio.

Echó su cabellera hacia atrás, posando las manos a modo de puntal sobre mi pecho, cediendo su cuerpo a la alternancia consistente en torturarme a través de oscilaciones morosas y la saña brutal inherente a follarme sin compasión alguna.

Sus lamentos constituían toda una suerte de cadencia sónica francamente impúdica, impregnados de jadeos que se me antojaban

como cantos ahogados prestos a sepultarme al mismo borde de la enajenación mental.

Sintiendo cada uno de sus descensos, las acometidas del febril calor de su cuerpo terminaban por tragarme más y más hondo.

A cambio de cada una de las embestidas con las que yo le solía devolver el golpe desde la parte inferior, desencadenando la consiguiente trepidación del pandero a resultas del consiguiente choque, yo me percibía considerablemente más abocado al hecho irreversible de perder el control de todo.

La redondez sobresaliente de su abdomen abultado quedaba patente entre ambos y, lejos de generar el más leve conato de alejamiento por mi parte, el influjo derivado de ella me adueñaba de forma todavía más notoria.

Ese rincón en sí daba cobijo a la semilla en periodo de gestación perteneciente a otra persona. Pero a la postre ella era la hembra que no dudaba en cabalgarme encima de mí a la usanza de aquel que porta a lomos de su consciencia el inamovible hecho de que ni una maldita herencia vinculada a ningún linaje de sangre haría atisbos de mella para lograr nuestra ansiada separación.

—Mírame. —Le así de la barbilla doblegando su resistencia hasta que ambas miradas colisionaron en una sola—. Esto es exclusivamente de mi propiedad.

Solo mío ahora.

Apresó su labio en su zona inferior empleando sus dientes a modo de pinza, dejando que sus ojos se humedecieran en cascada merced a ese éxtasis de placer que a las claras desataba sus temblores.

—Luca...

—Córrete para mí, Mia. Ahora mismo.

Sometí su clítoris a una compresión de mayor rigor y, en cuestión de meros segundos, la joven saltó por los aires.

El arqueo asoló de lleno toda la anatomía de su cuerpo, reculando por completo su testuz en la zona posterior a fin de facilitar la emisión de ese desgarrador bramido que la asaltó en una frecuencia francamente aguda a la par que colosalmente intensa.

La mera visualización resultó incentivo más que bastante para que un servidor hiciera añicos de idéntico modo el susodicho control.

Agarré sus caderas con avidez, hundiendo a modo de cincel las extremidades de mis dedos para tirar con suma fiereza de su fisionomía y empotrarme desde el fondo en su figura, sumergiéndome de forma integral en ella de forma coincidente con la llegada colosal de la onda expansiva del placer que vino a arrasarme las entrañas a la usanza de la mismísima puta sacudida propiciada por el oleaje de un tsunami.

Grité de puro desgarro faríngeo su puñetero nombre, sin reparar en absoluto del hecho indiscutible del estremecimiento abarcando la extensión inabarcable de mi cuerpo que se mecía en una charca de sudoraciones al calor de ese abismo de insondable deleite que deparaba satisfacción para el ente de este servidor tan jodidamente entregado como del todo innegable en su colapso a las rendiciones totales.

La muchacha se zambulló de pleno a plomo en mis contornos, solapando un pecho que encadenaba ascensos y caídas incesantes en contacto visual con el mío merced de esa latente palpitación inagotable cuyo compás corría parejo merced de una taquicárdica rítmica compartida en el terreno que nos albergaba.

Me di a la tarea de deslizar la palma de mi mano circunnavegando sus espaldas sudorosas en las que no dudé en plasmar mis labios en fricciones someras y continuadas a todo el largo de sus delicadas sienes.

Le hice el amor a Mia tal y como operaría en caso de cerciorarme inminencia a que el maldito orbe en que me hallaba de pronto experimentara de sopetón su aniquilador destierro asumiendo con posterioridad el trago derivado de rechazos amorosos futuros asolados al unísono de este estercolero trufado en batallas revueltas

que se acercaba inexorable a la consumación fidedigna de su innegable acabose.

Mia Caruso



Capítulo 31

Cenicienta bien podría estar muriéndose de envidia de mí ahora mismo.

Nunca supe lo que era sentirme como una princesa, hasta esta última semana.

Además de toda la ropa, cremas, maquillaje y cualquier otra necesidad que el dinero pudiera comprar, Luca designó a su chófer personal para que me acompañara a todas las consultas médicas.

Fue él mismo quien programó cada una de ellas.

Yo no tenía idea de que una embarazada necesitara de tantos especialistas además del obstetra.

Pero Luca demostraba que su celo rozaba el exceso. Hasta se empeñaba en revisar mi agenda, con la misma seriedad que reservaba para una reunión con los ancianos.

Podría sentirme en el paraíso. Pensar que, después de todo lo que la vida me había arrebatado, Dio finalmente me estaba dando una tregua, pero algo no encajaba.

Había una fuerza oculta moviéndose entre bastidores, como un hilo de veneno a punto de tocar el agua.

Lo notaba en las conversaciones apagadas entre Leonardo y Alessio, en la alerta silenciosa de los hombres de seguridad, en los ojos de Luca cuando creía que yo no lo miraba.

A veces, se perdía en mí. Miraba más allá de mi piel, observaba mi vientre como si sopesara el peso de todo.

Y, en esos momentos, yo sentía que se estaba fraguando una guerra y que, de alguna manera, me encontraba en medio de ella.

No tenía idea de nada de lo que estaba pasando fuera de los muros de la mansión D'Amato.

Estaba blindada por órdenes expresas del Don, que me protegía a toda costa.

Solo que nadie sobrevive mucho tiempo cuando lo protegen demasiado de la verdad.

Acaricié mi vientre con delicadeza. Ya no necesitaba las manos para sentir a mi bebé, se movía constantemente, como si quisiera asegurarse de que yo supiera que estaba allí.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —murmuré, con la frente apoyada en la ventana.

—Que hay algo acercándose.

Me quedé en silencio, esperando una respuesta que solo mi cuerpo podía dar. Y entonces pateó.

Cerré los ojos y sonreí, aun con la opresión que comenzó a crecer en mi pecho.

—Vamos a estar bien. No te preocupes.

Me di la vuelta para regresar a la habitación y me di de bruces con la *signora* D'Amato.

Llevaba una bata negra de satén con detalles de encaje, el pelo bien recogido en un moño bajo.

No llevaba maquillaje en el rostro, pero aun así, su imponencia era innegable.

Había algo en esa mujer que desbordaba autoridad incluso en el silencio.

Instintivamente, retrocedí un paso y me llevé las manos al vientre, como si pudiera proteger al bebé solo con ese gesto.

—No te preocupes, niña. —Su voz salió baja, casi apacible—. No he venido a hacerte daño.

Dudé.

—La última vez que nos vimos...

—Nunca te he visto antes. —Respondió, alzando la barbilla con una arrogancia serena.

—Y si te vi, ya no lo recuerdo. La mente tiene sus defensas.

A veces, elige borrar lo que nos incomoda.

Me quedé en silencio, sin saber si era un insulto velado o solo un desahogo.

—Ya casi es la hora, ¿no? —Su mirada recayó sobre mi vientre.

—Aún no. Faltan algunas semanas.

Ella asintió, vagamente nostálgica.

—Recuerdo a mi Luca. El muy travieso se negaba a nacer, se quedó demasiado tiempo en mi vientre.

Casi lo pierdo por eso. —Hizo una pausa—. Pero terminó siendo providencial, dadas las circunstancias.

Llevaba casada apenas ocho meses.

Fruncí el ceño. La información parecía soltada al azar y, sin embargo, cargada de peso.

Intenté interpretarla, pero ella desvió los ojos y se dio la vuelta con la elegancia de quien siempre tiene la última palabra.

—A veces resulta curioso cómo el destino decide poner las cosas en su lugar… o desordenarlo todo de una vez.

Me quedé parada allí, digiriendo cada palabra como quien intenta armar un rompecabezas sin tener todas las piezas.

Luca me había comentado sobre el estado de su madre. Alzhéimer. Era indoloro para quien lo padecía, pero devastador para quien lo presenciaba.

Intenté seguir con el resto de la mañana con normalidad, pero algo me martilleaba la cabeza. Había una inquietud en el aire.

No era solo el misterio en las palabras de la *signora* D'Amato, era el clima en la mansión.

Decidí ir a buscar a Luca.

Bajé al piso inferior y encontré su despacho con la puerta entreabierta. Llamé suavemente antes de empujarla.

Él estaba de espaldas, luciendo un traje oscuro impecable, ajustándose los puños de la camisa con aire apresurado.

Al oír mis pasos, se volvió.

—Mia. —Sonrió, y su mirada fue directo a mi barriga—. Iba a buscarte.

—¿Vas a salir?

—Tengo que resolver algo. —Me pasó los dedos por el pelo, como si necesitara el tacto para mantener los pies en la tierra.

—Cuando vuelva, quiero hablar contigo. Sobre nosotros y... sobre el bebé.

Su mano se deslizó hasta mi vientre y se detuvo allí, con un cariño contenido, casi reverente.

Fue la primera vez que el gesto pareció intencional, consciente, como si reconociera, aunque fuera en silencio, lo que crecía dentro de mí.

Durante el sexo, sus toques habían pasado por allí. Besos, manos, calor, deseo, pero en esa fracción de segundo, no había prisa ni instinto.

Como si, al fin, Luca D'Amato viera que allí, bajo su palma, latía una nueva vida que también podría ser suya.

Mi corazón se desbocó. No por miedo, ni por esperanza, sino porque por primera vez, él no huía de nuestro dilema: yo esperaba el hijo de otro hombre.

—Está creciendo deprisa. —comentó, con un brillo extraño en los ojos, mientras mantenía la mano posada en mi barriga.

—Está fuerte. Patea todas las noches. A veces, creo que ya entrena para huir de mí.

—sonreí, y él me correspondió con la comisura de los labios.

—Un chico fuerte, sin duda. —murmuró, casi como una certeza, incluso sin haber confirmado nada.

Yo no quise saber el sexo del bebé. Dije que sería más emocionante descubrirlo en el nacimiento.

Luca, por su parte, solo asintió, diciendo que, cuando llegara la hora, haría que todo sucediera como por arte de magia.

Que la canastilla, la habitación y lo que hiciera falta surgirían ante mí, perfectos, como si siempre hubieran estado ahí esperando a ser revelados.

Y, viniendo de él, esa promesa parecía tan real como inevitable.

El beso que me dio fue breve, pero cargado de ternura.

Tenía sabor a silencio, a cuidado, a algo que él aún no sabía cómo nombrar, pero sentía, en cada fibra del cuerpo.

Por un instante, tuve la nítida impresión de que se estaba despidiendo de algo precioso.

Y no sabía si eso me reconfortaba o me asustaba.

Poco después, el sonido de coches llegando al patio de la mansión llamó nuestra atención.

—Tengo que irme. Quédate aquí. Cualquier cosa, habla con Leonardo.

Asentí, aunque con un nudo extraño en el pecho.

Observé por la ventana mientras él bajaba las escaleras de la entrada con pasos firmes.

Uno de los coches de seguridad se posicionó justo detrás del vehículo principal.

Y fue ahí cuando sentí el hielo recorrer mi espina dorsal.

En el asiento del copiloto, en el coche de atrás, vi un rostro que no esperaba ver nunca más.

El guardia de seguridad infiltrado.

Corrí por los pasillos, con la mente gritando que algo andaba mal. Encontré a Leonardo en el vestíbulo.

—¡Tengo que hablar contigo. Ahora! —Mi voz salió más alta de lo que debía.

Él frunció el ceño, sorprendido, y se acercó de inmediato.

—¿Qué ha pasado?

—El infiltrado. Lo vi. En el coche de seguridad, ahora mismo. ¡Iba con Luca! —Leonardo palideció.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. No olvidaría ese rostro ni en mil años.

Él miró hacia afuera y sacó el móvil al instante, marcándole a alguien.

—¡*Caspita*! Buzón de voz. —Volvió a marcar en el móvil mientras caminaba hacia el garaje.

—¿Adónde vas?

—A por ellos. Quédate aquí y a salvo.

—No voy a dejar que vayas solo. —Determiné, poniéndome las manos en la cintura.

—Ni se te ocurra pensar que te voy a poner en peligro.

—Solo yo sé quién es ese hombre. Llevarme te da la oportunidad de atraparlo antes de que le haga algo a Luca.

Leonardo me miró dubitativo, sin saber si debía escucharme u obedecer las órdenes expresas del jefe de no ponerme nunca en una situación de peligro.

—Luca me va a matar. —Se lamentó y supe que había ganado la batalla.

—Vas a obedecerme en todo momento. ¿Entendido?

—Entendido.

Subimos al coche y él arrancó, devorando las calles con velocidad y precisión.

—¿A dónde se dirige?

—A encontrarse con Don Silvano.

—*Dio*... ¿es por mi culpa? ¿Por haber venido con él a Nova Orleans?

—El remordimiento comenzaba a infiltrarse por mis poros.

—Tiene que ver con eso también, pero es complicado.

Existe una historia de décadas y tu llegada fue solo el detonante para que todo explotara.

—No lo entiendo. Silvano y Luca son aliados. Las *famiglias* llevan generaciones juntas en los negocios.

—¿Recuerdas la conspiración que Luca está investigando? —Asentí.

—Pues bien... Luca descubrió que Silvano tiene un vínculo con el pasado de su *mamma*.

Y eso lo llevó a actuar a espaldas de los D'Amato.

—¿Silvano está enamorado de la *signora* D'Amato?

—No solo eso, *ragazza*. Estuvieron prometidos, pero Marcello, el padre de Luca, robó a la chica y se casó con ella.

Poco después nació el heredero D'Amato y ya no se pudo revertir nada.

Creemos que todavía guarda rencores, lo que lo sitúa como el posible autor intelectual de los ataques contra nosotros.

—Heredero... ocho meses... —Recordé las palabras de la madre de Luca.

—¿Qué dijiste?

—¿Por eso Luca me trajo de vuelta? Para que Silvano se desestabilizara. Perder a otra mujer a manos de los D'Amato.

—Sí. —respondió Leonardo, sucinto.

—Sangre y honor por encima de todo. —Solté con desdén.

—Luca te deseaba, *ragazza*. No te engañes. Por eso te mantuvo al margen y dejó que vivieras tu luna de miel con el *bambino* en la barriga.

Las órdenes eran no preocuparte por absolutamente nada. —Relató con cierta provocación.

—¿Puedo saber por qué me detestas tanto?

—No te detesto, Mia. Solo me preocupo por mi jefe.

—¿Por eso me entregaste a Don Silvano la primera vez?

—Aquello fue un error. Pensé que le estaba haciendo un bien a Luca, pero no fue así.

Ya que él fue a buscarte en la primera oportunidad.

—Después de que todo esto acabe, me iré.

—Eso nunca va a suceder, *ragazza*. —Volví el rostro hacia él, con asombro.

—*Per favore*... el hombre se arrastra a tus pies y está dispuesto a prenderle fuego a toda Nova Orleans antes de permitir que alguien te haga daño.

Respiré hondo, sentí una patada en la barriga y me llevé la mano allí.

Callada, recé por Luca, por mí y por el *bambino* que llevaba dentro.



Capítulo 32

El calor húmedo de Nova Orleans parecía más sofocante aquella mañana.

El cielo nublado creaba un velo pesado sobre la ciudad, como si presintiera que algo que estaba a punto de suceder dejaría cicatrizes profundas.

El coche avanzaba en silencio absoluto por las calles vacías del distrito industrial, en dirección al antiguo astillero abandonado.

El lugar había sido utilizado años atrás para el transporte nocturno de cargamentos ilegales, antes de ser clausurado por los propios ancianos.

Silvano Giordani lo había elegido para el encuentro de reconciliación entre las *famiglias*. Irónico.

Una ruina como escenario para un posible ajuste de cuentas final.

Yo iba hacia él para resolverlo todo. Sobre Mia. Sobre el pasado. Y sobre su traición enmascarada de honor.

Durante las últimas semanas, los pasos de Silvano se habían vuelto cada vez más imprudentes.

Los negocios paralelos, las ausencias en reuniones importantes, los contactos velados con familias que ya no respetaban al consejo.

Era como si, de repente, el viejo Giordani hubiera olvidado el valor de la prudencia, o estuviera seguro de que nada ni nadie lo derribaría.

Solo que estaba equivocado y hoy se lo iba a demostrar.

Cerré los ojos unos segundos y vi su rostro.

La mujer que yo debería haber olvidado. Que me conquistó con medias verdades y nunca dejó de ser el único lugar seguro que existió en mis días de guerra.

No la traje de vuelta para usarla. No hice lo que hice porque me sintiera culpable.

Lo hice porque la quería conmigo. Porque el hijo que ella llevaba, aunque no fuera mío, ya me hacía desear protegerlo.

La sangre puede trazar linajes, pero el vínculo se construye en el instinto.

Y lo que sentía cada vez que la veía tocar esa barriga era algo que ningún Giordani entendería.

Ella no era una moneda de cambio. No era una testigo. No era un error.

Era mía.

Y no iba a permitir que fuera usada, desechada o herida por nadie, y mucho menos por el hombre que un día se atrevió a creer que podía hacerlo todo solo por haber sido rechazado.

¿Silvano Giordani quería discutir alianzas?

Entonces le daría la guerra que tanto quiso mantener en secreto.

Aparcamos frente a la nave abandonada. El lugar exhalaba óxido y moho, como si las paredes cargaran con los antiguos pecados que allí habían sido sellados.

Ningún movimiento aparente. Ninguna recepción.

Sin embargo, yo lo sabía. Estaban allí. Siempre lo estaban.

Bajé del coche y me abroché el botón de la chaqueta con la calma de quien se prepara para matar.

Alessio se colocó a mi lado, en silencio, con los ojos atentos, la mano en la funda del arma, listo para actuar si algo representaba una amenaza.

No había estado de acuerdo con este encuentro, pero era demasiado leal como para intentar disuadirme por la fuerza.

La puerta de la nave chirrió bajo el empuje firme y el sonido resonó como una sentencia.

Silvano y Matteo estaban allí, en el centro del espacio. Detrás de ellos, una fila de diez hombres, todos armados, posicionados como un muro vivo.

—Una recepción bastante amistosa. —Sorreí, con desdén—. Hubo un tiempo en que nos sentábamos en el Maison y brindábamos por la paz.

—Hubo un tiempo en que yo te podía llamar *amico*. —Silvano mantuvo el tono helado.

—Eso fue antes de que te llevaras a la *ragazza* lejos... justo debajo de mi propio techo.

—Técnicamente, ella estaba bajo el techo de su padre. —repliqué, acercándome un paso.

—Y no estaba siendo tratada como lo prometiste. Como juraste que harías.

—¿Qué esperabas, *ragazzo*? Lleva a un bastardo. —Silvano gesticuló como si escupiera una verdad banal.

—No debiste haber interferido en mis asuntos, pero creo que cuando la sangre grita, los D'Amato tienen la misma forma de actuar.

—¿Estás hablando de mi padre? —avancé otro paso, dejando que el peso de la amenaza flotara entre nosotros.

—Conozco el pasado, Giordano. Sé lo que quisiste y no tuviste cojones para conquistar.

—¡No sabes una mierda! —gritó, y el eco hizo que las ratas corrieran por los rincones de la nave.

—No tienes idea de lo que tuve que tragarme. Tu padre —escupió el título como veneno— aquel bastardo me quitó a la mujer que me había sido prometida.

Me avergonzó ante el consejo, me arrebató lo que era mío. Y yo tuve que sonreír… ¡por la alianza, por la *famiglia*!

—¿Y fue por eso que lo mataste cuando tuviste la oportunidad?

Actuaste como un zorro traicionero y lo mataste cuando nadie miraba.

—Yo no maté a tu padre. —Alzó la barbilla, indignado.

—Pero lo habría hecho, si hubiera tenido la oportunidad —sonrió con escarnio.

—Y ahora, me has dado la oportunidad de enmendar el error. De tomar lo que siempre fue mío.

—No vas a quitarme Nova Orleans.

—¿Seguro? —Giordano arqueó las cejas—. Tienes en tu poder algo que me pertenece.

—Ni por un segundo pienses que Mia está en negociación.

—Poco me importa la mujer. Yo quiero a la criatura. A mi sangre. Al heredero que debería llevar mi apellido.

—La criatura también se queda. —dije, y cada palabra fue como una cuchillada.

—Tendrás a tus herederos cuando tu sobrino se case con la prometida de Boston.

—El niño será criado como mi hijo y un día asumirá mi lugar.

—Conozco tus pasos, Silvano. Los negocios con los colombianos, los acuerdos con la mafia del norte, tu intento de matarme con aquel infiltrado en el Maison.

Te mueves como una serpiente traicionera, ganando terreno para dar el golpe. Puedo llevar todo esto al consejo.

—¿Y lo que quieres a cambio es mi sangre? No es un trato ventajoso para mí.

—Entonces, aquí tienes lo único ventajoso para ti: desaparece.

Vuelve a tu madriguera y olvídate de que Mia y la criatura existen.

Y, a cambio, dejaré tus mierdas enterradas. Incluso la conspiración que culminó en la muerte de Morello.

—¡Eso lo hiciste tú! ¡Lo sabes! —Giordano lo acusó, señalándole con el dedo.

Estaba perdiendo la paciencia, lo que era peligroso y, al mismo tiempo, una ventaja.

Podía llegar a actuar con imprudencia y yo tendría la oportunidad de acabar con su miserable vida, o tendría la suerte de actuar con precisión y poner fin a la mía.

Matteo soltó una carcajada burlona, y yo lo fulminé con la mirada.

—¿De verdad crees que mi tío va a confiar en la palabra de un D'Amato? —provocó el idiota.

—Cállate la boca, infeliz. —Escupí, pero me contuve. Lo necesitaba entero. Aún.

—En el fondo, hasta te lo tendría que agradecer. Por abandonar a Mia. Por entregarme lo que nunca tuviste el valor de proteger.

—Serás desgraciado… —Matteo dio un paso en mi dirección, con el rostro contorsionado por la furia.

Oí a mis espaldas el clic seco y amenazador del arma de Alessio siendo amartillada.

Por la visión periférica, me di cuenta de que ya empuñaba la pistola, con el dedo alineado al gatillo.

Un solo movimiento en falso y todo explotaría.

—Será mejor que le pongas una correa a tu pinscher, Silvano. —Provoqué, sin poder reprimir el sarcasmo.

—Antes de que se muerda la lengua.

Matteo gruñó como el perrito rabioso que era.

—Matteo. ¡Cállate! —Silvano bramó, impacientado.

—¿Vas a hacerle caso a ese embustero? ¡Mia no se puede quedar con él! ¡Con un D'Amato!

—No solo puede… —avancé un paso, dejando que la tensión electrizara el aire—, sino que lo va a hacer.

El silencio solo fue interrumpido por el sonido de las respiraciones pesadas. Entonces, Silvano soltó una risa seca e incrédula.

—Un Giordano con el apellido D'Amato. —Soltó un bufido y negó con la cabeza.

—No puedo pasarme lo que me queda de vida pensando que tu padre me quitó, una vez más, lo que era mío.

Lo siento mucho, *ragazzo*.

Lo que ocurrió a continuación pasó demasiado deprisa.

Mis hombres, cuatro de los que me habían acompañado en los últimos años, se movieron como piezas de ajedrez.

El clic de las armas fue simultáneo. En cuestión de segundos, Alessio fue rodeado, desarmado a la fuerza y obligado a arrodillarse.

Uno de ellos me golpeó por la espalda con la culata, y me tambaleé antes de sentir el cañón frío del arma apoyarse en mi nuca.

—¿Qué mierda es esta? —rugí, intentando soltarme.

—La verdad es que nunca fuiste el líder que creíste ser. —Se acercó Silvano, triunfante.

—Bastó con un puñado de monedas y promesas para que se olvidaran de quién eras.

Me arrodillé junto a Alessio, a la fuerza, pero con la barbilla en alto y la sangre hirviendo.

—¿Nos vas a matar aquí? ¿Ese es el plan? ¿Acabar conmigo y salir a limpiar la mierda después?

—No. —Silvano sacó su propia pistola y me apuntó a la frente —. Yo voy a hacer justicia.

Por lo que me quitó tu padre. Por la mujer que era mía. Por todo lo que me vi obligado a tragarme.

—Eres un viejo frustrado. Un cobarde que prefirió actuar como un cáncer a tomar lo que quería.

—Y ahora lo voy a tomar. De ti.

Avanzó un paso más. El dedo presionaba el gatillo, despacio, como si saboreara el momento.

—Di adiós, Luca D'Amato.

—¡No! —la voz cortó el ambiente como una cuchilla.

Todos se volvieron al mismo tiempo para ver a Mia entrar en la nave como una tormenta, con los ojos muy abiertos y el rostro en pánico.

La barriga prominente, protegida por sus manos temblorosas.

—¡No disparen! —gritó.

¿Qué diablos estaba haciendo ella aquí?

—Mia, no deberías haber venido. ¿Cómo tuviste el valor de traerla a un lugar como este?

—Matteo avanzó hacia ella con los brazos extendidos.

—¡Aléjate de ella! —Grité e intenté levantarme, siendo pateado en medio de la espalda por uno de los hombres que debían serme leales.

—¡Hijo de puta!

Levanté la cabeza a tiempo de ver cómo Mia esquivaba a Matteo y corría hacia mí.

Tuve unas ganas enormes de morir en aquel momento.

—*Per favore*... Don Silvano. Si mata a Don Luca se arrepentirá toda su vida.

—Me parece que no, *ragazza*. Aléjate de él.

El hombre decretó cuando ella me puso las manos en el brazo.

Traté de incorporarme de rodillas y la atraje hacia mí, intentando cubrir su cuerpo con el mío.

—¿Qué haces aquí, *bella*? Es peligroso. —Susurré sosteniéndole la mejilla con una mano.

—No hay ningún otro lugar en el que pudiera estar que no fuera a tu lado.

—Mia...

—Don Silvano, Luca D'Amato es su hijo.

El mundo se detuvo. Y en aquel segundo de silencio absoluto, todos los blancos cambiaron de lugar, incluido el mío.

Mia Caruso



Capítulo 33

Mi corazón martilleaba, tan fuerte que creí que me explotaría en el pecho.

Yo no sabía cómo había conseguido entrar en aquel lugar, y mucho menos cómo le había golpeado en la cabeza a Leonardo con el trozo de hierro que encontré al bajar del coche y ser detenida por él.

Solo que, en ese instante, ver al hombre que había descubierto amar perdidamente con la vida en riesgo me impulsó simplemente a actuar.

Grité la única verdad que podía cambiar las tornas del juego. La pieza que nadie se había atrevido a encajar, pero que había estado delante de todos durante todo ese tiempo:

—¡Don Silvano, Luca D'Amato es su hijo!

La frase resonó como un trueno entre las frías estructuras de la nave.

Los ojos de Luca encontraron los míos, confusión, asombro, incredulidad y, lo que más dolió: dolor.

Un dolor profundo, como si yo hubiera rasgado un velo que él no estaba preparado para ver caer.

El silencio fue instantáneo. La tensión se materializó en el aire pesado, denso, asfixiante.

Por un segundo, creí que Silvano lo negaría, se reiría en mi cara o mandaría a alguien callarme con un tiro entre los ojos, pero no dijo nada.

Solo me miró, no con odio, sino sumido en un extraño letargo.

El arma que sostenía le temblaba.

Matteo, a su lado, parecía haber recibido un puñetazo en el estómago.

Palideció, luego enrojeció, como si la realidad lo hubiera golpeado con la fuerza de un tren.

Me solté del cuerpo de Luca, que seguía de rodillas, con sus ojos atónitos clavados en mí.

—Él es su hijo. Y si hace cualquier cosa contra él, contra mí, contra este niño... —me llevé las manos a la barriga, con firmeza— va a cargar a sus espaldas con algo más que una traición.

Va a cargar con el peso de destruir a su propia sangre.

Silvano retrocedió dos pasos. Los ojos aún fijos en Luca, que seguía inmóvil, respirando con dificultad.

La máscara de liderazgo se había derrumbado.

Las armas seguían apuntándole.

—¡Ordéneles que bajen las armas! —exigí, con la voz más alta de lo que me creía capaz de producir.

—¡Ordénelo ahora!

—¿Qué estás haciendo, Mia? ¿Crees que vas a proteger a tu amante con una mentira como esa?

El tío Silvano nunca tuvo contacto con la...

—¡Cállate la boca, Matteo! —El timbre de Don Silvano cortó el aire como el acero.

Por primera vez, Matteo se calló sin rechistar. —¿Ella... te lo confesó? ¿Lo dijo con todas las letras?

—Mi madre no tiene nada que confesar. —Luca se levantó, con firmeza—. Y mucho menos una mentira tan evidente...

—Luca... —lo llamé, con mi mirada implorando que me escuchara—. No es mentira. Naciste antes de tiempo.

Tu madre estaba prometida a Silvano. Pero se casó con tu padre poco después.

Y, si ella ya te llevaba dentro... —tragué saliva en seco— entonces todo tiene sentido.

Silvano se pasó la mano por el rostro, como si quisiera arrancarse su propio pasado.

—Nos juramos amor aquella noche. —Su voz salió baja, embargada—. Ella me prometió un futuro.

Me prometió que seríamos felices. Pero al día siguiente, Marcello apareció presumiendo del acuerdo con Don D'Amato. Yo me callé.

Por el honor de ella. —Sus ojos se cruzaron con los de Luca —. Pero nunca lo olvidé. Intenté vengarme de tu padre.

Después, de ti. Quise borrar la sangre Barone de la Tierra sin saber que llevaba la mitad de la mía.

Luca no dijo nada. Solo me tendió la mano y me ayudó a levantarme, con un cuidado que me hizo estremecer.

—Eso no cambia nada. —Su voz volvió a sonar con fuerza—. Ya no somos aliados, Don Silvano.

Y lo quiero fuera de Nova Orleans. Puede haberme engendrado, pero nunca será mi padre.

Silvano se quedó en silencio durante unos segundos. Luego, agachó la cabeza, como si el peso de todo lo que había hecho finalmente lo aplastara.

—Yo... he llegado demasiado lejos. —Murmuró—. Y dejé que eso lo contaminara todo.

—¿Me estás diciendo que te vas sin intentar recuperar lo que crees que "te pertenece"?

—Ya perdí una vez por querer demasiado. No voy a perder de nuevo por insistir en lo que nunca fue mío.

—Sus ojos barrieron la nave—. Retiro a mis hombres de Nova Orleans. Matteo, vámonos.

—¿Qué? ¡No! ¡Ella no se puede quedar con mi hijo!

—Renunciaste a ellos cuando la dejaste en el Maison.

—Declaró Luca pasándome el brazo por los hombros y atrayéndome hacia sí.

—Mia se quedará conmigo todo el tiempo que ella quiera.

—¿Y vas a criar a la criatura como tuya?

—No sé si estoy a la altura para ser padre, pero estoy seguro de que lograré transmitirle más honor y valores que tú, primo.

—El tono sarcástico de Luca casi me hizo reír.

Creo que las hormonas me estaban afectando a un nivel preocupante.

—¡Te voy a matar! —Matteo nos apuntó con el arma.

Luca giró el cuerpo apretándome contra él, haciendo de escudo humano para protegerme de cualquier disparo.

—Me parece que no, *ragazzo*. —Habló Alessio mientras apuntaba con su arma a Matteo.

—Silencio. —Ordenó Silvano—. Este asunto está zanjado. Ahora y para siempre.

Matteo bufó, visiblemente trastornado, pero no tuvo el valor de desobedecer. Bajó el arma y acto seguido abandonó la nave.

—La tregua está sellada. —Declaró Silvano, mirando por última vez a Luca—. Cuida bien de mi sobrino nieto.

Y de la mujer que te ha protegido mejor de lo que yo debería haberlo hecho.

Sin más palabras, se dio la vuelta y se marchó.

Sentí que las lágrimas me brotaban en los ojos, todo se nubló y mis rodillas flaquearon a tiempo de ser sostenida por el cuerpo fuerte y grande de Luca, que me sujetó el rostro entre sus manos, con la mirada llena de preocupación.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño? ¿Sientes algún dolor?

—Solo conseguí negar con la cabeza, dominada por la adrenalina. —Ah, Mia... Eres tan valiente.

—Sus labios rozaron mi frente—. Has salvado mi vida una vez más.

—La de los dos, jefe. —Se acercó Alessio—. Gracias por eso, *ragazza*, pero ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Yo... Leonardo me ha traído.

—Voy a matar a ese hijo de puta. —Bramé al soltarme de ella —. ¿Dónde está?

—Por el momento... desmayado. —Me limpié el rabillo de los ojos.

—¿Qué? —Alessio y Luca me miraron como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—Le he dado en la cabeza con una barra de hierro y lo he dejado ahí fuera... inconsciente.

—Entrelacé los dedos, con miedo a lo que pudiera pasar.

—Necesito hacerle una foto a eso. —Decretó Alessio saliendo prácticamente corriendo de la nave.

—¿Qué voy a hacer contigo, Mia Caruso?

—Luca se cruzó de brazos y un amago de sonrisa asomó a sus labios.

—Puedes llevarme a casa...

—¿A mi casa? —Arqueó las cejas, provocador.

—Nuestra casa. Me reivindicaste de los Giordani, Luca. No me puedes dejar desamparada ahora.

—Bromeé y él acortó la distancia entre nosotros.

—Yo nunca te dejaría marchar. Eres mía, Mia.

—Pero y mi hijo...

—Nuestro hijo. —Su gran mano se extendió sobre mi barriga y recibió una potente patada al contacto.

—Es tan mío como tuyo. Llevará el apellido D'Amato y será mi heredero.

—¿Entonces vas a convertirme en una mujer decente?

—¿Me está pidiendo en matrimonio, *signorina* Caruso? —Sus labios se acercaron a los míos, rozándolos suavemente.

—¿Y si lo estuviera haciendo?

—Solo tengo la opción de aceptar.

Su boca cubrió la mía en un beso envolvente. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo voluminoso, apretaron en los lugares correctos y me hicieron gemir como una mujer desesperada por recibir atención.

—Compórtese, *signorina*. Estamos en un lugar hostil. —Luca me dio una palmada en el trasero.

—Vámonos a casa.

Y pensar que llegué a este lugar asustada, escondida, creyendo que no era más que otra pieza desechable en el juego de

hombres poderosos.

Ahora, allí, entre las sombras de un pasado cruel y los escombros de promesas rotas, yo era la mujer del Don.

No por imposición, ni por estar en manos del jefe de la mafia, sino porque, en medio del caos, nos habíamos elegido.



Capítulo 34

La casa estaba en silencio cuando regresamos. Era como si los muros, al fin, hubieran dejado de susurrar conspiraciones.

Alessio llevó a Leonardo al hospital. Dijo que el terco despertó confuso, preguntando si lo había atropellado un caballo.

Poco sabe él que solo fue Mia Caruso siendo ella misma.

Lo bastante fuerte para derribar a mis hombres, lo bastante valiente para salvarme. De nuevo.

Le pedí a Mia que subiera directo a la habitación. La mía. Que ahora era nuestra.

Antes de rendirme a la visión de ella ocupando el espacio de lo que antes era soledad, de tocar su piel suave y las curvas que ahora también pertenecían a mi mundo, fui a la habitación de mi madre.

Necesitaba cerrar ese ciclo.

La encontré sentada en la butaca junto a la ventana. Llevaba una bata gris, el pelo bien peinado, pero la mirada perdida.

Por un instante, parecía ser solo una señora frágil esperando a que pasara el tiempo.

—*Mamma*.

Giró el rostro lentamente. Y, en vez de reconocerme, sonrió como quien avista un recuerdo antiguo.

—Silvano... —susurró, con los ojos brillando de emoción—. Has venido. —Tragué saliva.

—No soy Silvano, *mamma*. Soy tu hijo. Luca. —Ella solo parpadeó, perdida en la memoria distorsionada que su mente había construido.

—Marcello era el hombre adecuado —murmuró, y fue como si terminara de clavarme un cuchillo en el alma.

—Lo siento mucho... —Sus ojos brillaron de humedad—. Pero mi corazón... era de otro.

Me quedé allí, arrodillado a sus pies, sin saber si llorar por la madre que perdía un poco más cada día, o por el pasado que se me escapaba de las manos.

No dije nada más. Solo le besé la frente y salí.

El pasado estaba enterrado, con él se acababa la disputa y yo lidiaría con el hecho de ser un D'Amato con sangre Giordani.

Entré en la habitación, Mia estaba allí, reorganizando su neceser sobre el tocador como si siempre hubiera pertenecido a ese espacio.

Sin negociación, sin más puertas entre nosotros, sin escapadas en silencio o el baile de relevos entre habitaciones como hacíamos al principio.

Yo había elegido. Ella también. Y ahora ya no había vuelta atrás.

—No hace falta que separes nada. —Dije al cruzar la puerta.

—Nada de «cuarto de invitados» o «para no molestar». Te quedas aquí. Conmigo. Para siempre.

Me miró por el espejo, la boca curvándose en una media sonrisa, de esas que desarmaban cualquier guerra en mi interior.

—¿Y si ronco? —provocó.

—Mejor aún. Así sé que estás viva, en mi cama, y que no te vas a marchar.

No respondió. Apenas asintió con una mirada que decía más que cualquier promesa.

Era como emerger del fondo de un pozo y respirar por primera vez.

Mia vestía un camisón fino y corto, se había bañado y el olor a jabón y vainilla impregnaba el ambiente.

Y para mi completo desespero, decidió regalarme la visión que me traía un recuerdo nostálgico: esparcirse crema por las piernas.

—Qué visión del infierno... —susurré, apoyándome en la puerta.

—¿Qué has dicho? —Levantó los ojos, fingiendo inocencia.

—Que estás deslumbrante.

—Solo me estoy poniendo hidratante, Luca. —El tono fingido me arrancó una sonrisa.

—Recuerdo muy bien una noche, no muy lejana, en la que hiciste eso en toalla, en la suite privada del casino y yo, como un desgraciado, me masturbé viéndote por la cámara de seguridad.

Abrió mucho los ojos, fingiendo estar escandalizada.

—¡Luca!

—Es la verdad. Nunca negué que me moría de ganas de follarte.

—Eso es...

—¿Descaradamente honesto?

—Excitante —murmuró, mordiéndose el labio.

Cerré la puerta con un clic y avancé despacio. Ella retrocedió dos pasos, la crema aún escurriendo por sus muslos, la mirada clavada en mí como si ya supiera lo que se avecinaba.

—Quítate eso. —Señalé el camisón—. Quiero a mi mujer desnuda. Como debe ser.

Obedeció sin decir una sola palabra, con los ojos ardiendo en los míos.

Cuando la prenda cayó al suelo, acorté la distancia y la besé.

No como quien besa a una amante, sino como quien sella un destino.

La tumbé en la cama con cuidado, esparcí besos por el vientre que llevaba a nuestro hijo.

Descendí con la boca por la curva de sus pechos, por el espacio entre sus piernas.

Gimió fuerte, clavando los dedos en mi cabello.

—Luca... —jadeó—. Yo...

—Lo sé. —Besé sus muslos—. Yo también.

La hice correrse dos veces con la boca antes de, finalmente, ponerla de lado y entrar con fuerza, pero con reverencia, como si cada estocada fuera un juramento silencioso de que no habría más soledad.

De que nunca más tendría que luchar sola.

Hicimos el amor a nuestra manera. Brutos, salvajes, marcando nuestros cuerpos con un juramento claro de que nada volvería a ser como antes.

Cuando terminamos, aún dentro de ella, murmuré contra su cuello:

—*Ti amo*, Mia. Para siempre. Aunque todo se pierda... tú seguirás siendo mi hogar.

Me abrazó con fuerza y me susurró a cambio:

—Y tú... eres mi nuevo comienzo.

Dormimos juntos. Por primera vez sin culpa. Sin dudas. Sin miedo.

***

El sol se filtraba por las ventanas de la mansión cuando Mia entró a mi lado en el salón principal.

El hijo que habíamos ganado, aquel que la vida casi me hizo rechazar, descansaba tranquilo en sus brazos, envuelto en blanco y oro.

Domenico D'Amato.

Su nombre fue susurrado por los pasillos de la casa durante semanas.

La ceremonia que selló nuestro matrimonio había sido discreta, lejos de las cámaras, sin la pompa exigida por la sociedad, porque no necesitábamos más que nuestras verdades.

Hoy era diferente.

La sala estaba llena de rostros conocidos. Soldados, consejeros, aliados, ancianos que habían sobrevivido a los últimos episodios de tensión.

Todos estaban allí. Ropa formal, miradas atentas, a la espera del nuevo heredero de la Casa D'Amato.

Mia caminaba con paso firme, el pelo suelto, un vestido de seda a la altura de las rodillas y unos tacones elegantes que la hacían irresistible.

El bebé dormía en sus brazos, sereno, con el puño cerrado y pegado a la cara, como si estuviera listo para la guerra desde la

cuna.

Me detuve unos pasos antes de la mesa principal, tomé a Domenico de los brazos de mi esposa, besé su mejilla sonrosada e inflé el pecho con orgullo.

—Este es Domenico D'Amato. Mi hijo. Mi heredero. El que trae la paz forjada con sangre en la *famiglia* y el nombre que honrará a sus antecesores.

Mia alzó la vista hacia mí y sonrió. Una sonrisa sencilla, pero que contaba toda nuestra historia.

Los miembros más antiguos asintieron. Hubo aplausos comedidos. Era un ritual, no una celebración ruidosa y, lo más importante, el respeto estaba presente.

El peso de la aceptación también.

Alcé a Domenico por un instante, como dicta la antigua costumbre.

El legado de Nova Orleans siendo reverenciado como debía ser.

Alessio y Leonardo se acercaron a continuación. La gente empezó a circular y a querer conocer al heredero de cerca, lo que incomodó a Mia, y yo me encargué de alejarla de la multitud de interesados.

—¿Demasiado agobiante? —solté cerca de su oído.

—Demasiado.

—Acostúmbrese, señora D'Amato. Su vida social será más agitada que antes. —Mencionó Leonardo.

—Mientras no involucre almacenes, armas y espías, creo que podré con ello.

—Sabemos que puede, *signora*, Leonardo aún siente el chichón que le dejó en la cabeza.

—Provocó Alessio y todos rieron.

—Ya me disculpé por eso. —Frunció la nariz, fingiéndose ofendida.

—No te preocupes, *amore mio*. Leonardo tiene la cabeza tan dura que, ni aunque quisieras, podrías haberle causado daños permanentes.

—¡Ja, ja! Muy gracioso. —Leonardo se ajustó la chaqueta.

—Si me disculpan, tengo que adular a unos señores al otro lado del salón.

—¿Alessio, cómo está todo?

—Seguro. No te preocupes.

El segundo al mando de las operaciones asintió y se marchó con paso firme, para cumplir la única orden que de verdad importaba en ese momento: proteger a mi familia.

—¿Te gusta esto, verdad? —Mia me miraba con esa sonrisa cómplice que siempre desmontaba todas mis defensas.

—¿Esto qué? —pregunté, aun sabiendo la respuesta.

—De mandar a todo el mundo. De ser el jefe.

Esbocé una media sonrisa, de esas que yo sabía que la irritaban y divertían al mismo tiempo.

—¿A quién no le gustaría? —Me encogí de hombros—. Y, si mal no recuerdo, eres la última persona que puede quejarse de eso.

—Enlacé su cintura y deposité un beso prolongado en su cabello.

—Claro que no. —Suspiró, fingiendo ligereza—. Caer en las manos del jefe de la mafia ha sido lo mejor que podría haberme pasado.

Mia lo dijo como si fuera una provocación cualquiera, pero esas palabras encajaron en mí de una manera irreversible.

Ella no tenía idea... pero yo pasaría cada día de mi vida demostrando que, para el jefe de la mafia de Nova Orleans, lo mejor que le pudo haber pasado fue caer en las de ella.

Mia Caruso



Epílogo

Ni en mis sueños más ambiciosos habría imaginado esta vida.

La brisa cálida de la mañana atravesaba las cortinas blancas de la terraza, bailando suavemente sobre mi vestido ligero mientras yo observaba la escena que tenía frente a mí.

El sol se filtraba entre las hojas de los árboles altos que rodeaban la propiedad, proyectando dibujos dorados en el césped bien cuidado.

Y allí, en medio de todo, estaban ellos.

Luca había soltado la chaqueta en algún rincón, llevaba las mangas de la camisa remangadas, iba descalzo y tenía el pelo alborotado por las travesuras de nuestro pequeño tornado de cinco años.

El Don más temido de Nova Orleans reía como si fuera solo un hombre, un padre.

Domenico corría de un lado para otro, con un cochecito de juguete en las manos, y su risa fuerte y libre resonaba por el jardín.

El mismo jardín que un día albergó sombras, ahora desbordaba luz.

—¡*Papà*, nunca me atraparás! —gritó, con la cara manchada de tierra y los ojos chispeando de alegría.

—¡Porque eres demasiado rápido, *campione*! —respondió Luca, sin intentar siquiera contener la risa.

—¡Pero te atraparé, ya verás!

Me quedé allí, apoyada en la columna de la terraza, con la mano extendida sobre mi vientre abultado, sintiendo las patadas acompasadas de nuestra segunda hija.

La niña que llegaría en pocas semanas para completar aún más lo que ya parecía pleno.

Cinco años. Y, sin embargo, a veces todavía me despertaba creyendo que todo había sido un sueño.

El caos, la guerra, la mentira, la sangre. Todo eso quedó atrás.

Y, en medio de tanto, encontramos un amor que no era fácil, pero era innegociable.

Un amor construido sobre cenizas, que resistió todas las tormentas.

Domenico, ahora jadeante, dejó de correr al verme. Abrió mucho los ojos como si fuera la primera vez que me viera aquel día.

—¡*Mamà*! —gritó, corriendo ya en mi dirección—. ¡*Mamà*, mira a *papà*, ha perdido otra vez!

—¿De verdad? —Sonreí, abriendo los brazos para recibir el impacto del niño y agachándome todo lo que la barriga me permitía.

Me abrazó con la misma intensidad con la que Luca solía envolverme, y el corazón casi se me desborda.

Mi marido llegó poco después, con las manos en las rodillas y la cara sudada, pero sonriente.

—Este niño me matará de cansancio antes de los cincuenta. —Comentó, con fingido desespero.

Entonces, miró mi barriga y extendió la mano, con un cariño que me hizo derretirme por dentro.

—¿Y esta jovencita también va a seguir el mismo camino?

—Espero que no. —Repliqué, riendo—. Una princesa necesita un poco más de calma, ¿no crees?

—¿Calma? ¿Con una madre como la suya? —Arqueó una ceja, provocador, y luego se agachó para besar mi barriga.

—Vas a dar trabajo, *piccola*, pero el *papà* entrenará a tu hermano para defenderte.

—¡Ey! —Domenico cruzó los brazos—. Yo soy un soldado. ¿Recuerdas?

—Eres un niño listo que va a estudiar mucho antes de pensar en cualquier otra cosa. —Sentencié al acariciar su cabello.

—No, *mamà*. Papá y yo ya tuvimos una conversación y...

—¿Qué conversación? —Me llevé las manos a la cintura cuando Luca rápidamente tapou la boca de nuestro hijo y se inclinó susurrando algo en su oído.

—Luca, ¿de qué está hablando Domenico?

—De nada, *amore mio*. —Empujó al niño hacia el césped—. Ve a jugar, Domenico. ¡Ve!

—¿Luca?

—Mia... —Sus manos se deslizaron por mi barriga hasta abrazarme.

—Nuestro hijo tiene la sangre caliente de un italiano, *amore mio*, no esperes que sea dentista, ¿verdad?

—Quiero que conozca todas las opciones antes de decidir algo.

—Y yo nunca le impediré que lo haga. Pero puedo mostrarle cómo funcionan las cosas. Poco a poco.

—¡Luca! —Torcí los labios y me besó rápidamente.

—No te quejaste cuando te enseñé a usar un arma y te puse a aprender defensa personal.

—Es diferente.

—¿De verdad? —Apretó los ojos en mi dirección.

—Estamos forjados en sangre, *cara mia*, nunca seremos pacíficos y convencionales.

Me besó a continuación, intentando dar por zanjado el asunto y acabó funcionando, ya que me quedé aturdida con las hormonas que se despertaron con rapidez por mi cuerpo.

En una cosa tenía razón. No éramos convencionales, pero nos amábamos más que a nada en el mundo.

Acerca de la autora



Ágatha Santos, también conocida como «la reina del café frío olvidado en la mesa», está casada, es del signo de Cáncer (la intensidad es su segundo nombre) y es umbandista de cuerpo y alma. Nacida en Taubaté, en el interior de São Paulo, creció rodeada por el dilema de tener nombre de escritora, pero nunca imaginó que algún día sería autora de tantas historias de amor.

Licenciada en Administración de Empresas, ya fue gerente administrativa en el sector de los combustibles. Hoy, ha cambiado las hojas de cálculo por las novelas y ha encontrado su lugar en el mundo: detrás de un teclado, creando historias que mezclan amor, risas y un poquito de caos.

La pasión por los libros nació con la serie Cincuenta sombras de Grey y nunca más se fue. Ágatha es una devoradora oficial de novelas eróticas y ha encontrado en la escritura una forma de compartir su amor por las historias intensas y divertidas con mujeres que también adoran soñar despiertas.

Con varios libros publicados en Amazon, le gusta decir que su misión es arrancar suspiros, carcajadas y tal vez incluso algunas lágrimas a sus lectoras. Y si hay algo que se toma muy en serio,

además de la palabra «continúa» al final de un capítulo, es: «Si lo sueñas, puedes hacerlo».

Sigue a la autora en las redes sociales y mantente al día de todas las novedades

Instagram: @agathasantosautora

Lea también:



Enlace: https://amzn.eu/d/0gfs9AYx

Sinopsis:

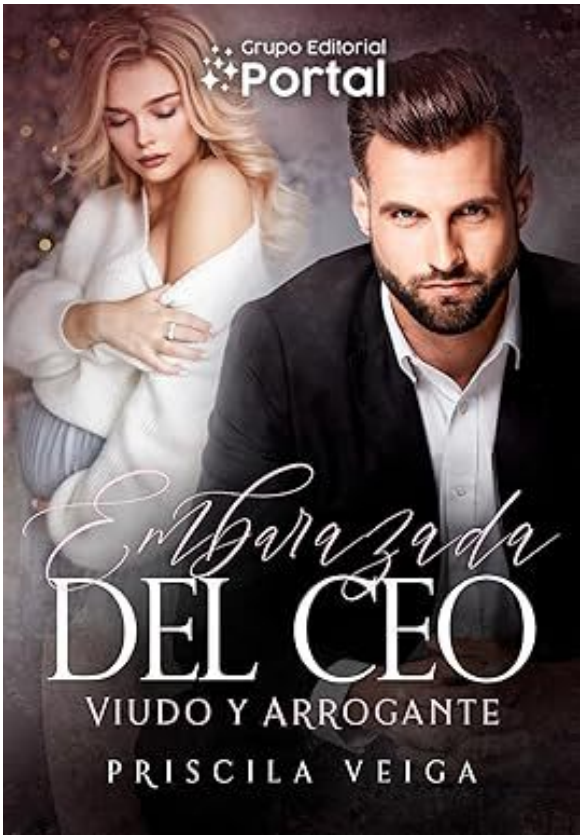
Segunda oportunidad, Redención, Jefe y empleada, Embarazo por contrato, De enemigos a amantes

Ethan Davis es joven, rico y dueño de un imperio, pero su vida cambia radicalmente cuando descubre un grave problema de salud que amenaza su futuro. Decidido a asegurarse de que su herencia tenga un sucesor, decide contratar a una mujer para que dé a luz a su heredero, sin lugar a sentimientos ni vínculos afectivos

Olivia Moore, una aplicada empleada de su empresa, ve cómo su vida se desmorona cuando pierde su casa y se ve ahogada por las deudas. Desesperada, acepta la insólita propuesta de Ethan: un contrato que cambiará sus vidas para siempre.

Pero lo que comienza como un acuerdo estrictamente profesional se complica cuando comparten el mismo techo. Entre gestos inesperados, convivencia forzada y el nacimiento de una nueva vida, Ethan y Olivia descubren que el corazón no siempre sigue las cláusulas de un contrato.

¿Serán capaces de mantener la cordura o cederán a los sentimientos que insisten en salir a la luz?



Enlace: https://amzn.eu/d/0431f33j

Sinopsis:

Diferencia de edad - Embarazo sorpresa - CEO arrogante - Viudo - Grumpy & Sunshine - Padre soltero

"Un CEO que lo ha perdido todo, una joven que irradia luz y un embarazo que cambiará sus reglas para siempre."

Christopher es un viudo y director ejecutivo que se esfuerza al máximo por darle todo a su hija, Lily. Su madre, Abigail, le ayuda, pero él siente que ella no es suficiente para que la niña tenga una figura materna. Echa de menos a su esposa y se concentra en el trabajo para intentar evitar que a otras personas les pase lo mismo que a ella.

Victoria es una joven luchadora que trabaja en una pastelería tradicional, pero la dueña del local no le permite poner en práctica sus ideas para ayudar a aumentar las ventas, lo que está haciendo

que ese lugar tan acogedor y agradable se quede cada vez más vacío.

Una coincidencia del destino unirá a estos dos polos opuestos.

Una noche calurosa puede traer consecuencias.

"¿Qué pasa cuando una noche inolvidable se convierte en un 'para siempre'?



Enlace: https://amzn.eu/d/09s6utac

Sinopsis:

matrimonio de conveniencia romance, romance millonario español, novela romántica matrimonio falso, amor prohibido millonario, historia de pacto de amor, novela romántica intensa

Leon D'Ávila, heredero de un imperio y prisionero del testamento de su padre, tiene solo treinta días para casarse o perderá todo lo que ha construido. Frío, calculador e irresistiblemente seductor, ve en Helena la compañera perfecta para un acuerdo: un año de matrimonio de fachada, sin amor, solo cláusulas claras y beneficios mutuos.

Helena Ramos es una abogada decidida a mantener vivo el legado de su familia. Con deudas asfixiantes y un bufete al borde de la quiebra, nunca imaginó que la solución a sus problemas vendría en forma de un contrato... de matrimonio.

Lo que comienza como un acuerdo racional pronto se convierte en una guerra silenciosa de miradas, provocaciones y secretos. Entre cenas cargadas de tensión, besos robados y noches que traspasan cualquier cláusula, Leon y Helena se dan cuenta de que ningún contrato es capaz de proteger el corazón.

Pero cuando una revelación del pasado une a sus familias de manera inesperada, tendrán que decidir: seguir fingiendo o arriesgarlo todo por un amor que nunca planearon.

Redes sociales (de la editorial)

Página web de la editorial: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal